

Camino, Verdad y Vida



Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Teléfono (58-212) 472 92 89 Celular (58-414) 183 16 15
www.mensajefraternal.org.br
mensajefraternal@movistar.net.ve

ISBN 978-85-7341-474-5

Título del original en portugués:
CAMINHO, VERDADE E VIDA

Derechos de autor cedidos gratuitamente por la
FEDERAÇÃO ESPÍRITA BRASILEIRA
Rua Souza Valente, 17 - São Cristóvão
20941-040 - Rio de Janeiro - RJ - Brasil

Traducción:
Alipio González

Revisión:
Blanca Flor González Medina
Chelita Fontaina
Nakary Añez
Nelson Li-Fo-Sjoe

Portada:
César França de Oliveira

Diagramación:
Maria Isabel Estéfano Rissi

2ª edición - mayo de 2010
3.000 ejemplares
(7.001 al 10.000)

Derechos Reservados

 **INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA**
Av. Otto Barreto, 1067 - Cx. Postal 110
CEP 13602-970 - Araras/SP - Brasil
Teléfono (55-19) 3541-0077
CNPJ 44.220.101/0001-43
Inscripción Estatal 182.010.405.118

 **ide**
1997-2010

www.ideeditora.com.br



FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

*Camino,
Verdad
y Vida*

POR EL ESPÍRITU
EMMANUEL

Índice

<i>Interpretación de los Textos Sagrados</i>	13
1 - El tiempo	19
2 - Sigüeme tú	21
3 - Examinate	23
4 - Trabajo	25
5 - Bases	27
6 - Esfuerzo y Oración	29
7 - Todo nuevo	31
8 - Jesús vino	33
9 - Reuniones cristianas	35
10 - Mediumnidad	37
11 - Consuelo	39
12 - La educación en el hogar	41
13 - ¿Qué es la carne?	43
14 - En ti mismo	45
15 - Conversión	47
16 - Enderezad los caminos	49
17 - Por el Cristo	51
18 - Purificación íntima	53
19 - En la propaganda	55
20 - El compañero	57
21 - Caminos rectos	59
22 - ¿Qué buscáis?	61
23 - Vivir por la fe	63
24 - El tesoro herrumbrado	65
25 - Tened calma	67
26 - Padecer	69
27 - Negocios	71
28 - Escritores	73

29 - Contentarse	75
30 - El Mundo y el mal	77
31 - Las cosas pequeñas	79
32 - Nubes	81
33 - Recapitulaciones	83
34 - Comer y beber	85
35 - Siembra	87
36 - Herejías	89
37 - Honras vanas	91
38 - Prédicas	93
39 - Entra y coopera	95
40 - Tiempo de confianza	97
41 - La regla áurea	99
42 - Gloria al bien	101
43 - Consultas	103
44 - El ciego de Jericó	105
45 - Conversar	107
46 - ¿Quién eres?	109
47 - La gran pregunta	111
48 - Guardaos	113
49 - Saber y hacer	115
50 - Cuenta de sí mismo	117
51 - Niños espirituales	119
52 - Dones	121
53 - Paz	123
54 - La Vid	125
55 - Los sarmientos de la vid	127
56 - Ganancias	129
57 - Dinero	131
58 - Ganar	133
59 - Los amados	135
60 - Práctica del bien	137
61 - Ministerios	139
62 - Parentela	141
63 - ¿Quiénes sois?	143
64 - El tesoro mayor	145
65 - Pedir	147
66 - ¿Cómo pides?	149

67 - Los vivos del más allá	151
68 - Más allá de la tumba	153
69 - Comunicaciones	155
70 - Poderes ocultos	157
71 - Para dar testimonio	159
72 - Transitoriedad	161
73 - Oportunidad	163
74 - Manos limpias	165
75 - En la casa de César	167
76 - Edificaciones	169
77 - Conviene reflexionar	171
78 - Verdades y fantasías	173
79 - A cada uno	175
80 - Opiniones	177
81 - Ordenamientos humanos	179
82 - Leños secos	181
83 - Aflicciones	183
84 - Levantémonos	185
85 - Testimonio	187
86 - Jesús y los amigos	189
87 - ¿Por qué dormís?	191
88 - Velar con Jesús	193
89 - El fracaso de Pedro	195
90 - Ocasión para hacer el bien	197
91 - Campo de sangre	199
92 - Magdalena	201
93 - Alegría cristiana	203
94 - Al salvarnos	205
95 - El amigo oculto	207
96 - La corona	209
97 - ¿Lo amas bastante?	211
98 - Capas	213
99 - Prometer	215
100 - Auxilios del mundo invisible	217
101 - Todo en Dios	219
102 - El cristiano y el mundo	221
103 - La estimación del mundo	223
104 - La espada simbólica	225

105 - No todos	227
106 - Dar	229
107 - La venida del reino	231
108 - Reencarnación	233
109 - Siempre hallaremos	235
110 - Vidas sucesivas	237
111 - Orientadores de mundo	239
112 - Como Lázaro	241
113 - No te olvides	243
114 - Las cartas del Cristo	245
115 - Embajadores del Cristo	247
116 - Actuar de acuerdo	249
117 - Tierra provechosa	251
118 - El paralítico	253
119 - Gloria cristiana	255
120 - Celo propio	257
121 - Espinos	259
122 - Frutos	261
123 - Esperar en Cristo	263
124 - Firmeza de fe	265
125 - Hijos y siervos	267
126 - Ídolos	269
127 - Mientras es de día	271
128 - Dádivas espirituales	273
129 - El origen de las tentaciones	275
130 - Tristeza	277
131 - Hombres y ángeles	279
132 - Siempre adelante	281
133 - Hegemonía de Jesús	283
134 - Basta poco	285
135 - El oro intransferible	287
136 - Cosas terrenales y celestiales	289
137 - El banquete de los publicanos	291
138 - Pretensiones	293
139 - Por amor	295
140 - Hacia las montañas	297
141 - Peor para ellos	299
142 - Un solo señor	301

143 - Legión del mal	303
144 - ¿Qué tenemos con el Cristo?	305
145 - Adoctrinaciones	307
146 - En la relación con lo invisible	309
147 - Un desafío	311
148 - Cuidado de sí.....	313
149 - Propiedad	315
150 - Aguijones	317
151 - Juventud	319
152 - La ciencia y el amor	321
153 - Pases	323
154 - Renunciar	325
155 - Entre los cristianos	327
156 - Intuición	329
157 - Haz eso y vivirás	331
158 - Bautismo	333
159 - ¿A quién sigues?	335
160 - El varón de Macedonia	337
161 - Aprovechemos	339
162 - Esperemos	341
163 - No creer	343
164 - No perturbéis	345
165 - Bienes externos	347
166 - Posesiones definitivas	349
167 - En la oración	351
168 - En la meditación	353
169 - En el marco real	355
170 - Dominio espiritual	357
171 - Palabras de madre	359
172 - Lágrimas	361
173 - Celo del bien	363
174 - El pan de cada día	365
175 - Cooperación	367
176 - Lección viva	369
177 - Opiniones convencionales	371
178 - La puerta divina	373
179 - El nuevo mandamiento	375
180 - Hagamos nuestra luz	377

Interpretación de los Textos Sagrados

“Sabido primeramente esto: que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación particular.”

(II PEDRO, 1:20)

Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Su luz imperecedera brilla sobre los milenios terrestres como el Verbo del principio, penetrando en el mundo desde hace casi veinte siglos.

Luchas sangrientas, guerras de exterminio y calamidades sociales no modificaron un ápice las palabras que se actualizan, cada vez más, con la evolución multiforme de la Tierra. Tempesta-

des de sangre y lágrimas no hicieron nada más que avivarle la grandeza. Entre tanto, siempre tardíos en el aprovechamiento de las oportunidades preciosas, en el curso de las existencias renovadas, muchas veces hemos despreciado el Camino, indiferentes ante los patrimonios de la Verdad y de la Vida.

A pesar de todo ello, el Señor nunca nos dejó desamparados.

Cada día reforma los valores de tolerancia para con nuestras deudas; sin embargo, es de nuestro propio interés elevar la fuerza de la voluntad, establecer disciplinas para uso personal y reeducarnos con el contacto del Divino Maestro. Él es el Amigo Generoso, pero tantas veces olvidamos sus consejos, que somos susceptibles de alcanzar oscuras zonas de indefinible aplazamiento de nuestra iluminación interior para la vida eterna.

Con el propósito de valorar la oportunidad de servicio, organizamos este sencillo trabajo interpretativo (1), sin pretender ninguna exégesis.

Relacionamos apenas un modesto conjunto

(1) Algunas de estas páginas, publicadas ya en la prensa espírita cristiana, fueron revisadas y simplificadas por nosotros, para mayor claridad de interpretación. – **Nota de Emmanuel.**

de páginas sueltas destinadas a meditaciones comunes.

Tal vez, a muchos amigos les extrañará nuestra actitud, aislando versículos y confiriéndoles un color independiente del capítulo evangélico al que pertenecen. En ciertos pasajes solamente extrajimos pequeñas frases, proporcionándoles una fisonomía especial y, en determinadas circunstancias, nuestras humildes consideraciones parecen contrariar las disposiciones del capítulo en el que se inspiran.

Procedemos así ponderando que, en un collar de perlas, cada una tiene un valor específico y que, en el inmenso conjunto de enseñanzas de la Buena Nueva, cada concepto del Cristo o de sus colaboradores directos se adapta a una determinada situación del Espíritu en los caminos de la vida. Además, la lección del Maestro no se constituye tan sólo en un impositivo para los menesteres de la adoración. El Evangelio no se reduce a un breviario para el reclinatorio. Es el derrotero imprescindible para la legislación y administración, para el servicio y para la obediencia. El Cristo no establece líneas divisorias entre el templo y el taller. Toda la Tierra es su altar de oración y su campo de trabajo al mismo tiempo. Por loarlo en las iglesias y menoscabarlo

en las calles es por lo que hemos naufragado mil veces, por nuestra propia culpa. Por lo tanto, todos los lugares pueden ser consagrados al servicio divino.

Muchos discípulos, en las diversas escuelas cristianas, se entregan a investigaciones teológicas, transformando las enseñanzas del Señor en reliquia muerta de los altares de piedra; no obstante, espera el Cristo que vayamos todos a convertir su evangelio de Amor y Sabiduría en compañero de la oración, en libro escolar en el aprendizaje de cada día, en fuente inspiradora de nuestras más humildes acciones en el trabajo común y en el código de las buenas maneras del intercambio fraternal.

Aun esclareciendo nuestros sencillos objetivos, noto, por anticipado, amplia perplejidad en ese o en aquel grupo de creyentes.

¿Qué hacer? Tenemos inmensas distancias a vencer en el Camino, para adquirir la Verdad y la Vida en su significación integral.

Comprendemos el respeto debido al Cristo, mas, por la propia ejemplificación del Maestro, sabemos que la labor del aprendiz fiel está constituida de adoración y trabajo, de oración y esfuerzo propio.

En cuanto a lo demás, nos consuela reconocer que los Textos Sagrados son dádivas del Padre a todos sus hijos, y por eso mismo nos referimos aquí a las sabias palabras de Simón Pedro: "Sabido primeramente esto: que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación particular."

EMMANUEL

Pedro Leopoldo, 2 de septiembre de 1948

El tiempo

“Aquel que hace caso del día, para el Señor lo hace.”

Pablo. (ROMANOS, 14:6.)

La mayoría de los hombres no percibe aún los valores infinitos del tiempo.

Efectivamente, existen los que abusan de esa concesión divina. Juzgan que la riqueza de los beneficios les es debida por Dios.

Pero, sería justo interrogarlos en cuanto al motivo de semejante presunción.

Constituyendo la Creación Universal patrimonio común, es razonable que todos gocen de las posibilidades de la vida; pero, generalmente, la criatura no medita en la armonía de las circunstancias que se ajustan en la Tierra a favor de su perfeccionamiento espiritual.

Es lógico que todo hombre cuente con el tiempo, pero, ¿y si ese tiempo estuviese sin luz, sin equilibrio, sin salud y sin trabajo?

No obstante lo oportuno de la indagación, importa considerar que son muy raros aquellos que valoran el día, multiplicándose por todas partes las filas de los que buscan aniquilarlo de cualquier manera.

La vieja expresión popular “matar el tiempo”, refleja la inconsciencia vulgar, en ese sentido.

En los más oscuros rincones de la Tierra, hay criaturas exterminando oportunidades sagradas. No obstante, un día de paz, armonía e iluminación, es muy importante para el concurso humano en la ejecución de las leyes divinas

Los intereses inmediatistas del mundo claman que el “tiempo es dinero”, para enseguida volver a comenzar todas las obras incompletas en la estela de las reencarnaciones... Por eso mismo, los hombres hacen y deshacen, construyen y destruyen, aprenden livianamente y recapitulan con dificultad, en la conquista de la experiencia.

En casi todos los sectores de la evolución terrestre, vemos el abuso de la oportunidad complicando los caminos de la vida; entre tanto, desde hace muchos siglos, el apóstol nos afirma que el tiempo debe ser del Señor.

2

Sígueme tú

“Jesús le dijo: Y si quiero que él se quede hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti? Sígueme tú.”

(JUAN, 21: 22.)

En las comunidades de trabajo cristiano, muchas veces observamos a compañeros altamente preocupados con la tarea conferida a otros hermanos de lucha.

Pero, es justo examinar cómo se elevaría el mundo si cada hombre cuidase de su parte en los deberes comunes, con perfección y sinceridad.

¿Algún amigo nuestro fue convocado para obligaciones diferentes?

Reconfortémoslo con la legítima comprensión.

A veces, surge ante nuestros ojos uno de

ellos, transformado. Hay cooperadores que lo acusan. Muchos lo consideran portador de peligrosas tentaciones. Vuelan con rapidez los comentarios y juicios. Pero, ¿quién penetrará en el campo de las causas? ¿Estaríamos en la elevada condición de aquel que puede analizar un acontecimiento a través de todos los ángulos? Tal vez lo que parezca caída o defección pueda constituir nuevas resoluciones de Jesús, relacionadas con la redención del amigo que parece ahora distante.

El Buen Pastor permanece vigilante. Prometió que de las ovejas que el Padre le confió ninguna se perdería.

De ese modo, conviene que atendamos con perfección los deberes que nos fueron conferidos. Cada cual necesita conocer las obligaciones que le son propias.

En ese patrón de conocimiento y actitud, hay siempre mucho trabajo por realizar.

Si a tus ojos mortales un hermano parece desviado, haz lo posible por oír las palabras de Jesús al Pescador de Cafarnaún: “¿Qué te importa a ti? Sígueme tú.”

Examínate

“Nada hagas por contienda o por vanagloria, sino por humildad.”

Pablo. (FILIPENSES, 2:3.)

El servicio de Jesús es infinito. En su órbita, hay lugar para todas las criaturas y para todas las ideas sanas en su expresión sustancial.

Si en el orden divino cada árbol produce según su especie, en el trabajo cristiano cada discípulo contribuirá conforme a su posición evolutiva.

La experiencia humana no es una estación de placer. El hombre permanece en función de aprendizaje y, en esa tarea, es razonable que sepa valorar la ocasión de aprender, facilitándole la misma oportunidad a los semejantes.

El apóstol Pablo comprendió esa verdad,

afirmando que nada debemos hacer por espíritu de contienda y vanagloria, sino como un acto de humildad.

Cuando practiques alguna acción que sobrepase el cuadro de las obligaciones diarias, examina los móviles que la determinaron. Si resultó del deseo indebido de supremacía, o si sólo obedeció a una disputa innecesaria, cuida de tu corazón para que el camino te sea menos ingrato. Pero si atendiste al deber, aunque hayas sido interpretado como riguroso y exigente, incomprensivo e infiel, recibe las observaciones injustas y sigue adelante.

Continúa trabajando en tu ministerio, recordando que –por servir a los otros, con humildad, sin contiendas y vanaglorias– Jesús fue considerado como imprudente y rebelde, traidor a la ley y enemigo del pueblo, recibiendo con la cruz, la corona gloriosa.

Trabajo

“Y Jesús les respondió: Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo también.”

(JUAN, 5:17.)

En todos los lugares observamos criaturas quejumbrosas e insatisfechas.

Casi todas piden socorro. Pocas aman el esfuerzo que les fue conferido. La mayoría se rebela contra su tipo de trabajo.

Los que barren las calles quieren ser comerciantes; los trabajadores del campo preferirían la existencia en la ciudad.

Pero, el problema no es debido al tipo de tarea, sino a la comprensión de la oportunidad recibida.

De modo general, las quejas, en ese sentido,

son hijas de la pereza inconsciente. Es el deseo innato de conservar lo que es inútil y ruinoso de las caídas del pretérito oscuro.

Mas, Jesús vino a arrancarnos de la “muerte en el error”. Nos trajo la bendición del trabajo, que es el movimiento incesante de la vida.

Para que sepamos honrar nuestro esfuerzo, se refirió al Padre que no cesa de servir en su obra eterna de amor y sabiduría, y a su propia tarea, llena de imperecedera dedicación a la Humanidad.

Cuando te sientas cansado, recuerda que Jesús está trabajando. Comenzamos ayer nuestra humilde labor y, ¿cuánto hace que el Maestro se esfuerza por nosotros?

Bases

“Le dijo Pedro: No me lavarás los pies jamás.

Le respondió Jesús: Si no dejas que te lave, no tienes parte conmigo.”

(JUAN, 13:8.)

Ante todo, es natural que veamos en la resolución del Maestro, al lavar los pies de los discípulos, una demostración sublime de humildad santificante.

Es justo que en primer lugar examinemos la interpretación intelectual, pero adelantando un análisis más profundo de sus actos divinos. Es que, por el mensaje permanente del Evangelio, el Cristo continúa lavando los pies de todos los sinceros seguidores de su doctrina de amor y perdón.

El hombre acostumbra a vivir menospreciando todas sus obligaciones superiores, aplau-

diendo, muchas veces, el crimen y la inconsciencia. Sin embargo, al contacto con Jesús y con sus sublimes enseñanzas, siente que pisará sobre nuevas bases, al paso que sus apreciaciones fundamentales de la existencia son muy diferentes.

Alguien le proporciona levedad a sus pies espirituales para que marche de modo diferente en las sendas evolutivas.

Todo se renueva y la criatura comprende que si no fuera por esa intervención maravillosa no podría participar en el banquete de la vida real.

Entonces, como el apóstol de Cafarnaún, experimenta nuevas responsabilidades en el camino y, deseando corresponder a la expectativa divina, ruega a Jesús que te lave, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.

6

Esfuerzo y oración

“Y, despedida la multitud, subió al monte a fin de orar aparte. Y caída ya la tarde, estaba allí solo.”

(MATEO, 14:23.)

De vez en cuando, surgen grupos religiosos que preconizan el absoluto retiro de las luchas humanas para dedicarse a los servicios de la oración.

Entre tanto, en ese particular, el Maestro es siempre la fuente de las enseñanzas vivas. El trabajo y la oración son dos características de su actividad divina.

Jesús nunca se encerró a distancia de las criaturas humanas con el fin de permanecer en contemplación absoluta de los cuadros divinos que iluminaban su corazón, mas también cultivó la plegaria en su elevación celestial.

Despedida la multitud, terminado el esfuerzo diario, establecía la pausa necesaria para meditar, aparte, comulgando con el Padre, en la oración solitaria y sublime.

Si alguien permanece en la Tierra, es con el objetivo de alcanzar un punto más elevado en las expresiones evolutivas, por el trabajo que fue convocado a hacer. Y, por la oración, el hombre recibe de Dios el auxilio indispensable para la santificación de la tarea.

Esfuerzo y oración se complementan y forman un todo en la actividad espiritual.

La persona que sólo trabajase, sin método y sin descanso, acabaría desesperada, con horrible sequedad en el corazón; aquella que apenas se mantuviese en genuflexión, estaría amenazada de sucumbir a la parálisis y la ociosidad.

La oración ilumina el trabajo, y la acción es como un libro de luz en la vida espiritualizada.

Cuida de tus deberes porque para eso permaneces en el mundo, pero nunca te olvides de ese monte, localizado en tus sentimientos más nobles, a fin de que ores “aparte”, recordando al Señor.

7

Todo nuevo

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí que todo se hizo nuevo.”

Pablo. (II CORINTIOS, 5:17.)

Es muy común que observemos a creyentes inquietos, utilizando los recursos sagrados de la oración para que se perpetúen situaciones injustificables tan sólo porque envuelven ciertas ventajas inmediatas para sus preocupaciones egoístas.

Semejante actitud mental constituye una resolución muy grave.

Cristo enseñó la paciencia y la tolerancia, pero nunca determinó que sus discípulos estableciesen acuerdos con los errores que traen la desgracia al mundo. En vista de esa decisión, fue a la cruz y legó el último testimonio de no

violencia, sin avenirse tampoco con las tinieblas en las que se complacen la mayoría de las personas.

No se engañe el creyente acerca del camino que le compete.

En Cristo todo debe ser renovado. El pasado delictuoso estará muerto, las situaciones de duda habrán llegado a su fin, las viejas reflexiones del hombre carnal darán lugar a una nueva vida en espíritu, donde todo signifique sana reconstrucción para el futuro eterno.

Es un contrasentido valerse del nombre de Jesús para intentar la continuación de antiguos errores.

Cuando notemos la presencia de un creyente que se expresa bien, pero, sin lo íntimo renovado, dirigiéndose al Maestro como un prisionero cargado de cadenas, podemos estar seguros de que ese hermano puede estar a la puerta del Cristo, por la sinceridad de sus intenciones; no obstante, no consiguió, aún, penetrar en el santuario de su amor.

Jesús vino

“Mas, se aniquiló a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres.”

Pablo. (FILIPENSES, 2:7.)

Muchos discípulos hablan de extremas dificultades para establecer buenas obras en los servicios de confraternización evangélica, alegando el estado infeliz de ignorancia en el que se complace un inmenso porcentaje de criaturas de la Tierra.

Pero, tales reclamaciones no son justas.

Para ejecutar su divina misión de amor, Jesús no contó con la colaboración inmediata de Espíritus perfeccionados y comprensivos, y, sí, “se aniquiló a sí mismo, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres”.

No podíamos ir a estar con el Salvador, en

su posición sublime; sin embargo, el Maestro vino hasta nosotros, apagando temporalmente su aureola de luz para beneficiarnos sin rasgos de sensacionalismo.

El ejemplo de Jesús, en ese particular, representa una lección demasiado profunda.

Que nadie alegue conquistas intelectuales o sentimentales como razón para desentenderse de sus hermanos de la Tierra.

Ningún hombre de los que pasaron por el orbe alcanzó las culminaciones del Cristo. No obstante, lo vemos a la mesa con los pecadores, dirigiéndose fraternalmente a meretrices, dando su último testimonio entre ladrones.

Si tu prójimo no puede elevarse al plano espiritual en el que te encuentras puedes ir a su encuentro, sin ostentaciones, para que el buen servicio de la fraternidad y de la iluminación, no ofendan su inferioridad.

Recuerda la demostración del Divino Maestro.

Para venir hasta nosotros se aniquiló a sí mismo, ingresando al mundo como hijo sin cuna, y ausentándose del trabajo glorioso, como siervo crucificado.

Reuniones cristianas

“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio de ellos, les dijo: Paz sea con vosotros.”

(JUAN, 20:19.)

Desde el día de la gloriosa resurrección del Cristo, la Humanidad terrena fue considerada digna de las relaciones con la espiritualidad.

El Deuteronomio prohibió terminantemente el intercambio con los que hubiesen partido por las puertas de la sepultura, en vista de la necesidad de apartar la mente humana de reflexiones prematuras. Entretanto, Jesús, así como suavizara la antigua ley de justicia inflexible con el perdón de un amor sin límites,

alivió las determinaciones de Moisés, viniendo al encuentro de los discípulos nostálgicos.

Cerradas las puertas, para que las vibraciones tumultuosas de los adversarios gratuitos no perturbasen el corazón de los que anhelaban la convivencia divina, he aquí que surge el Maestro muy amado, dilatando las esperanzas de todos en la vida eterna. Desde esa hora inolvidable, estaba instituido el movimiento de intercambio, entre el mundo visible e invisible. La familia cristiana, en sus diversas áreas, jamás pasaría sin el dulce alimento de sus reuniones cariñosas e íntimas. Desde entonces, los discípulos se reunirían, tanto en los cenáculos de Jerusalén, como en las catacumbas de Roma. Y, en los tiempos modernos, la esencia más profunda de esas asambleas es siempre la misma, sea en las iglesias católicas, en los templos protestantes o en los centros espíritas.

El objetivo es uno solo: procurar la influencia de los planos superiores, con la diferencia que, en los ambientes espiritistas, el alma puede saciarse con mayor abundancia, en vuelos más altos, por conservarse apartada de ciertos prejuicios del dogmatismo y del sacerdocio organizado.

Mediumnidad

“Y en los últimos días –dice el Señor– sucederá que derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.”

(HECHOS, 2:17.)

El día de Pentecostés, Jerusalén estaba repleta de forasteros. Hijos de Mesopotamia, de Frigia, de Libia, de Egipto, Cretenses y Árabes, Partos y Romanos se aglomeraban en la extensa plaza, cuando los humildes discípulos del Nazareno anunciaron la Buena Nueva, atendiendo a cada grupo de la multitud en su idioma particular.

Una ola de sorpresa y de alegría invadió el espíritu general.

No faltaron en el divino concierto, los escépticos, atribuyendo a la locura y a la embria-

guez la revelación observada. Simón Pedro se destaca y esclarece que se trata de la luz prometida por los cielos a la oscuridad de la carne.

Desde ese día, las claridades del Pentecostés se irradiaron incesantemente sobre el mundo. Hasta entonces, los discípulos eran frágiles e indecisos, pero, de esa hora en adelante, rompen las influencias del medio, curan enfermos, levantan el espíritu de los infortunados, hablan a los reyes de la Tierra en nombre del Señor.

Se les había comunicado el poder de Jesús, potenciando sus reducidas energías.

Se había establecido la era de la mediumnidad, fundamento de todas las realizaciones del Cristianismo, a través de los siglos.

Contra su influjo trabajan hasta hoy los prejuicios morales que avasallan los caminos del hombre, pero, es sobre la mediumnidad, gloriosa luz de los cielos ofrecida a las criaturas en el Pentecostés, que se edifican las construcciones espirituales de todas las comunidades sinceras de la Doctrina del Cristo, y aún es ella la que, expandida desde los Apóstoles al círculo de todos los hombres, resurge en el Espiritismo cristiano, como el alma inmortal del Cristianismo redivivo.

Consuelo

“El que quiera ayudarme, que me siga.”

Jesús. (JUAN, 12:26)

Frecuentemente, las organizaciones religiosas y principalmente las espiritistas están repletas, en la actualidad, de personas ansiosas por ser consoladas.

De hecho, la elevada Doctrina de los Espíritus es la divina expresión del Consolador Prometido. En sus actividades resplandecen caminos nuevos para el pensamiento humano, llenos de profundas consolaciones para los días más duros.

No obstante, es imprescindible ponderar que no sería justo que alguien quisiese consolarse, sin entregarse al trabajo necesario...

Muchos piden amparo a los mensajeros del

plano invisible; pero, ¿cómo recibirlo, si llegaron al extremo de abandonarse al sabor de los vientos impetuosos que soplan con fuerza en los resbaladeros de los caminos?

El consuelo espiritual no es como el pan del mundo que pasa, mecánicamente, de mano en mano, para saciar el hambre del cuerpo, mas, sí como el Sol, que es el mismo para todos, pero que penetra solamente en los lugares donde no se haya erigido un reducto cerrado para las sombras.

Los discípulos de Jesús pueden referirse a sus necesidades de consuelo. Eso es natural. Sin embargo, antes que eso, necesitan saber si están ayudando al Maestro y siguiéndolo. El Cristo nunca faltó a sus promesas. Su reino divino se yergue sobre consolaciones inmortales; mas, para alcanzarlo, se hace necesario seguirle los pasos y nadie ignora cual fue el camino de Jesús, en las piedras de este mundo.

12

La educación en el hogar

“Y también vosotros hacéis lo que habéis aprendido de vuestro padre.”

Jesús. (JUAN, 8:38.)

En la actualidad del mundo se preconiza una educación por la libertad plena de los instintos del hombre, olvidándose, poco a poco, de las antiguas enseñanzas en cuanto a la formación del carácter en el hogar; pero, la humanidad, más temprano o más tarde, será compelida a reajustar sus propósitos.

Los padres humanos han de ser los primeros mentores de la criatura. De su misión amorosa proviene la organización del ambiente justo. Medios corrompidos significan malos padres, aunque entre ellos estén los que, bajo el peso de extensos sacrificios y aun ante la falta de vigilancia

colectiva, consiguen mantener la seguridad posible contra el desorden amenazador.

La tarea del hogar nunca será una válvula para goces improductivos, porque constituye un trabajo de cooperación con Dios. El hombre o la mujer que deseen al mismo tiempo ser padres y gozadores de la vida terrestre, están ciegos y terminarán sus locos esfuerzos, espiritualmente hablando, en la sepultura común de la inutilidad.

En balde se improvisarán sociólogos para sustituir la educación en el hogar por similares abstrusos que envenenan el alma. Sólo un espíritu que haya comprendido la paternidad de Dios, por encima de todo, consigue escapar a la ley por la cual los hijos siempre imitarán a los padres, aunque estos sean perversos.

Oigamos la palabra del Cristo y, si tenéis hijos en la Tierra, guardad la declaración del Maestro como advertencia.

¿Qué es la carne?

“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu.”

Pablo. (GÁLATAS, 5:25.)

Casi siempre, cuando se habla de espiritualidad, se presentan muchas personas que se quejan de las exigencias de la carne.

Es verdad que los apóstoles hablaron muchas veces de la concupiscencia de la carne, de sus impulsos criminales y de sus deseos nocivos. Nosotros mismos, frecuentemente, nos sentimos en la necesidad de aprovechar el símbolo para hacer más accesibles las lecciones del Evangelio. El propio Maestro simbolizó que el espíritu, como elemento divino, es fuerte, pero que la carne, como expresión humana, es débil.

Pero, ¿qué es la carne?

Cada personalidad espiritual tiene su cuerpo fluídico, ¿y acaso no percibisteis aún que la carne es un compuesto de fluidos condensados? Naturalmente, esos fluidos, al reunirse, obedecerán los imperativos de la existencia terrestre, en lo que designáis como ley hereditaria; mas, ese conjunto es pasivo y no determina nada por sí mismo. Podemos describirlo como una casa terrestre, dentro de la cual el espíritu es el dirigente, habitación esa que tomará las características buenas o malas de su poseedor.

Cuando hablamos de pecados de la carne, podemos traducir la expresión como faltas debidas a la condición inferior del hombre espiritual sobre el planeta.

Los deseos depravados, los impulsos deprimentes, la ingratitud, la mala fe, el carácter del traidor, nunca fueron de la carne.

Es preciso que se instale en el hombre la comprensión de su necesidad de autodomínio, despertando sus facultades para disciplinarse y renovarse a sí mismo en Jesucristo.

Uno de los mayores absurdos de algunos discípulos es atribuir al conjunto de células pasivas, que sirven al hombre, la paternidad de los crímenes y desvíos de la Tierra, cuando sabemos que todo procede del espíritu.

En ti mismo

“¿Tienes fe? Tenla en ti mismo, delante de Dios.”

Pablo. (ROMANOS, 14:22.)

En el mecanismo de las realizaciones diarias, no es posible que el ser humano olvide aquella expresión de confianza en sí mismo, y que debe mantenerla en la esfera de las obligaciones que tiene que cumplir delante de Dios.

Los que viven con la certeza de las promesas divinas son los que guardan la fe en el poder relativo que les fue confiado y, aumentándolo con su propio esfuerzo, prosiguen en las edificaciones definitivas, con vistas a la eternidad.

No obstante, los que permanecen desalentados en cuanto a sus posibilidades, esperando en promesas humanas, dan la idea de fragmen-

tos de corteza, sin finalidad propia, al vaivén de las aguas, sin rumbo y sin fondeadero.

Naturalmente, nadie podrá vivir en la Tierra sin confiar en alguien de su círculo más próximo; pero, el afecto, el vínculo amistoso, el calor de las dedicaciones elevadas no pueden excluir la confianza en sí mismo, delante del Creador.

En la esfera de cada persona, Dios lo puede todo; pero, no dispensa la cooperación, la voluntad y la confianza del hijo para realizar. Un padre que hiciese, mecánicamente, el cuadro de felicidades de sus descendientes, exterminaría, en cada uno, las facultades más brillantes.

¿Por qué habrías de mantenerte indeciso, si el Señor te confirió este o aquel trabajo justo? Hazlo correctamente, porque si Dios tiene confianza en ti para algunas cosas, debes confiar en ti mismo, delante de Él.

Conversión

“Y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos.”

Jesús. (LUCAS, 22:32.)

La conversión del hombre no es así de fácil, como afirman los portadores de convicciones apresuradas.

Muchos dicen “yo creo”, pero pocos pueden declarar “estoy transformado”.

Las palabras del Maestro a Simón Pedro son muy simbólicas. Jesús las profirió en la víspera del Calvario, en la hora grave de la última reunión con los discípulos. Recomendaba al pescador de Cafarnaún que confirmase a los hermanos en la fe, cuando se convirtiese.

Hay que destacar que Pedro siempre fue su más activo compañero de apostolado. El Maestro

prefería siempre su casa sencilla para ejercer el divino ministerio del amor. Durante tres años sucesivos, Simón presenció acontecimientos asombrosos. Vio sanar a leprosos, a ciegos que volvían a ver, y a locos que recuperaban la razón; se deslumbró con la visión del Mesías transfigurado en el Tabor, asistió a la salida de Lázaro de la oscuridad del sepulcro y, sin embargo, no estaba convertido aún.

Serían necesarios los inmensos trabajos de Jerusalén, los sacrificios personales, las enormes luchas consigo mismo, para que pudiese convertirse al Evangelio y dar testimonio del Cristo a sus hermanos.

No será porque tu alma se maraville ante las revelaciones espirituales, que estarás convertido y transformado para Jesús. Simón Pedro presenció esas revelaciones con el propio Mesías y le costó mucho obtener esos títulos. Por tanto, trabajemos para convertirnos. Sólo en esas condiciones estaremos habilitados para el testimonio.

Enderezad los caminos

“Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.”

Juan el Bautista. (JUAN, 1:23)

La exhortación del Precursor permanece en el aire, convocando a los hombres de buena voluntad para la regeneración de las sendas en común.

En todas las épocas, observamos personas que son candidatas a la fe y anhelan los beneficios del Cristo. Claman por su paz, por la presencia divina y, a veces, después de transformar los mejores sentimientos en inquietud injusta, acaban desanimadas y vencidas.

¿Dónde está Jesús que no vino a su encuentro después de los sucesivos ruegos?, ¿en qué esfera lejana permanecerá el Señor, distante

de sus amarguras? No comprenden que, a través de mensajeros generosos de su amor, el Cristo se encuentra, cada día, al lado de todos los discípulos sinceros. Les falta dedicación al bien de sí mismos. Corren tras el Divino Maestro, desatentos al consejo de Juan: “enderezad los caminos”.

Para que alguien sienta la influencia santificadora del Cristo, es preciso rectificar la senda en que ha vivido. Muchos lloran en las veredas del crimen, lamentándose en los abismos del error sistemático, invocan al cielo sin desapego a las pasiones avasalladoras del campo material. En tales condiciones, no es justo que se dirija el alma al Salvador, que aceptó la humillación y la cruz sin quejas de cualquier naturaleza.

Si quieres que Jesús venga a santificar tus actividades, endereza los caminos de la existencia, regenera tus impulsos. Deshaz las sombras que te rodean y lo sentirás, a tu lado, con su bendición.

Por el Cristo

“Y si te hizo algún daño, o te debe alguna cosa, pon eso en mi cuenta.”

Pablo. (FILEMÓN, 1: 18.)

Enviando a Enésimo con Filemón, Pablo, en sus expresiones inspiradas y felices, recomendaba al amigo que cargase a su cuenta todo lo que le era debido por el portador.

Adaptemos la exhortación a nuestras propias necesidades.

Cada nuevo día de lucha, pasamos a ser mayores deudores del Cristo.

Si todo acontece de manera difícil para nosotros, es de Jesús que nos llegan las providencias justas. Si todo se desarrolla con normalidad, es por su amor que utilizamos las dádivas de la vida y es, en su nombre, que distribuimos esperanzas y consuelos.

Estamos *empeñados* a su inagotable misericordia.

Somos *de Él* y en esa circunstancia reside nuestro más elevado valor.

Entonces, ¿por qué tanto pesimismo y desesperación cuando la calumnia o la ingratitud nos atacan con fuerza, trayéndonos la posibilidad de lograr más amplia ascensión? Si estamos totalmente empeñados al amor infinito del Maestro, ¿no será razonable que comprendamos por lo menos alguna particularidad de nuestra inmensa deuda, disponiéndonos a aceptar una pequeña porción de sufrimiento, en memoria de su nombre, junto a nuestros hermanos de la Tierra, que son, igualmente, sus tutelados?

Debemos reflexionar que cuando hablamos de paz, de felicidad, de vida superior, actuamos en el campo de la confianza, prometiendo por cuenta del Cristo, porque sólo él tiene para dar en abundancia.

En vista de eso, en caso de que sientas que alguien se convirtió en deudor de tu alma, no te entregues a preocupaciones inútiles, porque el Cristo es también tu acreedor y debes colocar los daños del camino, en su cuenta divina, siguiendo adelante.

Purificación íntima

“Limpiad las manos, pecadores; y, vosotros los de doble ánimo, purificad los corazones.”

(SANTIAGO, 4:8.)

Cada hombre tiene una vida exterior, conocida y analizada por los que le rodean, y la vida íntima de la cual solamente él mismo podrá dar testimonio.

El mundo interior es la fuente de todos los principios buenos o malos, y todas las expresiones exteriores guardan ahí sus fundamentos.

Por lo general, todos somos portadores de graves deficiencias íntimas, necesitadas de rectificación.

Pero el trabajo de purificar no es tan simple como parece.

Le será muy fácil al hombre confesar la aceptación de verdades religiosas, operar su adhesión verbal a ideologías edificantes... Pero, otra cosa es realizar la obra de elevación de sí mismo, valiéndose de la autodisciplina, de la comprensión fraternal y del espíritu de sacrificio.

El apóstol Santiago entendía perfectamente la gravedad del asunto y aconsejaba a los discípulos que se limpiasen las manos, esto es, rectificasen las actividades del plano exterior, renovasen sus acciones ante la mirada de todos, apelando para que se efectuase, igualmente, la purificación del sentimiento, en el recinto sagrado de la conciencia, apenas conocido por el aprendiz, en la soledad impenetrable de sus pensamientos. Pero el compañero valeroso del Cristo no se olvidó de afirmar que eso es trabajo para los de doble ánimo, porque semejante renovación jamás se hará tan sólo a costa de palabras brillantes.

En la propaganda

“Y os dirán: Helo aquí, o helo allí. No vayáis, ni los sigáis.”

Jesús. (LUCAS, 17:23)

Las exhortaciones del Maestro a los discípulos son muy precisas para provocar cualquier incertidumbre o indecisión.

Cuando tantas expresiones sectarias requieren al Cristo para sus desmanes intelectuales, es justo que los nuevos aprendices, a la luz del Consolador, mediten en la elevada significación de este versículo de Lucas.

En la propaganda genuinamente cristiana no basta decir dónde está el Señor, es indispensable mostrarlo en la propia ejemplificación.

Muchos recorren templos y altares, buscando a Jesús.

Cambiar de creencia religiosa puede ser una modificación de camino, pero puede ser también la prolongación de la perturbación.

Se hace necesario encontrar a Cristo en el santuario interior.

Cristianizar la vida no es imprimirle nuevas facciones exteriores. Es reformarla para el bien en el ámbito particular.

Los que afirman apenas en la forma verbal que el Maestro se encuentra aquí o allí, asumen profundas responsabilidades. La preocupación de proselitismo es siempre peligrosa para los que se seducen con las bellezas sonoras de la palabra sin ejemplos edificantes.

El discípulo sincero sabe que decir es fácil, pero que es difícil revelar los propósitos del Señor en su propia existencia. Es imprescindible hacer el bien antes de enseñarlo a otros, porque Jesús recomendó que nadie siguiese a los pregoneros que solamente dijese dónde se podría encontrar el Hijo de Dios.

El compañero

¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de tí?

Jesús. (Mateo, 18:33)

En cualquier parte, no puede el hombre actuar, aisladamente, tratándose de la obra de Dios, que se perfecciona en todos los lugares.

El Padre estableció la cooperación como principio de los más nobles, en el centro de las leyes que rigen la vida.

En el rincón más humilde, encontrarás un compañero de esfuerzo.

En casa, él puede llamarse “padre” o “hijo”; en el camino, puede denominarse “amigo” o “camarada de ideal”.

En el fondo, hay un solo Padre que es Dios y una gran familia que se compone de hermanos.

Si el Eterno encaminó a tu ambiente un compañero poco deseable, ten compasión y enseña siempre.

Eleva a los que te rodean.

Santifica los lazos que Jesús promovió a bien de tu alma y de todos los que te acompañan.

Si la tarea presenta obstáculos, recuerda las innumerables veces en que Cristo ya aplicó misericordia a tu espíritu. Eso atenúa las sombras del corazón.

Observa en cada compañero de lucha o del día una bendición y una oportunidad de atender al programa divino, acerca de tu existencia.

¿Hay dificultades y obstáculos, incompreensiones y desaveniencias? Usa la misericordia que Jesús ya usó contigo, dándote una nueva ocasión de santificar y de aprender.

21

Caminos rectos

“Y Él les dijo: Echad la red por la banda derecha de la barca y hallaréis.”

Jesús. (JUAN, 21:6.)

La vida debería constituir, por parte de todos nosotros, una rigurosa observancia de los sagrados intereses de Dios.

Pero, con frecuencia, el ser humano busca anteponerse a los designios divinos.

Entonces, se establece el desequilibrio, porque nadie engañará a la Ley Divina. Y el hombre compelido a la reparación sufre en la intensa tarea.

Algunos compañeros se desesperan en el buen combate por la propia perfección y se lanzan en un verdadero infierno de sombras interiores. Se quejan del destino, acusan a la sabiduría

creadora, gesticulan en los abismos de la maldad, olvidando el capricho y la imprudencia que los hicieron caer.

No obstante, Jesús, hace casi veinte siglos, exclamó:

“Echad la red por la banda derecha de la barca y hallaréis.”

En esta figura, el espíritu humano es un “pescador” de los valores evolutivos, en la escuela regeneradora de la Tierra. La posición es la “barca”. Cada nuevo día, el hombre se levanta con su “red” de intereses. ¿Estaremos echando nuestra “red” por la “banda derecha”? ¿Se fundan nuestros pensamientos y actos sobre la verdadera justicia?

Conviene consultar la vida interior, en el esfuerzo diario, porque el Cristo en esa enseñanza, recomendaba –de modo general– a sus discípulos: “Dedicad vuestra atención a los caminos rectos y hallaréis lo necesario.”

¿Qué buscáis?

“Y volviéndose Jesús, y viendo que ellos le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis?”

(JUAN, 1:38.)

La vida en sí es un conjunto divino de experiencias.

Cada existencia aislada ofrece al hombre el provecho de nuevos conocimientos. No obstante, la adquisición de valores religiosos es el más importante de todos, en virtud de constituir el proceso de iluminación definitiva del alma para Dios.

Pero, los hombres extienden a ese departamento divino sus sentimientos viciados en el juego inferior de los intereses egoístas.

Los templos de piedra están llenos de promesas injustificables y de votos absurdos.

Muchos devotos creen encontrar en la Divina Providencia una fuerza sobornable, contaminada de privilegios y preferencias. Otros piden socorro al plano divino con el propósito de solucionar problemas mezquinos.

Se olvidan de que el Cristo enseñó y ejemplificó.

La cruz del Calvario es un símbolo vivo.

Quien desea la libertad precisa obedecer a los supremos designios. Sin la comprensión de Jesús, en el campo íntimo, asociada a los actos de cada día, el alma será siempre la prisionera de preocupaciones inferiores.

Nadie olvide la verdad de que el Cristo se encuentra en el umbral de todos los templos religiosos del mundo, preguntando, con interés, a los que entran: “*¿Qué buscáis?*”

Vivir por la fe

“Mas el justo vivirá por la fe.”

Pablo. (ROMANOS, 1:17.)

En la epístola a los romanos, Pablo afirma que el justo vivirá por la fe.

No pocos aprendices interpretaron de forma errada la aseveración. Supusieron que vivir por la fe sería ejecutar con todo rigor las ceremonias exteriores de los cultos religiosos.

Frecuentar los templos, relacionarse con los sacerdotes, respetar la simbología sectaria, indicarían la presencia del hombre justo. Pero no siempre vemos al buen ritualista siendo una buena persona. Y ante todo, es necesario ser hombre de Dios, en todas las circunstancias de la existencia.

Pablo de Tarso quería decir que el justo será

siempre fiel, y que vivirá, de modo invariable, en la verdadera fidelidad al Padre que está en los cielos.

¿Los días son alegres y tranquilos?, tengamos buena memoria y no menospreciemos la moderación. ¿Son oscuros y tristes?, confiemos en Dios, sin cuyo permiso la tempestad no se abatiría. ¿Vino el abandono del mundo?, el Padre jamás nos abandona. ¿Llegaron las enfermedades, los desengaños, la ingratitud y la muerte?, ellos son buenos amigos, por traer hasta nosotros la oportunidad de ser justos, y de vivir por la fe, según las sagradas disposiciones del Cristianismo.

El tesoro herrumbrado

“Vuestro oro y vuestra plata se herrumbrarán.”

(SANTIAGO, 5:3.)

Los sentimientos del hombre, con sus propias ideas apasionadas, si fuesen dirigidos para el bien, producirían siempre, como consecuencia de ello, los más sustanciosos frutos para la obra de Dios. Pero, en casi todas partes, se desarrolla lo opuesto, impidiendo la realización de los propósitos divinos, con respecto a la redención del ser humano.

De modo general, vemos al amor interpretado tan sólo como si fuese una emoción transitoria de los sentidos materiales, la beneficencia produciendo perturbación entre decenas de personas para atender a tres o cuatro enfermos, la fe organizando guerras sectarias, el celo sagra-

do de la existencia creando egoísmo fulminante. Aquí, el perdón habla de dificultades para expresarse; allí, la humildad pide la admiración de los otros.

Todos los sentimientos que nos fueron conferidos por Dios son sagrados. Constituyen el oro y la plata de nuestra herencia, pero como asevera el apóstol, hemos dejado que las dádivas se herrumbrasen, con el transcurso del tiempo.

Se hace necesario que trabajemos afanosamente para eliminar la “herrumbre” que nos atacó los tesoros del espíritu. Para eso es indispensable que comprendamos en el Evangelio la historia de la renuncia perfecta y del perdón sin obstáculos, a fin de que estemos caminando, verdaderamente, al encuentro del Cristo.

Tened calma

“Jesús les dijo: –Haced que esos hombres se recuesten.”

(JUAN, 6:10.)

Este pasaje del Evangelio de Juan es de los más significativos. Sucede cuando la multitud de casi cinco mil personas tiene necesidad de pan, en el aislamiento de la naturaleza.

Los discípulos están preocupados.

Felipe afirma que doscientos denarios de plata no bastarían para atender a la dificultad imprevista.

Andrés conduce ante el Maestro a un joven que traía consigo cinco panes de cebada y dos peces.

Todos discuten.

Pero Jesús recibe la migaja sin dudar de su

preciosa significación y manda a que todos se recuesten, pide que haya orden, que se establezca la armonía. Y distribuye los recursos entre todos, maravillosamente.

La grandeza de la lección es profunda.

Los hombres hambrientos de paz reclaman la asistencia del Cristo. Hablan con Él, le suplican ayuda, aguardan sus manifestaciones. Sin embargo, no consiguen establecer el orden en sí mismos, para la recepción de los recursos celestes. Involucran a Jesús con sus imprecaciones, sus ansiedades locas y sus deseos criminales. Naturalmente se desesperan, cada vez más desorientados, porque no quieren oír la invitación a la calma, no se recuestan para que se haga el orden, persistiendo en mantener su propio desequilibrio.

Padecer

“Nada temas de las cosas que has de padecer.”

(APOCALIPSIS, 2:10.)

Una de las mayores preocupaciones del Cristo fue apartar los fantasmas del miedo de los caminos de los discípulos.

La adquisición de la fe no constituye un fenómeno común en las sendas de la vida. Traduce confianza plena.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué significará “padecer”?

En su esencia, el sufrimiento de muchos hombres, es muy semejante al del niño que perdió sus juguetes.

Numerosas personas se sienten eminentemente abatidas, cuando no les es posible la

práctica del mal; otros se encolerizan porque Dios no atendió sus perniciosos caprichos.

A fin de prestar la debida cooperación al Evangelio, es justo que nos incorporemos a la caravana fiel que camina para encontrarse con Jesús, comprendiendo que el amigo leal es el que no procura contender y está siempre dispuesto para la ejecución de las buenas tareas.

Participar del espíritu de servicio evangélico es compartir las decisiones del Maestro, cumpliendo los designios del Padre que está en los Cielos.

Así pues, no temamos lo que podamos venir a sufrir.

Dios es el Padre magnánimo y justo.

Un padre no distribuye padecimientos, corrige y toda corrección perfecciona.

Negocios

*“Y Él les dijo: ¿Por qué me buscabais?
¿No sabíais que me conviene tratar de los
negocios de mi Padre?”*

(LUCAS, 2:49.)

El hombre de mundo está siempre preocupado con los negocios referentes a sus efímeros intereses.

Algunos pasan la existencia entera observando la cotización de las bolsas. Otros se absorben en el estudio de los mercados.

Los países tienen negocios internos y externos. En su producción y mercadeo se valen de maravillosas actividades inteligentes. Aun así, a pesar de sus características respetables –cuando son legítimas– todos esos movimientos son precarios y transitorios. Las bolsas más fuertes

sufrirán crisis; el comercio del mundo es versátil, y a veces, ingrato.

Son muy raros los hombres que se consagran a sus intereses eternos. Con frecuencia se acuerdan de eso muy tarde, cuando el cuerpo permanece en la vena de la muerte. Sólo entonces rompen el olvido fatal.

No obstante, la criatura humana debería entender que en la iluminación de sí misma está el mejor negocio de la Tierra, pues semejante operación representa el interés de la Providencia Divina con respecto a nosotros.

Dios permitió las transacciones en el planeta para que aprendamos la fraternidad en las expresiones de intercambio, dejó que se procesasen los negocios terrenos para enseñarnos, a través de ellos, cuál es el mayor de todos. Por eso el Maestro nos habla, claramente, en las anotaciones de Lucas: –*¿No sabíais que me conviene tratar de los negocios de mi Padre?*”

Escritores

“Guardaos de los escribas que gustan exhibirse con su ropaje.”

Jesús. (MARCOS, 12:38.)

Las letras del mundo siempre estuvieron llenas de “escribas que gustan exhibirse con su ropaje”.

Jesús no sólo se refería a los intelectuales ambiciosos, sino también a los escritores excéntricos que, con el pretexto de ser novedosos, envenenan los espíritus con sus concepciones enfermizas, oriundas de la excesiva preocupación de originalidad.

Es preciso huir de los que matan la vida sencilla.

El tóxico intelectual acostumbra arruinar numerosas existencias.

Hay libros cuya función útil es la de mantener encendida la antorcha de la vigilancia en las almas de carácter solidificado en los ideales más nobles de la vida. Aun ahora, cuando atravesamos tiempos perturbados y difíciles para el hombre, el mercado de ideas se presenta repleto de artículos deteriorados, pidiendo la intervención de los puestos de “higiene espiritual”.

¿Podrías alimentar el cuerpo con sustancias podridas?

De igual manera, vuestra alma no podrá nutrirse de ideas inferiores basadas en la irreligiosidad, en el irrespeto, en el desorden y en la indisciplina.

Observad los modelos de decadencia intelectual y reflexionad con sinceridad en la paz que deseáis íntimamente. Eso constituirá un poderoso auxilio, a favor de la extinción de los desvíos de la inteligencia.

Contentarse

“No lo digo por necesidad, porque ya aprendí a contentarme con lo que tengo.”

Pablo. (FILIPENSES, 4:11.)

El vértigo de la posesión avasalla a la mayoría de las personas en la Tierra.

La vida sencilla, condición de la felicidad relativa que el planeta puede ofrecer, fue olvidada por la generalidad de los hombres. Un abrumador porcentaje de las súplicas terrestres no consigue avanzar más allá de su atrasado ámbito de origen.

Se piden a Dios extraños absurdos. Pocas personas se contentan con el material recibido para la solución de sus necesidades. Poquísimas piden solo el “pan de cada día”, como símbolo de las adquisiciones indispensables.

El hombre incoherente no busca saber lo

poco que posee para la vida eterna, porque está siempre ansioso por obtener lo máximo en las posibilidades transitorias. Generalmente, permanece insaciable e inquieto, absorbido por intereses percederos, bajo el tormento angustioso de la desmedida ambición. En la loca carrera hacia el inmediatismo, olvida la oportunidad que le pertenece, abandona el material que le fue concedido para su propia evolución y se lanza a aventuras de consecuencias imprevisibles, para su futuro infinito.

Si ya comprendes tus responsabilidades con el Cristo, examina la esencia de tus deseos más íntimos. Acuérdate que Pablo de Tarso, el apóstol llamado por Jesús para la diseminación de la verdad divina entre los hombres, fue obligado a aprender a contentarse con lo que poseía, penetrando el camino de acerbadas disciplinas.

¿Acaso estarás esperando que alguien realice semejante aprendizaje por ti?

El Mundo y el mal

“No pido que los quites del mundo, sino que los libres del mal”

Jesús. (JUAN, 17:15.)

En los centros religiosos, hay siempre gran número de personas preocupadas con la idea de la muerte. Muchos compañeros no creen en la paz, ni en el amor, sino en planos diferentes de la Tierra. La mayoría aguarda situaciones imaginarias e injustificables para quien nunca tomó en cuenta el valor del esfuerzo propio.

El deseo de morir para ser feliz es una enfermedad del espíritu.

Orando al Padre por los discípulos, Jesús rogó para que no fuesen retirados del mundo, y sí, liberados del mal.

Por lo tanto, el mal no es esencialmente del

mundo, sino de los seres humanos que lo habitan.

La Tierra, en sí, siempre fue buena. De su lodo brotan lirios de delicado aroma, su naturaleza maternal es un repositorio de maravillosos milagros que se repiten todos los días.

De nada vale que partamos del planeta, cuando nuestros males no fueron convenientemente exterminados. En tales circunstancias, nos asemejamos a los portadores humanos de las llamadas molestias incurables. Podemos cambiar de residencia; sin embargo, la mudanza en sí, es casi nula si las heridas nos acompañan. Así pues, se hace necesario embellecer el mundo y primorearlo, combatiendo el mal que está en nosotros mismos.

Las cosas pequeñas

“¿Pues si aún no podéis hacer las cosas pequeñas, por qué estáis ansiosos por las otras?”

Jesús. (LUCAS, 12:26.)

Poca gente conoce la importancia de la buena ejecución de las cosas pequeñas.

Hay hombres que, con falsa superioridad, se burlan de las tareas humildes, como si no fuesen imprescindibles para el éxito de los trabajos de mayor envergadura. Un sabio no puede olvidarse que, un día, necesitó aprender con las letras sencillas del alfabeto.

Más allá de eso, ninguna obra es perfecta si las particularidades no fuesen debidamente consideradas y comprendidas.

De modo general, el hombre está siempre fascinado por las situaciones de gran relevancia, por los destinos dramáticos y conmovedores.

Sin embargo, destacarse exige muchos cuidados. Las espinas también se destacan y las piedras sobresalen en los caminos comunes.

De ese modo, conviene atender a las cosas pequeñas de la senda que Dios nos reservó, para que nuestra acción se fije con real provecho para la vida.

La sinfonía se alterará si le falta una nota, el poema queda oscuro cuando se omite un verso.

Hagamos con celo las cosas mínimas. Son parte integral e inalienable de los grandes hechos. Comprendiendo la importancia de eso, el Maestro nos interroga en el Evangelio de Lucas: *“¿Pues si aún no podéis hacer las cosas pequeñas, por qué estáis ansiosos por las otras?”*

Nubes

*“Y vino una voz desde la nube, que decía:
Este es mi amado Hijo; a Él oíd.”*

(LUCAS, 9:35.)

El hombre, casi siempre, tiene la mente absorta en la contemplación de las nubes que le surgen en el horizonte. Son nubes de contrariedades, de proyectos frustrados, de esperanzas deshechas.

A veces, se desespera envenenando las fuentes de su propia vida. Desearía, invariablemente, un cielo azul a distancia, un Sol brillante en el día y luminosas estrellas que le embelesasen la noche. No obstante, aparece la nube y la perplejidad lo toma súbitamente.

El Evangelio nos cuenta la hermosa historia de una nube.

Los discípulos se encontraban deslumbrados con la visión de Jesús transfigurado, teniendo junto a sí a Moisés y a Elías, aureolados de intensa luz.

Pero, he ahí que comparece una gran sombra. Ya no distinguen más el maravilloso cuadro. Sin embargo, del manto de espesa niebla, clama la voz poderosa de la revelación divina: *“¡Este es mi amado Hijo; a él oíd!”*

En la sombra temporal, se manifestaba la palabra del Cielo.

Efectivamente, la existencia terrestre impone angustias inquietantes y amargas aflicciones. No obstante, es conveniente que los seres humanos guarden serenidad y confianza en los momentos difíciles.

Las penas y los sinsabores de la lucha planetaria contienen profundos esclarecimientos, lecciones ocultas, llamados grandiosos. La voz sabia y amorosa de Dios habla siempre a través de ellos.

Recapitulaciones

“Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.”

(JUAN, 12:43.)

Los siglos parecen revivir con sus fulgores y decadencias.

El mundo da la impresión de ser un campo donde las escenas se repiten constantemente.

Todo es inestable.

La fuerza y el derecho caminan con alternativas de dominio. Multitudes esclarecidas regresan a las nuevas alucinaciones. A su vez, el espíritu humano, considerado aisladamente, demuestra recapitular las malas experiencias, después de alcanzar el buen conocimiento.

¿Cómo dilucidar la anomalía? La situación es extraña porque, en el fondo, todo hombre tiene

sed de paz y hambre de estabilidad. Pero, es importante reconocer que en el curso de los milenios, los seres humanos, en múltiples existencias, han amado más la gloria terrena que la gloria de Dios.

Innumerables hombres presumen estar redimidos con la juiciosa meditación crepuscular, pero... ¿y el día que ya pasó? En justicia misericordiosa de sus decisiones, Jesús le concede al trabajador dubitativo una nueva oportunidad. El día vuelve. Se refunde la existencia. Sin embargo, ¿qué le puede aprovechar al operario que tan sólo se vale de los bienes eternos en el crepúsculo lleno de sombras?

Alguien le preguntará: ¿qué hiciste de la mañana clara, del Sol ardiente, de los instrumentos que te di? Sólo a esa altura reconoce la necesidad de glorificarse en el Todopoderoso. Y hombres y pueblos continuarán deshaciendo la obra falsa para comenzar el esfuerzo otra vez.

Comer y beber

“Entonces, comenzaréis a decir: Hemos comido y bebido en tu presencia y has enseñado en nuestras plazas.”

Jesús. (LUCAS, 13:26.)

El versículo de Lucas, anotado aquí, se refiere al padre de familia que cerró la puerta a los hijos ingratos.

El cuadro refleja la situación de los religiosos de todos los matices que únicamente hablaron, y en demasía, refiriéndose al nombre de Jesús. En el día del análisis minucioso, cuando la muerte abre de nuevo la puerta espiritual, he aquí que dirán haber “comido y bebido” en presencia del Maestro, cuyas enseñanzas conocieron y diseminaron en las plazas.

Tan sólo comieron y bebieron. Se aprovecharon de los recursos de forma egoísta. Comieron y

creyeron con la fe intelectual. Bebieron y transmitieron lo que habían aprendido de otro. Asimilar la lección en la propia existencia no les interesaba en sus inconstantes mentes.

Conocieron al Maestro, es verdad, pero no lo revelaron en sus corazones. También Jesús conocía a Dios; no obstante, no se limitó a afirmar la realidad de esas relaciones. Vivió el amor al Padre, junto a los hombres. Enseñando la verdad, se entregó a la redención humana, sin pensar en recompensa. Entendió a las criaturas humanas antes que ellas lo entendiesen, nos concedió el supremo favor con su venida, se dio en holocausto para que aprendiésemos la ciencia del bien.

No bastará creer intelectualmente en Jesús. Es necesario aplicarlo a nosotros mismos.

El hombre debe cultivar la meditación en el círculo de los problemas que lo preocupan cada día. Los irracionales también comen y beben. Sin embargo, los hijos de las naciones nacen en la Tierra para una vida más elevada.

Siembra

“Porque habiendo sido sembrado, crece.”

Jesús. (MARCOS, 4:32.)

Es razonable que todos los hombres procuren comprender la esencia de los actos que practican en las actividades diarias. Aunque estén obedeciendo a ciertos reglamentos del mundo, que los impelen a determinadas actitudes, es imprescindible examinar las cualidades de su contribución personal en el mecanismo de las circunstancias, porque es de la ley de Dios que toda siembra se desarrolle.

El bien siembra la vida, el mal siembra la muerte. El primero es el movimiento evolutivo en la escala ascendente hacia la Divinidad, el segundo es el estancamiento.

Muchos Espíritus, de cuerpo en cuerpo,

permanecen durante milenios en la Tierra con las mismas recapitulaciones. La siembra perjudicial los condicionó a la llamada “muerte en el pecado”. Atraviesan los días rescatando débitos escabrosos y cayendo de nuevo por la renovación de la sementera indeseable. La existencia de ellos constituye un largo y vicioso circuito, porque el mal los enraíza al suelo ardiente y árido de las pasiones ingratas.

Solamente el bien puede conferir el galardón de la libertad suprema, representando la única llave susceptible de abrir al alma ansiosa las puertas sagradas del infinito.

Haya, pues, suficiente cuidado en nosotros, cada día, por cuanto el bien y el mal, habiendo sido sembrados, crecerán junto a nosotros, de conformidad con las leyes que rigen la vida.

Herejías

“Es importante que haya herejías entre vosotros, para que los que son sinceros se manifiesten.”

Pablo. (I CORINTIOS, 11:19.)

Recibamos a los herejes con simpatía, que hablen libremente los materialistas, que nadie se subleve contra los que dudan, que los incrédulos posean tribunales y voces.

Eso es justo.

Pablo de Tarso escribió este versículo bajo profunda inspiración.

Los que condenan a los desesperados de la suerte no evalúan con la necesaria comprensión la grandeza del amor divino. ¿Qué decir del padre que maldice al hijo por haber regresado a casa enfermo y sin esperanza?

Quien no consigue creer en Dios está enfermo. En esa condición, la palabra de los desesperados es sincera, pues parte de almas vacías que dan gritos de socorro, por más disimulados que esos gritos parezcan, bajo la capa brillante de los conceptos filosóficos o científicos del mundo. Aunque los infelices de ese orden nos ataquen, sus esfuerzos inútiles redundan en beneficio de todos, posibilitando la selección de los legítimos valores en la obra iniciada.

En cuanto a la supuesta necesidad de que suministremos fe a los escépticos, olvidemos la presunción de satisfacerlos, guardando con nosotros la certeza de que Dios tiene mucho para darles. Recibámoslos como hermanos, convencidos de que el Padre hará el resto.

Honras vanas

“Pero en vano me honran, enseñando doctrinas que son mandamientos de hombres.”

Jesús. (MARCOS, 7:7.)

El Cristianismo en la actualidad nos ofrece profundas lecciones, relacionadas con la declaración mencionada arriba.

Nadie duda del soplo cristiano que anima a la civilización de Occidente. Pero corresponde señalar que la esencia cristiana, en sus instituciones, no pasó de ser un soplo, sin renovaciones sustanciales, porque, poco después del ministerio divino del Maestro, vinieron los hombres y labraron ordenanzas y decretos con la presunción de honrar al Cristo, sembrando, en verdad, separatismo y destrucción.

Los últimos siglos están llenos de notables

figuras de reyes, religiosos y políticos que se afirmaron defensores del Cristianismo y apóstoles de sus luces.

Todos ellos escribieron o enseñaron en nombre de Jesús.

Los príncipes expedieron mandamientos famosos, los clérigos publicaron bulas y compendios, los administradores organizaron leyes célebres. No obstante, en vano procuraron honrar al Salvador, enseñando doctrinas que son caprichos humanos, por cuanto el mundo de ahora aún es campo de batalla de las ideas, tal como en el tiempo en que el Cristo vino personalmente a nosotros, apenas con la diferencia que el Fariseísmo, el Templo, el Sanedrín, el Pretorio y la Corte de César poseen hoy otros nombres. De ese modo, importa reconocer que, sobre el esfuerzo de tantos años, es necesario renovar la comprensión general y servir al Señor, no según los hombres, sino de acuerdo con sus propias enseñanzas.

Prédicas

“Y Él les dijo: Vamos a las aldeas vecinas, para que predique también allí; porque para eso he venido.”

(MARCOS, 1:38.)

En este versículo de Marcos, Jesús declara haber venido al mundo para predicar. Sin embargo, como la significación del concepto ha sido erróneamente interpretada, es razonable recordar que, con semejante aseveración, el Maestro incluía en el acto de predicar todos los gestos de sacrificio de su vida.

Generalmente, vemos en la Tierra la misión de enseñar muy desmoralizada.

La ciencia oficial dispone de cátedras, la política posee tribunas, la religión habla desde púlpitos. Pero, con loables excepciones, casi siempre los que enseñan se caracterizan por dos modos

diferentes de actuar. Exhiben ciertas actitudes cuando predicán, y adoptan otras en sus diarias actividades. De ello resulta una perturbación general, porque los oyentes se sienten a sus anchas para cambiar nada más que el “ropaje de su carácter”.

Toda disertación moldeada en el bien es útil. Jesús vino al mundo para eso, predicó la verdad en todos los lugares, hizo discursos de renovación, comentó sobre la necesidad del amor para lograr la solución de nuestros problemas. No obstante, mezcló palabras con testimonios vivos, desde la primera manifestación de su apostolado sublime hasta la cruz. Por tanto, el Maestro entendía igualmente que la prédica incluía todos los sacrificios de la vida. En ese sentido, enviándonos la divina enseñanza, nos cuenta el Evangelio que el Maestro vestía una túnica sin costura en la hora suprema del Calvario.

Entra y coopera

“Y él, tembloroso y atónito, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le respondió: Levántate y entra en la ciudad y allí te dirán lo que te conviene hacer.”

(HECHOS. 9:6.)

Esta particularidad de los Hechos de los Apóstoles se reviste de gran belleza para los que desean comprender la grandeza del servicio con el Cristo.

Si el Maestro se le apareció al apasionado rabino de Jerusalén, en el esplendor de la luz divina e inmortal, y le dirigió palabras directas e inolvidables al corazón, ¿Por qué no terminó el esclarecimiento, recomendándole, en vez de eso, entrar en Damasco, a fin de oír lo que le convenía saber? Es que la ley de cooperación entre los hombres es el grande y generoso principio, a tra-

vés del cual Jesús sigue, de cerca, a la Humanidad entera, por los canales de la inspiración.

El Maestro enseña a los discípulos y los consuela a través de ellos mismos. Cuanto más penetre el aprendiz en su esfera de influencia, más habilitado estará para constituirse en su instrumento fiel y justo.

Pablo de Tarso contempló al Cristo resucitado, en su grandeza imperecedera, pero fue obligado a valerse de Ananías para iniciar la tarea redentora que le correspondía realizar junto a los hombres.

Esa lección debería ser bien aprovechada por los compañeros que esperan ansiosamente la muerte del cuerpo, suplicando ser transferidos para los mundos superiores, tan sólo por haber oído maravillosas descripciones de los mensajes divinos. Meditando sobre la enseñanza, preguntense a sí mismos lo que harían en las esferas más elevadas, si aún no se apropiaron de los valores educativos que la Tierra les puede ofrecer. Pues, más razonable sería que se irguiesen del pasado y penetrasen en la lucha edificante de cada día, en la Tierra, por cuanto, en el trabajo sincero de la cooperación fraternal, recibirán de Jesús el esclarecimiento acerca de lo que les conviene hacer.

Tiempo de confianza

“Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe?”
(LUCAS, 8:25.)

La tempestad instauró la perturbación en el ánimo de los discípulos más fuertes. Desorientados, ante la furia de los elementos, piden ayuda a Jesús gritando fuertemente.

El Maestro los atiende, pero pregunta después:

– ¿Dónde está vuestra fe?

El cuadro sugiere ponderaciones de vasto alcance. La interrogación de Jesús indica claramente la necesidad de mantener la confianza, cuando todo parece oscuro y perdido. En tales circunstancias, surge la ocasión para la fe en el momento apropiado.

Y si hay un tiempo para el trabajo y otro para el descanso, una época para sembrar y otra para cosechar, de igual forma la confianza se revelará en la hora adecuada.

Nadie ejercitará el optimismo, cuando todas las situaciones se conjugan para el bienestar. Es difícil que se demuestre amistad en los momentos felices.

Es natural que los discípulos aguarden oportunidades de lucha mayor en las que necesitarán aplicar más extensa e intensivamente las enseñanzas del Señor. Sin eso, sería imposible hacer una aferición de valores.

En la actualidad dolorosa, innumerables compañeros invocan la cooperación directa del Cristo. Y la ayuda viene siempre, porque es infinita la misericordia celestial, pero, vencida la dificultad, esperen la indagación:

– *¿Dónde está vuestra fe?*

Y sobrevendrán otros obstáculos, hasta que el discípulo aprenda a dominarse, a educarse y a vencer, serenamente, con las lecciones recibidas.

La regla áurea

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.”

Jesús. (MATEO, 22:39.)

Indiscutiblemente, muchos siglos antes de la llegada del Cristo ya se enseñaba en el mundo la Regla Áurea, traída por embajadores de su sabiduría y misericordia. Sin embargo, es necesario esclarecer que semejante principio era transmitido con mayor o menor ejemplificación de sus difusores.

Decían los griegos: “No hagáis al prójimo lo que no deseáis recibir de él.”

Afirmaban los persas: “Haced como queréis que se os haga.”

Declaraban los chinos: “Lo que no deseéis para vosotros, no lo hagáis a otro.”

Recomendaban los egipcios: “Dejad pasar a aquel que hizo a los demás lo que deseaba para sí.”

Doctrinaban los hebreos: “Lo que no quisiereis para vosotros, no lo deseéis para el prójimo”.

Insistían los romanos: “La ley grabada en los corazones humanos es amar a los miembros de la sociedad como a sí mismo.”

En la antigüedad, todos los pueblos recibieron la ley de oro de la magnanimidad del Cristo. Pero, profetas, administradores, jueces y filósofos, procedieron como instrumentos más o menos identificados con la inspiración de los planos más elevados de la vida. Sus figuras se apagaron en el recinto de los templos iniciáticos o se confundieron en la maraña del tiempo en vista de sus testimonios fragmentarios.

Sin embargo, con el Maestro, la Regla Áurea es la novedad divina, porque Jesús la enseñó y ejemplificó, no con virtudes parciales, sino en plenitud de trabajo, abnegación y amor, en la claridad de las plazas públicas, revelándose a los ojos de la Humanidad entera.

Gloria al bien

“Gloria, honor y paz a todo el que practica el bien.”

Pablo. (ROMANOS, 2:10.)

La malicia acostumbra a conducir al hombre a falsas apreciaciones del bien, cuando no parte de la creencia religiosa a la que pertenece, de su propio ambiente de trabajo o de la comunidad familiar en la que se integra.

El egoísmo lo hace creer que el bien completo sólo podría nacer de sus manos o de las de los suyos. Esta es una de las características más inferiores de la personalidad.

El bien fluye incesantemente de Dios y Dios es el Padre de todos los hombres. Y es a través del hombre bueno que el Altísimo trabaja contra el sectarismo que transformó a sus hijos terres-

tres en combatientes contumaces, de acciones estériles y sanguinolentas.

Por más que las lecciones espontáneas del Cielo convoquen a los seres humanos al reconocimiento de esa verdad, continúan los hombres en actitud ofensiva, de amenaza y destrucción, unos contra otros.

No obstante, el Padre consagrará el bien, donde quiera que él esté.

Es indispensable no prestar mayor atención a los individuos en sí, lo que sí se debe es observar y comprender el bien que el Supremo Señor nos envía a través de ellos.

¿Qué importa el aspecto exterior de ese o de aquel hombre?, ¿qué interesan su nacionalidad, su nombre, o su color? Anotemos el mensaje del que son portadores. Si permanecen consagrados al mal, son dignos del bien que les podamos hacer, pero si son buenos y sinceros, en el sector de servicio en el que se encuentran, merecen la paz y el honor de Dios.

Consultas

“Y en la Ley, nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?”

(JUAN, 8:5)

Varias veces el espíritu de mala fe cercó al Maestro con interrogantes, aguardando determinadas respuestas para ridiculizarlo. Pero su palabra era siempre firme, incontestable, llena de sabor divino.

Nos referimos a este hecho para considerar que semejantes anotaciones invitan al discípulo a consultar siempre la sabiduría, el gesto y el ejemplo del Maestro.

Las enseñanzas y los actos de Jesús constituyen lecciones espontáneas para todas las cuestiones de la vida.

El hombre acostumbra gastar grandes

patrimonios financieros en exámenes de inteligencia. El parecer de profesionales del Derecho, a veces, cuesta el precio de angustioso sacrificio.

Pero, Jesús suministra gratuitamente opiniones decisivas y profundas. Basta que el alma procure la oración, el equilibrio y la quietud. El Maestro le hablará de la Buena Nueva de la Redención.

Con frecuencia surgen casos inesperados, problemas de difícil solución. No ignora el hombre que las costumbres y las tradiciones mandan resolverlos de cierto modo; no obstante, es indispensable que el aprendiz del Evangelio pregunte, en el santuario del corazón:

–Pero, tú, Maestro, ¿qué me dices a esto?

Y la respuesta no se hará esperar como divina luz en el gran silencio.

El ciego de Jericó

*“Diciendo: ¿Qué quieres que haga por ti?
Y el respondió: –Señor, que recobre la vista.”*

(LUCAS, 18:41.)

El ciego de Jericó es una de las grandes figuras de las enseñanzas evangélicas.

Nos cuenta la narración de Lucas que el infeliz andaba por el camino, mendigando... Pero, al sentir la aproximación del Maestro, se pone a gritar, implorando misericordia.

El pueblo se irrita en vista de tan insistentes súplicas. Intentan impedirselo, recomendándole callar sus solicitudes, pero Jesús oyendo su súplica, se aproxima a él y le interroga con amor:

–¿Qué quieres que haga por ti?

Frente al magnánimo dispensador de los

bienes divinos, recibiendo una libertad tan amplia, el suplicante sincero responde apenas esto:

–Señor, ¡que recobre la vista!

El propósito de ese ciego honesto y humilde debería ser el nuestro en todas las circunstancias de la vida.

Sumergidos en la carne o fuera de ella, somos, a veces, ese mendigo de Jericó, mendigando por las márgenes del camino común. La vida nos llama, el trabajo apela a nosotros, la luz del conocimiento nos bendice, pero permanecemos indecisos, sin coraje para marchar hacia la realización elevada que nos compete alcanzar. Y, cuando surge la oportunidad de nuestro encuentro espiritual con el Cristo, más allá de sentir que el mundo se vuelve contra nosotros, induciéndonos a la indiferencia, es muy raro que sepamos pedir con sensatez.

Por eso mismo, es muy valioso el recuerdo del pobrecito mencionado en el versículo de Lucas, porque no es necesario que comparezcamos ante el Maestro con un voluminoso bagaje de rogativas. Basta que le pidamos el don de recobrar la vista, con la exacta comprensión de las particularidades del camino evolutivo. Por lo tanto, que el Señor nos haga ver todos los fenómenos y situaciones, personas y cosas, con amor y justicia, y poseeremos lo necesario para nuestra alegría inmortal.

Conversar

“Que no salga de vuestra boca ninguna palabra torpe, sino la que sea buena para promover la edificación, para que dé gracias a los que la oyen.”

Pablo. (EFESIOS, 4:29.)

El gusto de conversar rectamente y las palabras edificantes caracterizan las relaciones de legítimo amor fraternal.

Las almas que se comprenden, en ese o en aquel sector de la actividad común, estiman las conversaciones afectuosas y sabias, como joyas vivas de Dios, que permutan entre sí, los valores más preciosos.

La palabra precede a todos los movimientos nobles de la vida. Teje los ideales del amor, estimula la parte divina, desarrolla la civilización, organiza familias y pueblos.

Jesús legó el Evangelio al mundo, conversando. Y cuantos alcanzan el más elevado plano de manifestación, aprecian la plática amorosa y esclarecedora.

Por la pérdida del gusto de conversar con alguien, puede el hombre evaluar si está cayendo o si el amigo se estaciona en desvíos inesperados.

Sin embargo, aparte de los que se conservan en una posición de superioridad, existen aquellos que desfiguran el don sagrado del verbo, compeliéndolo a las mayores torpezas. Son los amantes del ridículo, de la burla y de las falsas costumbres. No obstante, la palabra es una dádiva tan santa que, aun ahí, revela a los oyentes correctos cualidades del espíritu que la insulta y desfigura, colocándolo, inmediatamente, en el bajo lugar que le compete en los cuadros de la vida.

Conversar es una posibilidad sublime. No relajés esa concesión del Altísimo, pues, por tu conversación serás conocido.

¿Quién eres?

“Hay un solo Legislador y Juez que puede salvar y destruir. Pero, ¿quién eres tú que juzgas a otro?”

(SANTIAGO, 4:12.)

Debería existir gran cautela, por parte del hombre, al emitir opiniones relativas a la incorrección ajena.

Un juicio inconsciente o liviano puede generar desastres mucho mayores que el error, convertido en objeto de examen, de los otros.

Naturalmente existen determinadas responsabilidades que exigen observaciones minuciosas y pacientes por parte de aquellos a quienes fueron concedidas. Un administrador necesita analizar los elementos de composición humana que integran su maquinaria de servicio. Un magis-

trado, pagado con los impuestos del pueblo, está obligado a examinar los problemas de la paz o de la salud de la sociedad, deliberando con serenidad y justicia en defensa del bien colectivo. Entretanto, es importante comprender que estos hombres, entendiendo la extensión y la delicadeza de sus encargos espirituales, sufren mucho cuando son obligados al servicio de regeneración de las piezas vivas, desviadas o enfermizas, bajo su responsabilidad.

No obstante, en la senda común se verifica gran exceso de personas viciadas en la precipitación y en la liviandad.

Creemos que será útil a cada discípulo, cuando esté asediado por consideraciones insensatas, recordar el exacto papel que está representando en el campo de la vida presente, interrogándose a sí mismo, antes de responder a las tentadoras indagaciones: “¿Será de mi interés este asunto? ¿Quién soy yo? ¿Estaré realmente en condiciones para juzgar a alguien?”

La gran pregunta

“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?”

Jesús. (LUCAS, 6:46.)

Con lamentable indiferencia, muchas personas esperan la muerte del cuerpo, para oír las sublimes palabras del Cristo.

Pero, no se comprende el motivo de semejante propósito. El Maestro permanece vivo en su Evangelio de Amor y Luz.

Es innecesario aguardar ocasiones solemnes para que escuchemos las enseñanzas sublimes y claras.

Muchos aprendices se aproximan al trabajo santo, pero desean revelaciones directas. Tendrían más fe, aseguran displicentes, si de modo personal oyesen al Señor en sus manifestaciones divinas.

Se creen merecedores de dádivas celestes y acaban considerando que el servicio del Evangelio es demasiado grande para el esfuerzo humano, y entonces se ponen a esperar milagros imprevistos, sin percibir que, sutilmente, al mezclar la pereza con la vanidad, anulan sus fuerzas.

Tales compañeros no saben oír al Maestro Divino en su verbo inmortal. Ignoran que el servicio de ellos es aquel al que fueron convocados, por más humildes que les parezcan las actividades a desarrollar.

En la condición de político o de barrendero, en un palacio o en una choza, el hombre de la Tierra puede hacer lo que le enseñó Jesús.

Es por eso que la oportuna pregunta del Señor debería grabarse de manera indeleble en todos los templos, para que los discípulos, al pronunciar su nombre, nunca se olviden de atender, sinceramente, a las recomendaciones de su verbo sublime.

Guardaos

*“Pero estos hablan mal de lo que ignoran;
y, en aquello que naturalmente conocen, como
animales irracionales se corrompen.”*

(JUDAS, 10.)

En todos los lugares, encontramos personas siempre dispuestas al comentario vejatorio e ingrato sobre lo que no saben. Almas superficiales e inconstantes que no dominan los movimientos de la vida y permanecen subyugadas por su propia inconsciencia.

Y precisamente son ellas las que, en sus manifestaciones instintivas, se comportan, en lo que saben, como irracionales. Su acción particular suele corromper los asuntos más sagrados, insultar las intenciones más generosas y ridiculizar los hechos más nobles.

Guardaos de las actitudes de los charlatanes irresponsables.

El Cristo nos concedió la luz del Evangelio para que nuestro análisis no esté frío y oscuro. El conocimiento con Jesús es la claridad transformadora de la vida, confiriéndonos el don de entender el mensaje vivo de cada ser y la significación de cada cosa en el camino infinito.

Sólo los que juzgan, ante su propia ignorancia, y respetando el dominio de las circunstancias que desconocen, son capaces de producir frutos de perfección con las dádivas de Dios que ya poseen.

Saber y hacer

“Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hicieréis.”

Jesús. (JUAN, 13:17.)

Entre saber y hacer existe una singular diferencia.

Casi todos saben, pocos hacen.

De modo general, todas las sectas religiosas, sólo enseñan lo que constituye el bien. Todas poseen ministros, creyentes y propagandistas, pero los apóstoles de cada una escasean cada vez más.

Hay siempre voces capacitadas indicando los caminos. Es la palabra de los que saben.

Raras personas penetran valerosamente por la vereda de la acción, y muchas veces, aun siendo abandonadas e incomprensidas, construyen en silencio. Es el esfuerzo supremo de los que hacen.

Jesús comprendió la indecisión de los hijos de la Tierra y, mientras les transmitía la palabra de la verdad y de la vida, hizo también la máxima ejemplificación a través de culminantes sacrificios.

La existencia de una teoría elevada envuelve la necesidad de experiencia y trabajo. Si la acción edificante fuese innecesaria, la más humilde tesis del bien dejaría de existir por inútil.

Juan relata con sabiduría la lección del Maestro. Demuestra el versículo que sólo los que se concretan en llevar a cabo las enseñanzas del Señor pueden ser bienaventurados. En el campo del servicio cristiano, reside ahí la diferencia entre la cultura y la práctica, entre saber y hacer.

Cuenta de sí mismo

“De manera que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.”

Pablo. (ROMANOS, 14:12.)

Es razonable que el hombre se consagre a la solución de los problemas alusivos a la esfera que lo rodea en el mundo; no obstante, es necesario que sepa la clase de cuentas que prestará al Supremo Señor, al término de las obligaciones que le fueron encomendadas.

La mayoría de las criaturas humanas se inquieta con el destino de los otros, descuidadas de sí mismas. Existen hombres que se desesperan por la imposibilidad de conseguir la mejoría de sus compañeros o de determinadas instituciones.

Sin embargo, ¿a quién pertenecerán, de hecho, los acervos patrimoniales del mundo? La

respuesta es clara, porque los señores más poderosos se desprenderán de la economía planetaria, entregándola a nuevos operarios de Dios para el servicio de la evolución infinita.

Pero, este argumento suscitará ciertas preguntas de los cerebros menos esclarecidos. Si la cuenta reclamada se refiere al círculo personal, ¿qué tiene el hombre que ver con las cuentas de su familia, de su casa, de su taller? Entonces, nos corresponde aclarar que los compañeros de la intimidad doméstica, la posesión del hogar, las finalidades de la agrupación en que se trabaja, pertenecen al Supremo Señor, pero el hombre en su cuenta está obligado a revelar su línea de conducta para con la familia, con la casa en la que se acoge, con la fuente de sus actividades comunes. Naturalmente, nadie responderá por los otros; sin embargo, cada espíritu haciendo una relación de lo que le compete será obligado a dar cuenta de las cualidades de sus acciones en los menores departamentos de la realización terrestre, donde fue llamado a vivir.

Niños espirituales

“Porque cualquiera que aún se alimenta de leche no está experimentado en la palabra de la justicia, pues es niño.”

Pablo. (HEBREOS, 5:13.)

En la apreciación de los compañeros de lucha que integran nuestro cuadro de trabajo diario, es útil que no haya choques, cuando, inesperadamente, surjan errores y flaquezas. Antes de la emisión de cualquier juicio, es conveniente conocer el quilate de los valores espirituales en examen.

Jamás prescindamos de la comprensión ante los que se desvían del camino recto. La senda recorrida por el hombre experimentado está llena de niños de esa naturaleza. Dios rodea los pasos del sabio, con las expresiones de la ignorancia, a fin de que la sombra reciba la luz y para que, esa

misma luz sea glorificada. En ese intercambio esencialmente divino, el ignorante aprende y el sabio crece.

Los discípulos de buena voluntad necesitan de una sincera actitud de observación y tolerancia. Es natural que se regocijen con el alimento rico y substancioso con que les es dado nutrir el alma; no obstante, no desprecien a otros hermanos, cuyo organismo espiritual aún no tolera sino la simple leche de los primeros conocimientos.

Todo niño es frágil y nadie debe condenarlo por eso...

Si tu mente puede librar ya los más altos vuelos, no olvides los que quedan en el nido donde naciste y donde estuviste largo tiempo, completando el plumaje. Ante tus deslumbrados ojos se extiende el infinito. Un día, ellos estarán contigo, y aunque la unión integral esté tardando, no los abandones a su suerte, ni les niegues la leche que aman y de la que aún necesitan.

Dones

“Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo Alto.”

(SANTIAGO, 1:17.)

Cuando el hombre tenga la certeza de que nada posee de bueno sin que Dios se lo conceda, la vida en la Tierra ganará nuevos rumbos.

Dice la sabiduría, desde la antigüedad:

–Haz tu parte y el Señor te ayudará.

Vislumbrando el elevado tenor de la exhortación, estamos obligados a reconocer que, incluso en la adquisición de títulos profesionales, el hombre es el hijo que se esfuerza, durante algunos años, para que el Padre le conceda un certificado de competencia, a través de los profesores humanos.

Tal y como ocurre en el patrimonio de las

realizaciones materiales, acontece en el círculo de las edificaciones del espíritu.

Indiscutiblemente, toda buena dádiva y todo don perfecto vienen de Dios. Sin embargo, para que recibamos el beneficio, se hace necesario “tocar” a la puerta para que ella se nos abra, según la recomendación evangélica.

¿Quieres el don de curar? Comienza amando a los enfermos, e interesándote en la solución de sus necesidades.

¿Quieres el don de enseñar? Hazte amigo de los que ofrecen el conocimiento en nombre del Señor, a través de obras y palabras edificantes.

¿Esperas el don de la virtud? Disciplínate.

¿Pretendes hablar con acierto? Aprende a callar en el momento oportuno.

¿Deseas tener acceso a los círculos sagrados del Cristo? Aproxímate a Él, no sólo por la conversación elevada, mas también con actitudes de sacrificio, como fueron las de su vida.

Las cualidades excelentes son dones que proceden de Dios; pero, cada uno tiene su respectiva puerta y pide una llave diferente.

Paz

“Entonces Jesús les dijo otra vez: -Paz sea con vosotros.”

(JUAN, 20:21.)

Mucha gente inquieta, examinando el intercambio entre los nuevos discípulos del Evangelio y los desencarnados, interroga, ansiosamente, por las posibilidades de la colaboración espiritual, en las actividades humanas.

¿Por qué razón los emisarios de lo invisible no proporcionan descubrimientos sensacionales al mundo?

¿Por qué no revelan los procesos de curación de las molestias que desafían a la Ciencia?

¿Cómo no evitan el doloroso choque entre las naciones?

Tales investigadores, distanciados de las

nociones de justicia, no comprenden, que sería terrible sustraer al hombre de los elementos de trabajo, rescate y elevación. Casi siempre se hastían de las reiteradas y afectuosas recomendaciones de paz de las comunicaciones del Más Allá, porque aún no se armonizaron con el Cristo.

Veamos al Maestro con los discípulos, cuando regresaba del plano espiritual, para reconfortarlos. No observamos en su palabra ningún recado torturante, no establece la menor expresión de sensacionalismo, no se adelanta en conceptos de revelación sobrenatural.

Jesús les demuestra la supervivencia y les desea paz.

¿Será eso insuficiente para el alma sincera que procura la integración con la vida más elevada? ¿No envolverá, en sí, una gran responsabilidad el hecho de reconocer la continuación de la existencia, más allá de la muerte, con la certeza de que habrá un examen de los compromisos individuales?

Trabajar y sufrir constituyen procesos lógicos del perfeccionamiento y de la ascensión. Y que atendamos a esos imperativos de la Ley, con bastante paz, es el deseo amoroso y puro de Jesucristo.

Esforcémonos por entender semejantes verdades, pues existen numerosos aprendices aguardando las grandes señales, como los perezosos que respiran a la sombra, esperando por el fuego fatuo del menor esfuerzo.

La Vid

“Yo soy la vid verdadera, y nuestro Padre es el labrador.”

Jesús. (JUAN, 15:1.)

Dios es el Creador Eterno, cuyos designios permanecen insondables para nosotros. Por su intenso amor se crean todos los seres, por su sabiduría se mueven todos los mundos en lo Ilimitado.

Pequeña y oscura, la Tierra no puede escuchar la grandeza divina. Sin embargo, el Padre nos envuelve a todos en las vibraciones de su bondad gloriosa.

Él es el alma de todo, la esencia del Universo.

Permanecemos en el campo terrestre, del que Él es dueño y supremo dispensador.

No obstante, para que aún en nuestra comprensión limitada, apreciemos su presencia, nos concedió a Jesús como su máxima personificación.

Sería útil que el hombre comprendiese que el Planeta es su inmensa escuela de trabajo; y todos nosotros, ante la grandeza, debemos reconocer nuestra condición de seres humildes, necesitados de perfeccionamiento e iluminación.

Dentro de nuestra pequeñez, sucumbiríamos de hambre espiritual, estacionados en la sombra de la ignorancia, si no fuese por esa vida de la verdad y del amor que el Supremo Señor nos concedió en Jesucristo. De su divina savia proceden todas nuestras realizaciones elevadas, en los servicios de la Tierra. Alimentados por esa fuente sublime, nos compete reconocer que sin el Cristo, las organizaciones del mundo se perderían por falta de base. En Él encontramos el pan vivo de las almas y, desde el principio, su amor infinito en el orbe terrestre es el fundamento divino de todas las verdades de la vida.

Los sarmientos de la vid

“Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.”

Jesús. (JUAN, 15:5.)

Jesús es el bien y el amor del principio.

Todas las nociones generosas de la Humanidad nacieron de su divina influencia. Con justicia aseveró a los discípulos, en este pasaje del Evangelio de Juan, que su espíritu sublime representa el árbol de la vida y sus seguidores sinceros las ramas promisorias, agregando que, fuera del tronco, los gajos se secarían, caminando hacia el fuego de la purificación.

Sin el Cristo, sin la esencia de su grandeza, todas las obras humanas están destinadas a perecer.

La ciencia será frágil y pobre sin los valores de la conciencia, las escuelas religiosas estarán

condenadas tan pronto se aparten de la verdad y del bien.

Infinita es la misericordia de Jesús en los movimientos de la vida planetaria. En el centro de toda expresión noble de la existencia pulsa su corazón amoroso, repleto de la savia del perdón y de la bondad.

Los hombres son sarmientos verdes del glorioso árbol. Cuando traicionan sus deberes, se secan porque se apartan de la savia, caen al suelo de los desengaños, para que se purifiquen en el fuego de los sufrimientos reparadores, a fin de ser tomados de nuevo por Jesús, en la cuenta de su misericordia, para la renovación. Por tanto, es razonable que garanticemos nuestra fidelidad al Divino Maestro, reflexionando en el elevado número de veces que nos resecamos, en el pasado, a pesar del inmenso amor que nos sustenta en toda la vida.

Ganancias

“¿Y para quién será lo que has provisto?”

Jesús. (LUCAS, 12:20.)

En todas las agrupaciones humanas palpita la preocupación por ganar. El espíritu de lucro alcanza hasta los sectores más sencillos. De manera egoísta, niños, acabados de salir de la primera infancia, se muestran interesados en amontonar cualquier cosa. La actualidad cuenta con numerosas madres que abandonan su hogar a desconocidos, durante muchas horas al día, para experimentar en la mina lucrativa. En ese sentido, la mayoría de las criaturas humanas convierte la marcha evolutiva en una carrera inquietante.

Detrás del sepulcro, punto de llegada de to-

dos los que salieron de la cuna, la verdad aguarda al hombre e interroga:

-¿Qué trajiste?

El infeliz responderá que reunió ventajas materiales, que se esforzó por asegurar una posición tranquila para sí mismo y para los suyos.

Pero, examinado el bagaje, casi siempre se verifica que las victorias son derrotas fragorosas. No constituyen valores del alma, ni traen el sello de los bienes eternos.

Alcanzada semejante ecuación, el viajero mira hacia atrás y siente frío. De manera inexplicable se aferra a los resultados de todo lo que amontonó en la Superficie de la Tierra. La conciencia inquieta se llena de nubes y la voz del Evangelio le suena a los oídos: ¡Pobre de ti, porque tus ganancias fueron pérdidas desastrosas! “¿Y para quién será lo que has provisto?”

Dinero

“Porque el amor al dinero es la raíz de toda especie de males; y, en esa codicia, algunos se desviaron de la fe y se infligieron muchos dolores.”

Pablo. (I TIMOTEO, 6:10.)

Pablo no nos dice que el dinero, en sí mismo, sea un flagelo para la Humanidad.

Varias veces, vemos al Maestro en contacto con el asunto, contribuyendo para que se expanda nuestra comprensión. Recibiendo ciertas sugerencias del pueblo que le presenta determinada moneda de la época, con la efigie del emperador romano, recomienda que el hombre dé a César lo que es de César, ejemplificando el respeto a las convenciones constructivas. En una de sus más lindas parábolas, emplea el símbolo de una dracma perdida. En la entrada del Templo, aprecia el pequeño óbolo de la viuda.

El dinero no significa un mal. Sin embargo, el apóstol de los gentiles nos esclarece que el amor al dinero es la raíz de toda especie de males. El hombre no puede ser condenado por sus expresiones financieras, pero sí, por el mal uso de semejantes recursos materiales, pues es debido a la obsesión de la codicia que el orgullo y la ociosidad, dos fantasmas del infortunio humano, se instalan en las almas, compeliéndolas a desvíos de la luz eterna.

El dinero que llega a tus manos, por los caminos rectos, que sólo tu conciencia puede analizar bajo la luz divina, es un amigo que te busca la orientación saludable y el consejo humanitario. Responderás a Dios por las directrices que le dieres, ¡y, ay, de ti, si materializas esa fuerza benéfica en el sombrío edificio de la iniquidad!

Ganar

“Pues, ¿qué aprovecharía al hombre ganar todo el mundo y perder su alma?”

Jesús. (MARCOS, 8:36)

De modo general, las criaturas terrestres aún no aprendieron a ganar. Entre tanto, el espíritu humano permanece en el Planeta en busca de alguna cosa. Es indispensable alcanzar valores de perfeccionamiento para la vida eterna.

Recomendó Jesús a sus tutelados que procurasen e insistiesen...

Significa eso que el hombre se demora en la Tierra para ganar en la lucha ennoblecedora.

Toda perturbación, en ese sentido, proviene de la mente viciada de las almas que se han desviado.

El hombre está siempre decidido a conquis-

tar el mundo, pero nunca dispuesto a conquistarse para alcanzar una esfera más elevada. En ese falso concepto, subvierte el orden en las oportunidades de cada día. Si Dios le concede bastante salud física, acostumbra a usarla en la adquisición de la dolencia destructora; si consigue acumular determinadas posibilidades financieras, intenta acaparar los intereses ajenos.

El Divino Maestro no recomendó que el alma humana deba luchar sin objetivos y aspiraciones de ganancia; tan sólo destacó que el hombre necesita conocer lo que busca, qué especie de lucros anhela, qué fines se propone alcanzar en sus actividades terrestres.

Si tus deseos reposan en las adquisiciones ficticias, relativas a situaciones pasajeras o a patrimonios predestinados a la podredumbre, renueva, mientras haya tiempo, la visión espiritual, porque de nada vale ganar el mundo que no te pertenece y perderte a ti mismo, indefinidamente, para la vida inmortal.

Los amados

“Pero de vosotros, ¡oh, amados!, esperamos cosas mejores.”

Pablo. (HEBREOS, 6:9.)

Se comenta con amargura el aparente progreso de los impíos.

El creyente admira la buena posición de hombres que desconocen los escrúpulos y muchas veces se encuentran colocados en la cima de la esfera financiera.

Muchos preguntan: “¿Dónde está el Señor que no vio sus pasos ocultos?”

No obstante, la cuestión evidencia más ignorancia que sensatez. ¿Qué destino tendrá el tesoro monetario del hombre perverso? Aunque disfrute en la Tierra de inalterable salud por cien años, será obligado a abandonar el patrimonio para recomenzar el aprendizaje.

La eternidad confiere reducida importancia a los bienes exteriores. Aquellos que acumulan exclusivamente ventajas transitorias, fuera de su alma, plenamente olvidados de la esfera interior, son dignos de piedad. Casi siempre, lo dejarán todo al sabor de la irresponsabilidad.

Sin embargo, eso no sucede con los dueños de la riqueza espiritual. Ellos se constituyen en los amados de Dios, se sienten identificados con el Padre, en cualquier parte a donde sean conducidos. En la dificultad y en la tormenta guardan la alegría de la herencia divina que se les atesora en el corazón.

Del impío, es razonable que esperemos la indiferencia, la ambición, la avaricia, la preocupación de amontonar irreflexivamente; del ignorante, es natural que recibamos preguntas sin sentido. Mientras tanto, el apóstol de los gentiles exclama con razón: *“Pero de vosotros ¡oh, amados!, esperamos cosas mejores.”*

Práctica del bien

“Porque así es la voluntad de Dios: que haciendo el bien, hagáis callar la boca a la ignorancia de los hombres locos.”

(I PEDRO, 2:15)

A medida que el espíritu se engrandece en conocimientos, más comprende el valor del tiempo y de las oportunidades que la vida mayor le proporciona, reconociendo, por fin, la imprudencia de gastar recursos preciosos en discusiones estériles y caprichosas.

El apóstol Pedro recomienda recordar que la voluntad de Dios es que se haga el bien, imponiendo silencio a la ignorancia y a la locura de los hombres.

Una contienda puede perdurar por muchos años, con graves desastres para las fuerzas en litigio; sin embargo, basta una expresión de re-

nuncia, para que la concordia se establezca en un día.

En el servicio divino, es aconsejable no disputar, a no ser cuando el esclarecimiento y la energía traduzcan caridad. En ese camino, la práctica del bien es la brújula de la enseñanza.

Antecediendo a cualquier disputa, conviene dar algo de nosotros mismos. Eso es útil y convincente.

El bien más humilde es una semilla sagrada.

Convocado a discutir, Jesús se inmoló.

Por haberse transformado Él mismo en divina luz, dominó nuestras tinieblas de ignorancia humana.

No argumentó con nosotros. En vez de eso, nos convirtió.

No reclamó comprensión. Entendió nuestra locura, localizó nuestra ceguera y nos amparó todavía más.

Ministerios

“Los dones que cada uno ha recibido, úselos para servir a los demás, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios.”

(I PEDRO, 4:10)

Toda persona recibe del Supremo Señor el don de servir como un ministerio esencialmente divino.

Si el hombre en sus luchas sociales produce tantos problemas de difícil solución, es que no asimiló, aún, tan elevada enseñanza.

El cuadro de la evolución terrestre presenta una división entre los que son denominados “mag-nates” y “proletarios”, pues en el mundo, en general, no se ha valorado, hasta ahora, la dignidad del trabajo honesto, por más humilde que éste sea.

Es imprescindible que haya siempre profesionales de la limpieza pública, labriegos que barbechen tierras insalubres, jefes de fábricas y trabajadores de imprenta.

Los hombres no comprenden, aún, que la oportunidad de cooperar en los trabajos de la Tierra los transforma en dispensadores de la gracia de Dios. Pero llegará una época en la que todos se sentirán ricos. La noción de “capitalista” y de “obrero” estará renovada. Ambos se entenderán como eficientes servidores del Altísimo.

El jardinero sentirá que su ministerio es filial de la tarea confiada al gerente de la fábrica.

Cada uno, en su propia esfera de acción, administrará los bienes recibidos del Padre, sin la idea egoísta de ganar para enriquecerse en la Tierra, sino de servir con provecho para enriquecerse en Dios.

Parentela

“Y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela y ven a la tierra que yo te mostraré.”

(HECHOS, 7:3.)

En los círculos de la fe, varios candidatos a la posición de discípulos de Jesús se quejan de la sistemática oposición de los parientes, con respecto a los principios que abrazaron para las adquisiciones de orden religioso.

No siempre los lazos de sangre reúnen a las almas esencialmente afines. Frecuentemente, por las imposiciones de la consanguinidad, grandes enemigos son obligados al abrazo diario, bajo el mismo techo.

Es razonable sugerir una división entre los conceptos de “familia” y “parentela”. El primero constituiría el símbolo de los lazos eternos del

amor, el segundo significaría el crisol de luchas, a veces acerbadas, en que debemos diluir las imperfecciones de los sentimientos, fundiéndolos en la liga divina del amor para la eternidad. La familia no sería la parentela, pero la parentela se convertiría, más tarde, en las santas expresiones de la familia.

Recordamos tales conceptos, a fin de llamar la atención de los compañeros poco vigilantes.

Caminando hacia Jesús, será útil abandonar la esfera de maledicencias e incomprensiones de la parentela y pautar los actos en la ejecución del deber más sublime, sin escatimar esfuerzos en la ejemplificación, pues, así, el aprendiz fiel estará exhortándola, sin palabras, a participar en los derechos de la familia mayor, que es la de Jesucristo.

¿Quiénes sois?

*“Pero el espíritu maligno les respondió:
Conozco a Jesús y bien sé quien es Pablo; pero
vosotros, ¿quiénes sois?”*

(HECHOS, 19:15.)

Cualquier expresión comercial tiene su base en el poder adquisitivo. Para obtener, es preciso poseer.

En el intercambio de los dos mundos, terrestre y espiritual, el fenómeno obedece al mismo principio.

En las operaciones comerciales de César, se requieren monedas o expresiones fiduciarias con las imágenes e identificaciones correspondientes. En las operaciones de permuta espiritual, hacen falta valores individualísimos, con las señales del Cristo.

El dinero de Jesús es el amor. Sin él, no es

lícito que alguien se aventure al sagrado comercio de las almas.

El versículo citado aquí constituye una benéfica advertencia a aquellos que, para el esclarecimiento de otros, invocan al Maestro, sin poseer títulos propios en su escuela de sacrificios.

Principalmente en lo que se refiere a las relaciones con el plano invisible, hay que tener cuidado y evitar afirmaciones a la ligera.

No os aventuréis al movimiento de intercambio, sin el poder adquisitivo del amor de Jesús.

El Maestro es conocido por sus infelices adversarios. Los discípulos sinceros del Señor son observados por ellos también. Los enemigos de la luz les reconocen el sublime valor.

Por tanto, cuando os dispusiereis a ese género de trabajo, no olvidéis vuestra propia identificación, porque, probablemente, seréis interpelados por los representantes del mal, que os preguntarán quiénes sois.

El tesoro mayor

“Porque, donde quiera que esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”.

Jesús. (LUCAS, 12:34.)

En el mundo, los templos de la fe religiosa, siempre que estén consagrados a la Divinidad del Padre, son departamentos de la casa infinita de Dios, donde Jesús suministra sus bienes a los corazones de la Tierra, independientemente de la escuela de creencia a la que se afilian.

A esas subdivisiones del eterno santuario comparecen los tutelados del Cristo, en sus diferentes grados de comprensión. Instintivamente, cada cual revela al Señor donde coloca su tesoro.

Por eso mismo, muchas veces, en los diversos recintos de su casa, Jesús recibe las súplicas, contradictorias o contraproducentes, de

innumerables creyentes de mentalidad infantil, a las que no da respuesta.

El egoísta habla de su tesoro, exaltando las precarias posesiones; el avaricioso se refiere a mezquinas preocupaciones; el vividor demuestra insaciables apetitos; el fanático repite peticiones sin sentido.

Cada cual presenta su capricho herido como si fuese su mayor dolor.

El Cristo oye sus solicitudes y espera la oportunidad de darles a conocer el tesoro imperecedero. Oye en silencio, porque la hierba tierna pide tiempo destinado a su proceso evolutivo, y espera, confiado, pues no prescinde de la colaboración de los discípulos resueltos y sinceros para la extensión del divino apostolado. En el momento adecuado, bajo su influjo sublime, surgen éstos y el paisaje de los templos se modifica. No son sólo creyentes que comparecen para la oración, son trabajadores decididos que llegan para el trabajo. Llenos de coraje, dispuestos a morir para que otros alcancen la vida, ejemplifican la renuncia y el desinterés, revelan la Voluntad del Padre en sí mismos y, con eso, amplían en el mundo la comprensión del tesoro mayor, sintetizado en la conquista de la luz eterna y del amor universal, que ya les enriquece el espíritu engrandecido.

Pedir

“Entonces, Jesús, respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís.”

(MATEO, 20:22.)

La mayoría de los creyentes se dirige a las casas de oración, con el propósito de pedir alguna cosa.

Son raros los que comparecen allí, con la verdadera actitud de los hijos de Dios, interesados en los sublimes deseos del Señor, en cuanto a la adquisición de conocimientos, a la renovación de valores íntimos, al aprovechamiento espiritual de las oportunidades recibidas desde lo Más Alto.

Realmente, los hombres tendrían que reconocer en los templos el lugar sagrado del Altísimo, donde deberían aprender la fraternidad, el amor, la cooperación en su programa divino. Pero casi todos prefieren el acto de insistir, de

porfiar, de imponerse al paternal cariño de Dios, en el sentido de sobornar su Infinito Poder. Pedigüeños inveterados, abandonan, en la mayor parte de las veces, el trazado recto de sus vidas, debido a la rebeldía suprema en las relaciones con el Padre. Tanto reclaman, que les es concedida la experiencia deseada.

Sobrevienen desastres. Surgen los dolores. Enseguida, aparece el tedio, que es siempre hijo de la incomprensión de nuestros deberes.

Provocamos ciertas dádivas en el camino, nos adelantamos en la solicitud de la herencia que nos corresponde, exigiendo prematuras concesiones del Padre, a la manera del hijo pródigo, pero el desencanto se convierte en veneno de la imprevisión y de la irresponsabilidad.

El tedio representará siempre el fruto amargo de la precipitación de cuantos se lanzan sobre patrimonios que no les competen.

Así, pues, tengamos cuidado en pedir, porque, por encima de todo, debemos solicitar la comprensión de la voluntad de Jesús a nuestro respecto.

¿Cómo pides?

“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.”

Jesús. (JUAN, 16:24.)

En todas partes encontramos a personas desencantadas de la oración.

¿No prometió Jesús la respuesta del Cielo a los que pidiesen en su nombre? Muchos corazones permanecen desalentados porque la muerte les robó a un ser querido, o porque les surgieron desastres imprevistos en la senda común.

A pesar de todo, repetimos, el Maestro Divino enseñó que el hombre debería solicitar en su nombre.

Por eso mismo, el alma creyente, convencida de su propia fragilidad, debería interrogar a su

conciencia sobre el contenido de sus plegarias al Supremo Señor, en el mecanismo de las manifestaciones espirituales.

¿Estará suplicando en nombre del Cristo o de las vanidades del mundo? Reclamar, en virtud de los caprichos que oscurecen los caminos del corazón, es lanzar al Divino Sol el polvo de las inquietudes terrenas; mas pedir, en nombre de Jesús, es aceptar su voluntad sabia y amorosa, es entregársele de corazón para que nos sea concedido lo necesario.

Solamente en ese acto de comprensión perfecta de su amor sublime encontraremos el gozo completo y la infinita alegría.

Observa la sustancia de tus plegarias: ¿Cómo pides? ¿En nombre del mundo o en nombre del Cristo? Los que se revelan desanimados con la oración, confiesan la infantilidad de sus plegarias.

Los vivos del más allá

“Y he aquí que estaban hablando con él dos varones, que eran Moisés y Elías.”

(LUCAS, 9:30.)

Varias escuelas religiosas, tal vez defendiendo determinados intereses del sacerdocio, aseguran que el Evangelio no presenta bases para el movimiento de intercambio entre los hombres y los espíritus desencarnados que los precedieron en la jornada en el Más Allá...

No obstante, en este pasaje de Lucas vemos al Maestro de los Maestros dialogando con dos entidades egresadas de la esfera invisible de la que el sepulcro es la puerta de acceso.

Además, en diversas circunstancias encontramos al Cristo en contacto con almas perturbadas o perversas, aliviando los padecimientos de

infortunados perseguidos. Sin embargo, la mentalidad dogmática encontró ahí la manifestación de Satanás, enemigo eterno e insaciable.

Pero, aquí se trata del sublime acontecimiento en el Tabor. No vemos ninguna demostración diabólica, y, sí, a dos espíritus gloriosos en conversación íntima con el Salvador. Y no podemos situar el fenómeno en asociación de generalidades, porque los “amigos del otro mundo”, que hablaron con Jesús sobre el monte, fueron debidamente identificados. No se registró el hecho declarándose, por ejemplo, que se trataba de la visita de un ángel, sino de Moisés y del compañero, dándose a entender claramente que los “muertos” regresan de su nueva vida.

Más allá de la tumba

*“Si no hay resurrección de muertos,
tampoco Cristo ha resucitado.”*

Pablo. (I CORINTIOS, 15: 13.)

Eminentes teólogos, intentando armonizar intereses temporales y espirituales, obscurecieron el problema de la muerte, imponiendo sombrías perspectivas a la sencilla solución que le corresponde.

Muchos de ellos, situaron a las almas en determinadas zonas de castigo o de expiación, como si fuesen señores absolutos de los elementos indispensables para el análisis definitivo. Declararon otros que, en el instante de la gran transición, se sumerge el hombre en un sueño indefinible hasta el último día consagrado al Juicio Final.

No obstante, hoy reconoce la inteligencia

humana que la lógica ha evolucionado con todas las posibilidades de la observación y del raciocinio.

Resurrección es vida infinita. Vida es trabajo, júbilo y creación en la eternidad.

¿Cómo calificar la pretensión de aquellos que designan a sus vecinos y conocidos para el infierno ilimitado en el tiempo? ¿Cómo creer que millones de criaturas humanas permanezcan adormecidas, aguardando el minuto decisivo del juicio, cuando el propio Jesús se afirma en actividad incesante?

Los argumentos teológicos son respetables; sin embargo, no debemos despreciar la sencillez de la lógica humana.

Comentando el asunto, puertas adentro del esfuerzo cristiano, estamos obligados a reconocer que los negadores del proceso evolutivo del hombre espiritual, después del sepulcro, se definen en contra del propio Evangelio. El Maestro de los Maestros resucitó para el trabajo edificante. De ese modo, ¿quién atravesará el portal de la muerte para caer en la incomprensible ociosidad? Somos almas, en función de perfeccionamiento, y, más allá de la tumba, encontramos la continuidad del esfuerzo y de la vida.

Comunicaciones

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios.”

(I JUAN, 4:1.)

Los nuevos discípulos del Evangelio, en sus agrupaciones de intercambio con el mundo espiritual, casi siempre manifiestan ansiedad en establecer claras y perfectas comunicaciones con el Más Allá.

Si muchas veces aparecen fracasos en ese particular, si las experimentaciones dan resultados erróneos, es que, en la mayoría de los casos, el indagador obedece mucho más al propio egoísmo que al imperativo edificante.

En ese sentido, el propósito de exclusividad abre una puerta al engaño. A través de ella, malhechores con instrumentos nocivos pueden

penetrar el templo, una vez que el aprendiz cerró los ojos al horizonte de las verdades eternas.

Bella y humana es la dilatación de los lazos de amor que unen al hombre encarnado a los familiares que lo precedieron en la jornada de ultratumba, pero es inaceptable que el estudiante obligue a quien le sirvió de padre o de hermano a interferir en las situaciones particulares que le atañen.

Siempre habrá quien dispense luz en las asambleas de hombres sinceros. Pero, el programa de semejante asistencia no puede ser substancialmente organizado por las criaturas humanas, muchas veces inconscientes de sus propias necesidades. En virtud de eso, recomendó el apóstol que el discípulo esté atento, no para quien habla, sino para la esencia de las palabras, a fin de asegurarse si el visitante viene de Dios.

Poderes ocultos

“Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos, y le rogaban que les dejase tocar tan siquiera el borde de su vestido; y todos los que le tocaban quedaban sanos.”

(MARCOS, 6:56.)

Generalmente surgen en las filas espiritualistas estudiosos temerarios, procurando, de cualquier modo, la adquisición de poderes ocultos que les confieran una posición destacada. Casi siempre, en tales circunstancias, se ufanan con afirmaciones de gran alcance.

El anhelo de mejorarse, el deseo de equilibrio, la intención de mantener la paz, constituye un bello propósito; no obstante, es recomendable que el aprendiz no se entregue a preocupaciones de notoriedad, debiendo transitar el terreno de esas reflexiones con la cautela posible.

Aun aquí, el Maestro Divino ofrece la mejor ejemplificación.

Nadie reunió sobre la Tierra tan elevadas expresiones de recursos desconocidos como Jesús. A los enfermos les bastaba tocar sus vestiduras para que se curasen de dolorosas enfermedades; sus manos devolvían el movimiento a los paráliticos, la visión a los ciegos. No obstante, el día del Calvario, vemos al Maestro herido y ultrajado, sin recurrir a los poderes que constituían su característica divina, en beneficio de su propia situación. Habiendo cumplido la ley sublime de amor, en el servicio del Padre, se entregó a su voluntad, en todo cuanto se trataba de los intereses de sí mismo. La lección del Señor es bastante significativa.

Es comprensible que el discípulo estudie y se enriquezca de energías espirituales, pero recordando que, antes del nuestro, permanece el bien de los otros, y que ese bien, distribuido en el camino de la vida, es la voz que hablará por nosotros a Dios y a los hombres, hoy y mañana.

Para dar testimonio

“Y os sucederá esto para dar testimonio.”

Jesús. (LUCAS, 21:13.)

Naturalmente que el Maestro no se regocija al ver a sus discípulos sumergidos en el sufrimiento. Pero, considerando las grandes necesidades del hombre en la Tierra, comprende el carácter indispensable de las pruebas y de los obstáculos.

La pedagogía moderna está repleta de esfuerzos selectivos, de concursos de capacidad, de exámenes sobre la inteligencia.

El Evangelio ofrece situaciones semejantes.

El amigo del Cristo no debe ser una criatura sombría, a la espera de padecimientos; mientras tanto, conociendo la posición de su trabajo, en

un plano como la Tierra, debe contar con dificultades de todo tipo.

Para los gozos falsificados del mundo, el Planeta está lleno de conductores engañados.

¿Cómo invocar al Salvador para la continuidad de fantasías? Cuando somos llamados para el Cristo, es para que aprendamos a ejecutar el trabajo a favor de la esfera mayor, sin olvidarnos que el servicio comienza en nosotros mismos.

Existen muchos hombres de valor cultural que se constituyeron en mentores de los que desean fastuosos regalos en el plano físico.

Pero, en el Evangelio, no sucede así. Cuando el Maestro invita a alguien a su trabajo, no es para que llore y se desaliente o para que repose en satisfacciones ociosas.

Si el Señor te llamó, no olvides que ya te considera digno de dar testimonio.

Transitoriedad

*“Ellos perecerán, mas tú permanecerás;
y todos ellos como ropa, envejecerán.”*

Pablo. (HEBREOS, 1:11.)

El Eclesiastés nos habla de las vanidades y de la aflicción de los hombres, en el torbellino de las ambiciones desmesuradas de la Tierra.

Desde los primeros tiempos de la familia humana, existen personas confundidas con los falsos valores del mundo. No obstante, bastaría meditar algunos minutos en la transitoriedad de todo lo que palpita en el campo de las formas para que se comprenda la soberanía del espíritu.

Consultad la pompa de los museos y las ruinas de las civilizaciones muertas. ¿Con qué fin se levantaron tantos monumentos y arcos de triunfo? Todo funcionó como ropaje del pensa-

miento. La idea evolucionó y se enriqueció el espíritu, pero los envoltorios antiguos permanecen a distantes.

Las manos callosas en la edificación de las brillantes columnas aprendieron con el trabajo los luminosos secretos de la vida. Sin embargo, ¿cuántas amarguras experimentaron los locos que las disputaron hasta la muerte, para poseerlas?

Valeos de todas las ocasiones de servicio como sagradas oportunidades en la marcha divina hacia Dios.

Valiosa es la escasez, porque trae disciplina. Preciosa es la abundancia, porque multiplica las formas del bien. No obstante, una y otra perecerán algún día. En la esfera carnal, la gloria y la miseria constituyen molduras de temporaria presentación. Ambas pasan. Solamente Jesús y la Ley Divina perseveran para nosotros, como puertas de vida y redención.

Oportunidad

“Entonces Jesús les dijo: Mi tiempo no ha llegado aún, pero vuestro tiempo está siempre presto.”

(JUAN, 7:6.)

El mal trabajador siempre está quejándose. Cuando no atribuye su falta a los instrumentos que tiene a mano, lamenta la lluvia, no tolera el calor, maldice la helada y el viento.

Ése es un ciego de aprovechamiento difícil, porque tan sólo divisa el lado agreste de las situaciones.

No obstante, el buen trabajador comprende, antes que todo, el sentido profundo de la oportunidad que recibió. Valora todos los elementos colocados en sus caminos, tal como respeta las posibilidades ajenas. No depende de las estaciones. Planta con el mismo entusiasmo las frutas

del frío y del calor. Es amigo de la Naturaleza, aprovecha sus lecciones, tiene buen ánimo, encuentra en la aspereza de la siembra y en el júbilo de la cosecha igual regocijo.

En ese sentido, la lección del Maestro se reviste de maravillosa significación. En el torbellino de las incomprensiones del mundo, no debemos aguardar el reino del Cristo como realización inmediata, pero la oportunidad de los hombres es permanente para la colaboración perfecta en el Evangelio, a fin de edificarlo.

Los ciegos de espíritu continuarán quejumbrosos; no obstante, los que despertaron para Jesús saben que su época de trabajo redentor está pronta, no pasó, ni está por venir. Es el día de hoy, es la ocasión bendita de servir, en nombre del Señor, aquí y ahora...

Manos limpias

“Y Dios por las manos de Pablo hacía maravillas extraordinarias.”

(HECHOS, 19:11.)

El Evangelio no nos dice que Pablo de Tarso hacía maravillas, sino que Dios operaba maravillas extraordinarias a través de las manos de él.

El Padre hará siempre lo mismo, utilizando a todos los hijos que le presenten manos limpias.

Muchos espíritus, más convencionalistas que propiamente religiosos, encontraron en esa noticia de los Hechos una información sobre determinados privilegios que le habrían sido concedidos al Apóstol.

Pero, antes de todo, es preciso saber que semejante concesión no es exclusiva. La mayoría

de los creyentes prefiere fijarse en el Pablo santificado sin apreciar al trabajador militante.

¿Cuánto le costó al Apóstol la limpieza de las manos?

Muy pocos indagan sobre eso.

Recordemos que el amigo de los gentiles fue un famoso rabino en Jerusalén, se desenvolvió en elevados cargos públicos, mantuvo dominantes situaciones; no obstante, para que el Todopoderoso se valiese de sus manos, sufrió todas las humillaciones y se dispuso a todos los sacrificios por el bien de los semejantes. Enseñó el Evangelio bajo burlas y azotes, aflicciones y pedradas. A pesar de escribir luminosas epístolas, jamás abandonó el telar humilde hasta la vejez del cuerpo.

Considera las particularidades del asunto y observa que Dios es siempre el mismo Padre, que la misericordia divina no se modificó, pero pide manos limpias para los servicios edificantes junto a la Humanidad. Tal exigencia es lógica y necesaria, pues el trabajo del Altísimo debe resplandecer sobre los caminos humanos.

En la casa de César

“Todos los santos os saludan, pero, principalmente los que son de la casa de César.”

Pablo. (FILIPENSES, 4:22.)

Es muy común oír críticas improcedentes de determinados hermanos de creencia, en relación a los compañeros llamados a tareas más difíciles, entre las posibilidades del dinero o del poder.

La falsa piedad está siempre dispuesta a criticar al amigo que, aceptando un laborioso cargo público, va a encontrar en él muchos más escollos que notas de armonía. El análisis desvirtuado todo lo observa maliciosamente. Si el hermano es compelido a participar en grandes representaciones sociales, se acostumbra a estigmatizarlo como traidor del Cristo.

Es necesario estar muy atentos en esos juicios.

En los tiempos apostólicos, los cristianos de vida pura eran llamados “santos”. Pablo de Tarso, humillado y perseguido en Roma, tuvo la ocasión de conocer a numerosas almas en esas condiciones, y lo que es más admirable –convivió con diversos discípulos de semejante posición, relacionados con la habitación palaciega de César. De ellos recibió atenciones y favores, asistencia y cariño.

Escribiendo a los Filipenses, hace especial mención de esos amigos del Cristo.

Así pues, no juzgues a tu hermano por su fortuna aparente o por sus privilegios políticos. Antes de todo recuerda que había santos en la casa de Nerón y nunca olvides tan grandiosa lección.

Edificaciones

“Vosotros sois la luz del mundo; no se puede esconder una ciudad edificada sobre un monte.”

Jesús. (MATEO, 5:14.)

El Evangelio está repleto de amorosas invitaciones para que los hombres se edifiquen en el ejemplo del Señor.

No siempre los seguidores del Cristo comprenden ese gran imperativo de la propia iluminación, a favor de la armonía en la obra a realizar. Abrumador porcentaje de aprendices, antes de todo, permanece atento a la edificación de los otros, menospreciando la ocasión de alcanzar los bienes supremos para sí mismos.

Naturalmente, es muy difícil encontrar la oportunidad entre gratificaciones de la existencia humana, porque el recurso bendito de iluminación

se esconde, muchas veces, en los obstáculos, perplejidades y sombras del camino.

El Maestro fue muy claro en su exposición. Para que los discípulos sean la luz del mundo, simbolizarán ciudades construidas sobre la montaña, donde nunca se oculten. A fin de que el operario de Jesús funcione como expresión de claridad en la vida, es indispensable que se eleve al monte de la ejemplificación, a pesar de las dificultades del angustioso ascenso, presentándose a todos en la categoría de construcción cristiana.

Tal empresa es imperecedera.

El vaivén de las pasiones no derrumba una edificación de esa naturaleza, las pedradas la dejan intacta y si alguien la destroza, sus fragmentos constituyen la continuidad de la luz, en sublime expansión, por todas partes, porque fue así como los primeros mártires del Cristianismo sembraron la fe.

Conviene reflexionar

*“Mas todo hombre sea pronto para oír,
tardío para hablar y tardío para enojarse.”*

(SANTIAGO, 1:19.)

Analizar, reflexionar, ponderar, son modalidades del acto de oír. Es indispensable que la criatura humana esté siempre dispuesta a identificar el sentido de las voces, sugerencias y situaciones que la rodean.

Sin observación, es imposible ejecutar la más simple tarea en el ministerio del bien. Solamente después de oír, con atención, puede el hombre hablar de modo edificante en la senda evolutiva.

Quien oye, aprende. Quien habla, adoctrina.

Uno guarda, el otro esparce.

Sólo aquel que se guarda en la buena experiencia, esparce con éxito.

Por tanto, el consejo del apóstol es de imperecedera oportunidad.

Es forzoso convenir que, si el hombre debe ser rápido en las observaciones y comedido en las palabras, debe ser tardío para irritarse.

Ciertamente, el camino humano ofrece, a diario, variados motivos para la acción enérgica; entretanto, siempre que sea posible, es útil aplazar la expresión colérica para el día siguiente, porque, a veces, surge la ocasión de hacer un examen más sensato y la razón de la ira desaparece.

Tengamos en mente que todo hombre nace para ejercer una función definida. Oyendo siempre, puede estar seguro de que alcanzará serenamente los fines a los que se destina, mas, hablando, es posible que abandone el esfuerzo por la mitad, y volviéndose iracundo probablemente no realizará cosa alguna.

Verdades y fantasías

“Mas, porque digo la verdad, no me creéis.”

Jesús. (JUAN, 8:45.)

El mundo siempre distingue ruidosamente a los creadores de fantasías.

Es común observar, casi en todas partes, la victoria de los hombres charlatanes, que prometen milagros y maravillas. Ellos merecen gran crédito entre las criaturas humanas. Basta encubrir la enfermedad, la tentación, la ignorancia o los defectos morales de los hombres, para que reciban acatamiento. No les sucede lo mismo a los cultivadores de la verdad, por más sencilla que esta sea. Para estos últimos, a través de todos los tiempos, la sociedad reservó la hoguera, el veneno, la cruz, el castigo implacable.

Intentando huir de la angustiosa situación espiritual creada, inventó el hombre la “buena suerte”, pero imponiendo a los adivinadores el disfraz dorado de las realidades negras y duras. El impostor más hábil en la fabricación de mentiras brillantes será el señor de la clientela más numerosa y lucida.

En el intercambio con la esfera invisible, urge que los nuevos discípulos se percaten de los peligros de esa índole.

La técnica del elogio, la disposición de parecer mejor, el anhelo de caminar al frente de los otros, la presunción de convertir conciencias ajenas, son grandes fantasías. Es necesario no creer en eso. Más razonable es comprender que el servicio de iluminación es difícil, comenzando por el esfuerzo de regeneración de nosotros mismos. No siempre los amigos de la verdad son aceptados. Generalmente son considerados fanáticos o mistificadores, pero... a pesar de todo, para nuestra felicidad, se hace necesario atender la verdad mientras estemos a tiempo.

A cada uno

“Levántate derecho sobre tus pies.”

Pablo. (HECHOS, 14:10.)

De modo general, cuando estamos encarnados en el mundo físico, apenas observamos a los deficientes del cuerpo, a los que perdieron el equilibrio corporal, a los que se arrastran penosamente por el suelo, soportando escabrosos defectos. No poseemos suficiente visión para identificar a los enfermos del espíritu, a los cojos del pensamiento, a los aniquilados del corazón.

Donde sólo existiesen ciegos, acabaría la criatura humana perdiendo el interés y el recuerdo del aparato visual; por la misma razón, en la superficie de la Tierra, donde la abrumadora mayoría de personas que la constituyen son almas parálíticas en lo que se refiere a la virtud,

son raros los hombres que conocen la desarmonía de su propia salud espiritual y son conscientes de sus incontestables necesidades.

Se infiere de todo ello que la misión del Evangelio es mucho más bella y más extensa de lo que podamos imaginar. Jesús continúa derramando bendiciones todos los días. Y los prodigios ocultos, operados en el silencio de su amor infinito, son mayores que los verificados en Jerusalén y en Galilea, pues los ciegos y leprosos curados, según las narraciones de los apóstoles, volvieron más tarde a enfermarse y a morir. La curación de nuestros espíritus enfermos y paralíticos es más importante, porque se efectúa con vistas a la eternidad.

Es indispensable que no nos perdamos en conclusiones ilusorias. Agucemos los oídos, guardando la palabra del apóstol de los gentiles. Es imprescindible que nos levantemos, individualmente, sobre nuestros propios pies, pues hay mucha gente esperando por alas de ángel que no les pertenecen.

Opiniones

“¡Hay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros, porque así hacían sus padres con los falsos profetas!”

Jesús. (LUCAS, 6:26.)

Es indudable que existen muchas personas de parecer estimable, a las cuales podemos recurrir en los momentos oportunos, pero que nadie desprecie la opinión de su propia conciencia, pues casi siempre la voz de Dios nos esclarecerá en ese santuario divino.

El propósito de contar con la aprobación general a nuestro esfuerzo es una gran locura.

Cuando Jesús pronunció la sublime exhortación de este pasaje de Lucas, actuó con absoluto conocimiento de las criaturas humanas. Sabía el Maestro que, en un plano de grandes contras-

tes como la Tierra, no es posible agradar a todos simultáneamente.

El hombre de la verdad sólo será comprendido en el tiempo adecuado, por los espíritus que se hicieren verdaderos. El prudente no recibirá los aplausos de los insensatos.

El Maestro, en su época, no reunió las simpatías comunes. Si fue amado por personas sinceras y sencillas, sufrió despiadado ataque de los convencionalistas. Para María Magdalena Él era el Salvador; sin embargo, para Caifás era el revolucionario peligroso.

El tiempo fue la única fuerza de esclarecimiento general.

Si te encuentras en servicio edificante, si tu conciencia te aprueba, ¿qué te importan las opiniones ligeras o falsas?

Cumple con tu deber y camina.

Examina el material de los ignorantes y calumniadores como provechosa advertencia y recuerda que no es posible conciliar el deber con la liviandad, ni la verdad con la mentira.

Ordenamientos humanos

*“Acatad a todo ordenamiento humano
por amor del Señor.”*

(I PEDRO, 2:13)

Ciertos temperamentos impulsivos, aproximándose a las lecciones del Cristo, presuponen en el Evangelio un tratado de principios destructores del orden existente en el mundo. Hay quien se figura que el Maestro es un anarquista vigoroso, inflamado de cóleras sublimes.

Pero, Jesús nunca será patrono del desorden.

La novedad que propugna el Evangelio no aconseja al espíritu más humillado de la Tierra la adopción de armas contra hermanos, mas, sí, que se humille aún más, tomando la cruz, a ejemplo del Salvador.

Claro está que la Buena Nueva no enseña a

arrodillarnos ante la tiranía insolente; entretanto, pide respeto a los ordenamientos humanos, por amor al Maestro Divino.

Si quien detenta la autoridad exige más de lo que le compete, se transforma en un déspota, que el Señor corregirá, a través de las circunstancias que le expresan los designios, en el momento oportuno. Esa certeza es un factor más de tranquilidad para el siervo cristiano, que bajo ninguna circunstancia debe romper el ritmo de la armonía.

Así pues, no seas indiferente a las leyes de la organización de trabajo en la que te encuentras. Es posible que, muchas veces, no correspondan a tus deseos, pero, recuerda que Jesús es el Supremo Administrador en la Tierra y no situaría tu esfuerzo personal donde tu participación fuese innecesaria.

Tienes algo sagrado que hacer donde respiras el día de hoy. Con expresiones de rebeldía, tu actividad será negativa. Recuerda semejante verdad y acata las leyes humanas por amor al Señor Divino.

Leños secos

*“Porque, si con el leño verde hacen esto,
¿qué no harán con el seco?”*

Jesús. (LUCAS, 23:31.)

Jesús es la vid eterna, llena de savia divina, esparciendo entre los hombres abundantes sarmientos, perfumes consoladores y sustanciosos frutos, y el mundo no le ofreció sino la cruz de la flagelación y de la muerte infamante.

Desde milenios remotos Él es el Salvador, el puro por excelencia.

Por nuestra parte, ¿qué no debemos esperar como personas endeudadas que somos, representando gajos aún secos en el árbol de la vida?

En cada experiencia, necesitamos de procesos nuevos en el servicio de reparación y perfeccionamiento.

Somos leños sin vida propia, que las pasiones humanas inutilizaron, en su furia destructora.

Los hombres del campo introducen su vara punitiva en los durazneros, cuando sus ramas raquílicas no producen. El efecto es benéfico y compensador.

El martirio del Cristo sobrepasó los límites de nuestra imaginación. Como tronco sublime de la vida, sufrió por desear transmitirnos su savia fecundante.

Como leños resecos, al calor del mal, sufrimos por necesidad, a favor de nosotros mismos.

El mundo organizó la tragedia de la cruz para el Maestro, por espíritu de maldad e ingratitud; pero, nosotros, si tenemos cruces en la senda redentora, no es porque Dios sea riguroso en la ejecución de sus leyes, sino por ser Amoroso Padre de nuestras almas, lleno de sabiduría y compasión en los procesos educativos.

Aflicciones

“Mas, alegraos por el hecho de ser participantes de las aflicciones del Cristo.”

(I PEDRO, 4:13)

Es innegable que en vuestro aprendizaje terrestre atravesaréis por días de invierno implacable, en que será indispensable recurrir a las provisiones almacenadas en lo íntimo, en las cosechas de los días de equilibrio y abundancia.

Contemplantéis el mundo, con la desilusión de amigos muy amados, como templo en ruinas, bajo los embates de una tormenta cruel.

Las esperanzas fenecieron distantes, los sueños permanecen pisados por los ingratos. Los amigos desaparecieron, unos por la indiferencia, otros porque prefirieron integrarse en el cuadro de los intereses fugaces del plano material.

Cuando surja un día así en vuestros horizontes, compiliéndoos a la inquietud y a la amargura, en verdad no os estará prohibido llorar. Sin embargo, es necesario que no olvidéis la divina compañía del Señor Jesús.

¿Acaso suponéis que el Maestro de los Maestros habita en una esfera inaccesible al pensamiento de los hombres? ¿Juzgáis que a diario no reciba el Salvador ingratitudes y apodos por parte de las criaturas humanas? Antes de conocer el mal ajeno que nos aflige, Él conocía el nuestro y sufría por nuestros errores.

Por tanto, no olvidemos que, en las aflicciones, es imprescindible tomar su sublime compañía y proseguir adelante con serenidad y buen ánimo.

Levantémonos

“¡Levantaos, vámonos de aquí!”

Jesús. (JUAN, 14: 31.)

Antes de retirarse para realizar las oraciones supremas en el Huerto, Jesús habló extensamente a los discípulos, esclareciendo el sentido profundo de su ejemplificación.

Relacionando sus sublimes pensamientos, hizo la hermosa invitación inserta en el Evangelio de Juan:

–¡Levantaos, vámonos de aquí!

La llamada es altamente significativa.

Al toque de erguirse, el hombre del mundo acostumbra buscar el movimiento de las victorias fáciles, lanzándose a la lucha, sediento de supremacía o cambiando de domicilio, con la expectativa de una efímera mejoría.

Sin embargo, con Jesús, ocurrió lo contrario.

Se levantó para ser dilacerado inmediatamente por el gesto de Judas. Se apartó del lugar en que se encontraba a fin de alcanzar, poco después, la flagelación y la muerte.

Naturalmente partió hacia el glorioso destino del reencuentro con el Padre, pero necesitamos destacar las escalas del viaje...

Se irguió y salió, en busca de la gloria suprema. Las estaciones de la marcha son eminentemente educativas: Getsemaní, la Cárcel, el Pretorio, la Vía Dolorosa, el Calvario y la Cruz, que constituyen puntos de observación muy interesantes, sobre todo en la actualidad, que presenta innumerables cristianos aguardando la posibilidad del viaje sobre las almohadas de lujo del menor esfuerzo.

Testimonio

“Contestó Jesús:

–¿Dices tú eso como cosa tuya o te lo han dicho otros de mí?”

(JUAN, 18:34.)

La pregunta del Cristo a Pilatos tiene una significación más extensa. Comprendámosla, aplicada a nuestras experiencias religiosas.

Cuando observamos en el Maestro la personalidad del Salvador, ¿por qué lo afirmamos?, ¿estaremos actuando como discos fonográficos, repitiendo pura y simplemente palabras oídas?

Es necesario conocer el motivo por el cual atribuimos títulos cariñosos y respetuosos al Señor. Puesto que no basta repetir encantadoras lecciones de los otros, hay que vivir sustancialmente la experiencia íntima en la fidelidad al programa divino.

Cuando alguien se refiere nominalmente a un hombre, ese hombre puede indagar sobre los orígenes de la referencia.

Jesús no es un símbolo legendario; es un Maestro Vivo.

Las preocupaciones superficiales del mundo llegan, educan el espíritu y pasan, pero la experiencia religiosa permanece.

Por tanto, en ese sentido, es ilógico que recurramos sistemáticamente, a los patrimonios ajenos.

Es útil a todo aprendiz dar testimonio de sí mismo, iluminar el corazón con las enseñanzas del Cristo, observar su influencia excelsa en los días tranquilos y en los tormentosos.

Así pues, reconozcamos como una actitud loable el esfuerzo del hombre que se inspira en la ejemplificación de los discípulos fieles. Pero, no nos olvidemos de que es contraproducente reposar en edificaciones que no nos pertenecen, olvidando el servicio que nos atañe realizar.

Jesús y los amigos

“Nadie tiene mayor amor que este: que alguien dé su vida por sus amigos.”

Jesús. (JUAN, 15:13.)

En la localización histórica del Cristo, nos impresiona la realidad de su inmenso afecto por la Humanidad.

Por los hombres hizo todo lo que era posible, en renuncia y dedicación.

Sus actos fueron celebrados en asambleas de confraternidad y de amor. La primera manifestación de su apostolado se verificó en la fiesta jubilosa de un hogar. Acompañó a los publicanos y sintió sed de la perfecta comprensión de sus discípulos. Era amigo fiel de los necesitados que se socorrían con sus virtudes inmortales. A través de las lecciones evangélicas, donde se nota

un esfuerzo para ser entendido en su infinita capacidad de amar. La última cena representa un paisaje completo de afectividad integral. Lava los pies a los discípulos y ora por la felicidad de cada uno...

Sin embargo, al primer embate con las fuerzas destructoras, experimenta el Maestro el supremo abandono. En vano, sus ojos buscan a la multitud de amigos, beneficiados y seguidores.

Los leprosos y los ciegos, curados por sus manos, habían desaparecido.

Judas lo entregó con un beso.

Simón, que había disfrutado de su convivencia en el hogar, lo negó tres veces.

Juan y Santiago se durmieron en el Huerto.

Los demás prefirieron estacionarse en acuerdos apresurados con las acusaciones injustas. Incluso después de la Resurrección, Tomás le exigió señales.

Cuando estés en la “puerta estrecha”, dilatando las conquistas de la vida eterna, irás también sólo. No aguardes por tus amigos; no te comprenderían; no obstante, no dejes de amarlos. Son niños. Y todo niño teme y exige mucho.

¿Por qué dormís?

*“Y les dijo: ¿Por qué dormís?
Levantaos y orad para que no entréis en
tentación.”*

(LUCAS, 22:46.)

En las enseñanzas fundamentales de Jesús, es imperioso evitar las situaciones acomodaticias, en detrimento de las actividades del bien.

El Evangelio de Lucas, en este pasaje, cuenta que los discípulos “dormían de tristeza”, mientras el Maestro oraba fervorosamente en el Huerto. Se ve, pues, que el Señor ni siquiera justificó la inactividad propia del choque ante los grandes dolores.

Al aprendiz se le figurará el mundo como el campo de trabajo del Reino, donde se esforzará, servicial y vigilante, comprendiendo que el Cristo

prosigue en su labor redentora para el rescate total de las criaturas humanas.

Rememorando la oración en Getsemaní, estamos obligados a recordar que innumerables comunidades con fundamentos cristianos permanecen durmiendo en las conveniencias personales, en los mezquinos intereses, en las vanidades efímeras. Hablan del Cristo, se refieren a su imperecedera ejemplificación, como si fuesen sonámbulos, inconscientes de lo que dicen y de lo que hacen, para despertar tan sólo en el instante de la muerte corporal, en sollozos tardíos.

Oigamos la interrogación del Salvador y busquemos la edificación y el trabajo, donde no existen lugares vacíos para lo que sea inútil y ruinoso a la conciencia.

En cuanto a ti, que aún te encuentras en la carne, no duermas en espíritu, desatendiendo a los intereses del Redentor. Levántate y esfuerzate, porque es en el sueño del alma donde se encuentran las más peligrosas tentaciones, a través de pesadillas o fantasías.

Velar con Jesús

“Y volviendo a sus discípulos los halló durmiendo, y dijo a Pedro:

¿Así que no habéis podido velar conmigo ni siquiera una hora?”

(MATEO, 26 40.)

Jesús vino a la Tierra a despertar a los hombres para la vida superior.

Sin embargo, es interesante recordar que, sintiendo la necesidad de tener a alguien que le acompañase en el supremo testimonio, no invitó a ninguno de los seguidores tímidos o beneficiados de la víspera y, sí, a los discípulos conscientes de sus propias obligaciones. Pero, esos mismos durmieron, intensificando la soledad del Divino Enviado.

Es indispensable rememorar el texto evangélico por considerar que el Maestro continúa

haciendo un esfuerzo incesante y prosigue convocando a cooperadores dedicados para la colaboración necesaria. Claro que no confía tareas de importancia fundamental a Espíritus inexpertos o ignorantes; pero, es imperioso reconocer el reducido número de aquellos que no adormecen en el mundo mientras Jesús aguarda resultados de la misión que les fue encomendada.

Olvidando el mandato del cual son portadores, se inquietan por la ejecución de sus propios deseos, dando excesiva importancia a los días efímeros que el cuerpo físico les ofrece. Se olvidan de que la vida es la eternidad y que una existencia terrestre no pasa simbólicamente de ser “una hora”. En vista de eso, al despertar a la realidad espiritual, los obreros distraídos lloran bajo el látigo de la conciencia y anhelan reencontrar la paz del Salvador, pero les resuenan en el oído las palabras dirigidas a Pedro: *¿Así que no habéis podido velar conmigo ni siquiera una hora?*

Y, en verdad, si aún no podemos permanecer con el Cristo, ni siquiera una hora, ¿cómo pretendemos la divina unión para la eternidad?

El fracaso de Pedro

“Y Pedro lo fue siguiendo de lejos hasta el patio del sumo sacerdote y, entrando se sentó entre los criados para ver el fin.”

(MATEO, 26: 58.)

Como cualquier éxito, el fracaso tiene sus causas positivas.

La negación de Pedro siempre constituye un asunto de palpitante interés en las comunidades del Cristianismo.

¿Se encuadraría la caída moral del generoso amigo del Maestro en un plano de fatalidad? ¿Por qué se negaría Pedro a cooperar con el Señor en minutos tan difíciles?

En ese particular, es útil el examen de su falta de vigilancia.

El fracaso del amoroso pescador reside ahí dentro, en la desatención a las advertencias recibidas.

Gran número de discípulos modernos participan de las mismas negaciones, debido a que continúan desatendiendo.

Informa el Evangelio que, en aquella hora de trabajos supremos, Simón Pedro seguía al Maestro “de lejos”, llegó al “patio del sumo sacerdote”, y “se sentó entre los criados” de éste, para “ver el fin”.

La lectura cuidadosa del texto nos esclarece el entendimiento y reconocemos que, todavía hoy, muchos amigos del Evangelio prosiguen cayendo en sus aspiraciones y esperanzas, por acompañar al Cristo a distancia, recelosos de perder gratificaciones inmediatas; cuando son llamados a dar un importante testimonio, se demoran en las cercanías de la arena de luchas redentoras, entre los siervos de las convenciones utilitaristas, usando binóculos para el examen, para observar cómo será el fin de los servicios ajenos.

Todos los aprendices, en esas condiciones, naturalmente fracasarán y llorarán amargamente.

Ocasión para hacer el bien

“Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué has venido?”

–Entonces se acercaron y echaron mano de Jesús y le prendieron.”

(MATEO, 26:50.)

Es significativo observar el optimismo del Maestro, prodigando oportunidades para hacer el bien, hasta el fin de su gloriosa misión de verdad y amor, junto a los hombres.

El Cristo estaba consciente, con respecto al desvío de Judas, pues comentó amorosamente el asunto en la última y más íntima reunión con los discípulos, sin guardar ninguna duda en relación a los suplicios que le esperaban. No obstante, al aproximarse el cooperador desviado le besa en el rostro, identificándole ante los verdugos, y el Maestro, con sublime serenidad,

recibe su saludo cariñosamente e indaga: *Amigo, ¿a qué has venido?*

Su corazón misericordioso proporcionaba al discípulo inquieto la ocasión para hacer el bien, hasta al último instante.

Aunque notase que Judas venía en compañía de dos guardias que le detendrían, le da el título de amigo. No le retira la confianza del primer minuto, no lo maldice, no se entrega a quejas inútiles, no lo recomienda a la posteridad con acusaciones o conceptos indignos.

En ese gesto de inolvidable belleza espiritual, nos enseñó Jesús que es preciso ofrecer puertas abiertas al bien, hasta la última hora de las experiencias terrestres, aunque al término de la última oportunidad, sólo nos quede el camino hacia el martirio o hacia la cruz de los supremos testimonios.

Campo de sangre

“Por eso aquel campo se llama todavía hoy ‘Campo de Sangre’.”

(MATEO, 27:8.)

Desorientado, en vista de las terribles consecuencias de su irreflexión, Judas buscó a los sacerdotes y les restituyó las treinta monedas, arrojándolas en el recinto del Templo.

Entonces, los mentores del judaísmo concluyeron que ese dinero constituía precio de sangre y, buscando deshacerse rápidamente de su posesión, adquirieron un campo destinado al sepulcro de los extranjeros, denominado desde entonces Campo de Sangre.

Es profunda la simbología de ese recuerdo y, con su luz, nos corresponde reconocer que la mayoría de los hombres continúa la irreflexiva

acción de Judas, cambiando al Maestro, inconscientemente, por esperanzas injustas, por ventajas materiales, por privilegios pasajeros. Y cuando pueden examinar la extensión de los engaños a los que se sometieron, procuran, desesperados, los compañeros de sus ilusiones, intentando devolverles cuanto les tocó en los criminales movimientos en los que se comprometieron en la lucha humana; sin embargo, con esos frutos amargos apenas consiguen adquirir el campo de sangre de las expiaciones dolorosas y ásperas para sepulcro de los cadáveres de sus pesadillas delictivas, extrañas al ideal divino de la perfección con Jesucristo.

Hermano en humanidad, que aún no pudiste salir del campo milenario de las reencarnaciones, en lucha por enterrar los crímenes pasados que no se armonizan con la Ley Eterna, no cambies al Cristo Imperecedero por un puñado de miserables cenizas, porque, de lo contrario, continuarás adherido a la región oscura de la carne sangrienta.

Magdalena

*“Jesús le dijo: ¡María!
Volviéndose, ella le dijo: ¡Maestro!”
(JUAN, 20:16.)*

La primera visita de Jesús, en la resurrección, es uno de los hechos más significativos del Evangelio que invita a la meditación profunda y esmerada.

¿Qué importantes razones movieron al Divino Maestro a dejar de lado a tantas figuras más próximas a su vida para resurgir ante los ojos de Magdalena en primer lugar?

Naturalmente, estamos obligados a indagar por qué no se habría aparecido, antes, al corazón abnegado y amoroso que le sirviera de Madre o a los discípulos amados...

No obstante, el gesto de Jesús es profundamente simbólico, en su esencia divina.

Entre los personajes de la Buena Nueva, nadie se violentó tanto a sí mismo, para seguir al Salvador, como la inolvidable obsesa de Magdala.

Ni siquiera Pablo de Tarso haría tanto, más tarde, porque la conciencia del apóstol de los gentiles se apasionaba por la Ley, pero no por los vicios. Pero, Magdalena había conocido el fondo amargo de los hábitos difíciles de ser extirpados, había sucumbido al contacto con entidades perversas, permanecía “muerta” en las sensaciones que operan la parálisis del alma. Pero, bastó el encuentro con el Cristo para abandonarlo todo y seguir sus pasos, fiel hasta el fin, en los actos de negación de sí misma y en la firme resolución de tomar la cruz que le competía en el calvario redentor de su angustiosa existencia.

Es comprensible que muchos estudiantes investiguen la razón por la cual no se apareció el Maestro, en primer lugar, a Pedro o a Juan, a su Madre o a los amigos. Sin embargo, es igualmente razonable reconocer que, con su gesto inolvidable, Jesús ratificó la lección de que su doctrina será, para todos los aprendices y seguidores, el código de oro de las vidas transformadas para la gloria del bien. Y nadie había transformado la suya, a la luz del Evangelio redentor, como María de Magdala.

Alegría cristiana

“Pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.”

Jesús. (JUAN, 16:20.)

En las horas que precedieron a la agonía de la cruz, los discípulos no conseguían disimular el dolor, la desilusión. Estaban tristes. Como personas humanas no entendían otras victorias que no fuesen las de la Tierra. Mas Jesús, con vigorosa serenidad los exhortaba: *“En verdad, en verdad, os digo que vosotros lloraréis y os lamentaréis; el mundo se alegrará y vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.”*

A través de los siglos, se vio en el Evangelio un conjunto de noticias dolorosas –un Salvador abnegado y puro conducido al madero destinado a los infames, discípulos desbandados, persecuciones sin fin, martirios y lágrimas para todos los seguidores...

No obstante, ese pesado bagaje de sufrimientos constituye las bases de una vida superior, repleta de paz y alegría. Esos dolores representan un auxilio de Dios a la tierra estéril de los corazones humanos. Llegan como abono divino a los sentimientos de las criaturas humanas, para que de pantanos despreciados nazcan lirios de esperanza.

Los inquietos salvadores de la política y de la ciencia, en la Corteza Planetaria, recetan reposo y placer a fin de que el espíritu llore después, por tiempo indeterminado, expuesto a los devaneos sombríos de la conciencia herida por las actitudes criminales. Pero, Cristo, evidenciando suprema sabiduría, enseñó el orden natural en la adquisición de las alegrías eternas, demostrando que suministrar a las criaturas del mundo caprichos satisfechos, sin advertencia y medida, en el presente estado evolutivo, es depositar sustancias peligrosas en manos infantiles. Por ese motivo, reservó trabajos y sacrificios a los compañeros amados, para que no se perdiesen en la ilusión y llegasen a la vida real con un valioso patrimonio de edificaciones morales estables.

He aquí porque la alegría cristiana no consta de placeres de la inconsciencia, sino de la sublime certeza de que todos los dolores son caminos hacia júbilos inmortales.

Al salvarnos

“Sálvate a ti mismo y desciende de la cruz.”

(MARCOS, 15:30.)

Ese grito de ironía de los hombres maliciosos continúa vibrando a través de los siglos.

La criatura humana no podía comprender el sacrificio del Salvador. La Tierra apenas conocía vencedores que llegaban blandiendo armas, cubiertos de glorias sanguinolentas, héroes de la destrucción y de la muerte, de camino hacia los altares y monumentos de piedra.

Sin embargo, aquel Mesías se distanciaba del patrón habitual. Para conquistar, daba lo mejor de sí mismo; a fin de poseer, nada pretendía de los hombres para Él; con el propósito de enriquecer la vida, se entregaba a la muerte.

En vista de eso, no faltaron los escarnece-

dores en el momento extremo, interpelando al Divino Triunfador, con mordaz expresión.

En ese testimonio, nos enseñó el Maestro que, al salvarnos, en el campo de la maldad y de la ignorancia, oiremos el grito de la malicia general en las mismas circunstancias.

Si nos demoramos apegados a la ilusión de la fama, si somos trabajadores exclusivamente interesados en nuestro engrandecimiento temporal en la esfera carnal, con olvido de las necesidades ajenas, siempre hay mucha gente que nos considera privilegiados y victoriosos; no obstante, si ponderamos sobre nuestras graves responsabilidades en el mundo, nos llama locos y, cuando nos sorprende en experiencias culminantes, revestidas del dolor sagrado, que nos arrebatara a esferas sublimes, pasa junto a nosotros exhibiendo gestos irónicos y, recordando los elevados principios esposados por nuestra vida, exclama, desdeñosa: – “Sálvate a ti mismo y desciende de la cruz.”

El amigo oculto

“Mas los ojos de ellos estaban como velados, para que no le conociesen.”

(LUCAS, 24:16.)

Rumbo a Emaús, los discípulos comentaban con amargura los terribles acontecimientos del Calvario.

Permanecían bajo la tormenta de la angustia. La duda les penetraba el alma, llevándoles al abatimiento y a la negación.

Pero, un hombre desconocido los alcanzó en el camino. Ofrecía el aspecto de un mísero peregrino. Sin identificarse, esclareció las verdades de las Escrituras, exaltó la cruz y el sufrimiento.

Los dos compañeros que se habían enmarañado en un bejucal de contradicciones

ingratas, experimentaron un agradable bienestar, oyendo la consoladora argumentación.

Tan sólo al término del viaje, sintiéndose fortalecidos en el cálido ambiente de la hospedería, percibieron que el desconocido era el Maestro.

Aún existen aprendices en el “camino simbólico de Emaús”, todos los días. Alcanzan el Evangelio y se asustan ante los sacrificios necesarios para la eterna iluminación espiritual. No entienden el ambiente divino de la cruz y buscan “paisajes mentales” distintos... Pero, siempre llega un desconocido que camina al lado de los que vacilan y huyen. Tiene la apariencia de un viandante incomprensido, de un compañero inesperado, de un anciano generoso, de un niño tímido. Su voz es diferente de las otras, sus esclarecimientos más firmes, sus llamadas más dulces.

Quien participa, por un momento, del banquete de la cruz, jamás podrá olvidarla. Muchas veces, partirá hacia el mundo, demorándose en las veredas oscuras. No obstante, un minuto vendrá en el que Jesús, de manera imprevista, busca a esos viajeros desviados y no los desampara hasta que no los contempla seguros y libres, en la hospedería de la confianza.

La corona

“Lo vistieron de púrpura, y trenzando una corona de espinos, la pusieron en su cabeza.”

(MARCOS, 15:17.)

Es casi increíble la falta de vigilancia de la mayoría de los discípulos del Evangelio, en la actualidad, ansiosos por la corona de los triunfos mundanos. Desde hace mucho tiempo, las Iglesias del Cristianismo distorsionado se complacen en los grandes espectáculos, a través de enormes demostraciones de fuerza política. Y es forzoso reconocer que gran número de las agrupaciones espiritistas cristianas, tan recientes aún en el mundo, tienden a las mismas inclinaciones.

Individualmente, los prosélitos pretenden el bienestar, el camino sin obstáculos, las consideraciones honrosas del mundo, el respeto de to-

dos, el fiel reconocimiento de los elevados principios que esposaron en la vida por parte de extraños. Cuando ese cúmulo de facilidades no los favorece en el servicio edificante, se sienten perseguidos, contrariados, desdichados.

Pero... ¿y el Cristo?, ¿no bastaría el cuadro de la corona de espinos para atenuar nuestra inquietud?

Naturalmente que el Maestro traía consigo la Corona de la Vida; no obstante, no quiso perder la oportunidad de revelar que la corona de la Tierra aún es de espinos, de sufrimiento y trabajo incesante para los que deseen escalar la montaña de la Resurrección Divina. Para la época en la que el Señor inauguró la Buena Nueva entre los hombres, los romanos se coronaban de rosas; mas, legándonos la sublime lección, Jesús nos daba a entender que sus discípulos fieles deberían contar con distintivos de otra naturaleza.

¿Lo amas bastante?

“Le preguntó la tercera vez:

–Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”

(JUAN, 21:37.)

A los aprendices poco prudentes les extraña que Jesús hubiese preguntado al apóstol, por tres veces, sobre la seguridad de su amor. El propio Simón Pedro, oyendo la interrogación repetida, se entristecía, suponiendo que el Maestro sospechaba de sus sentimientos más íntimos.

No obstante, la enseñanza es mucho más profunda.

En aquel instante, le confiaba Jesús el ministerio de la cooperación en los servicios redentores. El pescador de Cafarnaún iba a contribuir en la elevación de sus tutelados del mundo,

iba a apostolizar, alcanzando valores nuevos para la vida eterna.

Por tanto, es muy significativa la pregunta del Señor en ese particular. Jesús no pide información al discípulo, con respecto a los razonamientos que le eran peculiares, no desea enterarse de los acontecimientos del colaborador relacionados con Él, no reclama un compromiso formal. Apenas pretende saber si Pedro lo ama, dejando percibir que, con amor, las demás dificultades se resuelven, si el discípulo posee suficiente provisión de esa esencia divina, la tarea más dura se convierte en un apostolado de bendiciones promisorias.

De ese modo, es imperioso reconocer que tus conquistas intelectuales valen mucho, que tus indagaciones son loables, pero en verdad sólo serás un efectivo y eficiente cooperador del Cristo si tienes amor.

Capas

“Él, entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús.”

(MARCOS, 10:50.)

El Evangelio de Marcos presenta una interesante reflexión sobre la curación de Bartimeo, el ciego de Jericó.

Para recibir la bendición de la divina aproximación, arroja su capa, corriendo al encuentro del Maestro, alcanzando nuevamente la visión para sus apagados y tristes ojos.

¿No residirá en ese acto un precioso símbolo?

Las personas exhiben en el mundo las más diversas capas. Existen mantos de reyes y de mendigos. Hay muchos amigos del crimen que dan preferencia a las “capas de santos”. Pocos son los

que no pegan a su rostro la máscara de la propia conveniencia. Se alega que la lucha humana está repleta de las más variadas exigencias, que es imprescindible acompañar la marcha del siglo; no obstante, si alguien desea sinceramente la aproximación de Jesús para la recepción de beneficios duraderos, arroje la capa del mundo transitorio y preséntese al Señor tal cual es, sin la ruinosa preocupación de mantener la pretendida intangibilidad de los títulos efímeros, bien sean los de la fortuna material o los de la exagerada noción de sufrimiento. Mantener falsas apariencias, delante del Cristo o de sus mensajeros, complica la situación de quien necesita. Nada pidas al Señor con exigencias o alegatos inoportunos. Arroja tu capa mundana y preséntate a Él, sin más ni menos.

Prometer

“Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de la corrupción.”

(II PEDRO, 2:19.)

Es indispensable desconfiar de todas las promesas de facilidades en el mundo.

Jesús, que podía abrir los más vastos horizontes a los ojos sorprendidos de la criatura humana, le prometió la cruz sin la cual no podría apartarse de la Tierra para ir a su encuentro.

En todas partes, existen discípulos descuidados que aceptan el logro de aventureros inconscientes. Es que aún no aprendieron la lección viva del trabajo propio al que fueron llamados para desarrollar una actividad particular.

Los promotores de revoluciones y los dueños de proyectos absurdos prometen maravillas. Pero,

si son víctimas de la ambición, siervos de propósitos inferiores, esclavos de terribles engaños, ¿cómo podrán efectivizar para otros la libertad o la elevación de la que se mantienen tan distantes?

No creas en salvadores que no demuestren acciones que confirmen la salvación de sí mismos.

Debes saber que fuiste creado para la gloriosa ascensión, pero que sólo el descenso es fácil. Subir exige trabajo, paciencia, perseverancia, condiciones esenciales para el encuentro del amor y de la sabiduría.

Si alguien te habla del valor de las facilidades, no lo creas; es posible que el aventurero esté descendiendo. Pero cuando te hagan ver perspectivas consoladoras, a través del sudor y del esfuerzo personal, acepta los consejos con alegría. Aquél que comprende el tesoro oculto en los obstáculos, y se vale de ellos para enriquecer la vida, está ascendiendo y es digno de ser seguido.

Auxilios del mundo invisible

“Y después de pasar la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y habiendo salido pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él.”

(HECHOS, 12:10.)

Los hombres esperan siempre con ansiedad el auxilio del plano espiritual. No importa el nombre por el cual se designe ese amparo. En esencia es invariablemente el mismo, aunque sea conocido entre los espiritistas como “protección de los guías” y en los círculos protestantes como “manifestaciones del Espíritu Santo”.

Las denominaciones presentan un interés secundario. Lo esencial es que consideremos

que semejante colaboración constituye un elemento vital en las actividades del creyente sincero.

No obstante, la contribución recibida por Pedro, en la cárcel, representa una lección para todos.

Atado a pesadísimas cadenas, el pescador de Cafarnaún ve aproximarse al ángel del Señor, que lo libera, atraviesa en su compañía los primeros peligros de la prisión, camina al lado del mensajero, a lo largo de una calle; pero, el emisario se aparta, dejándolo nuevamente entregado a su propia libertad, para no devaluar sus iniciativas.

Esa ejemplificación es típica.

Los auxilios del mundo invisible son incontestables y jamás fallan en sus multiformes expresiones en el momento oportuno; pero es imprescindible que no se vicie el creyente con esa especie de cooperación, aprendiendo a caminar solito, usando la independencia y la voluntad en lo que es justo y útil, convencido de que se encuentra en el mundo para aprender, no siéndole permitido reclamar de los instructores la solución de problemas necesarios a su condición de alumno.

Todo en Dios

“No puedo yo hacer nada por mí mismo.”

Jesús. (JUAN, 5:30.)

Constituye un óptimo ejercicio contra la vanidad personal la meditación en los factores trascendentes que rigen los mínimos fenómenos de la vida.

El hombre nada puede sin Dios.

Todos hemos visto personalidades que surgen dominadoras en el palco terrestre, afirmándose poderosas sin el amparo del Altísimo, no obstante, la única realización que consiguen efectivamente es la dilatación ilusoria por el soplo del mundo, desplomándose a los primeros contactos con las verdades divinas. Cuando aparecen, temibles, esos gigantes de viento esparcen ruinas materiales y aflicciones de

espíritu; sin embargo, el mismo mundo que les confiere un pedestal los proyecta en el abismo del desprecio común; la misma multitud que los infla, se encarga de volver a ponerlos en el lugar que les compete.

Los discípulos sinceros saben que todas sus posibilidades proceden del Padre amigo y sabio, que las oportunidades de edificación en la Tierra, con la excelencia de los paisajes, los recursos de cada día y las bendiciones de los seres amados, vinieron de Dios que los invita, por espíritu de servicio, a ministerios más santos. De ese modo, actuarán amando siempre, aprovechando para hacer el bien y para esclarecer la verdad, rectificando caminos y encendiendo nuevas luces, porque sus corazones reconocen que nada podrán hacer por sí mismos y honrarán al Padre, entrando en santa cooperación con sus obras.

El cristiano y el mundo

“Primero la hierba, después la espiga, y por último, el grano lleno en la espiga.”

Jesús. (MARCOS, 4:28.)

Que nadie piense que es fácil la adquisición de un título relacionado con la elevación espiritual. El Maestro recurrió sabiamente a los símbolos vivos de la Naturaleza, para favorecernos la comprensión.

La hierba está lejos de la espiga, como la espiga permanece distanciada de los granos maduros.

En ese capítulo, el más fuerte adversario del alma que desea seguir al Salvador, es el propio mundo.

Cuando el hombre común descansa en las vulgaridades e inutilidades de la existencia terrestre, ninguno juzga sus pasos. Sus actitudes no in-

teresan a nadie. Sin embargo, al surgirle en el corazón la hierba tierna de la fe rectificadora, su vida pasa a constituir objeto de curiosidad para la multitud. Millares de ojos, que no lo vieron cuando estaba desviado en la ignorancia y en la indiferencia, siguen ahora sus mínimos gestos con acentuada vigilancia. El pobre aspirante al título de discípulo del Señor aún no pasa de follaje promisorio y ya le reclaman las espigas de las obras celestes; aún se conserva lejos del primer plumaje de las alas espirituales y ya se le exigen vuelos supremos sobre las miserias humanas.

Muchos aprendices se desaniman y regresan al lodo, donde los compañeros no los vean.

El mundo se olvida de que esas almas ansiosas aún se hallan en las primeras esperanzas y, por eso mismo, en disputas más ásperas, por reventar el capullo de las pasiones inferiores en la aspiración de ascender. Dentro de la vieja ignorancia, que le es característica, la multitud sólo entiende al hombre en el estado primitivo en el que se complace o, entonces, si el compañero pretende elevarse, le exige, de pronto, credenciales positivas del cielo, olvidando que nadie puede traicionar al tiempo o engañar al espíritu de secuencia de la Naturaleza. Al cristiano le resta cultivar sus propósitos sublimes y oír al Maestro: *Primero la hierba, después la espiga y, por último, el grano lleno de la espiga.*

La estimación del mundo

“Y si al padre de familia llamaron Belcebú, ¡cuánto más a los de su casa!

Jesús. (MATEO, 10:25.)

Existen muchos discípulos del Evangelio, celosos de sus predilecciones y puntos de vista en el campo individual.

Falsas concepciones les ensombrecen la visión.

Casi siempre se inquietan por el reconocimiento público de las virtudes que les adornan el carácter, guardan el secreto propósito de obtener la admiración de todos, y se sienten perjudicados si las autoridades transitorias del mundo no les manifiestan aprecio.

Actúan olvidando que el Reino de Dios no viene con apariencia exterior; no perciben que,

por ahora, solamente los personajes destacados, en las vanguardias financieras o políticas, se enarbolan detentando prerrogativas terrestres, señores casi absolutos de los homenajes y de las necrologías brillantes.

Los hijos del Reino Divino rara vez sobresalen y, de modo general, llenan al mundo de beneficios sin que el hombre los vea, como ocurre con el propio Padre.

Si Jesús fue llamado hechicero, crucificado como malhechor y arrebatado de su amorosa misión para ser llevado al madero afrentoso, ¿qué no deben esperar sus aprendices sinceros, cuando estén verdaderamente dedicados a su causa?

El discípulo no puede ignorar que la permanencia en la Tierra deviene de la necesidad de trabajo provechoso y no del uso de ventajas efímeras que, en muchos casos, le anularían la capacidad de servir. Si la fuerza humana torturó al Cristo, no dejará de torturarlo también a él. Es ilógico disputar la estimación de un mundo que, más tarde, será compelido a regenerarse para obtener la redención.

La espada simbólica

“No penséis que he venido para traer paz a la Tierra; no vine a traer la paz sino la espada.”

Jesús. (MATEO, 10:34.)

Innumerables lectores del Evangelio se perturban ante esas afirmaciones del Divino Maestro, pues el concepto de paz, entre los hombres, desde hace muchos siglos fue viciado de manera visceral. En la expresión común, tener paz significa haber alcanzado garantías exteriores, dentro de las cuales pueda el cuerpo vegetar sin cuidados, rodeándose el hombre de servidores, pudiéndose en la ociosidad y ausentándose de los movimientos de la vida.

Jesús no podría endosar una tranquilidad de ese tenor, y, en contraposición al falso principio establecido en el mundo, trajo consigo la lu-

cha regeneradora, la espada simbólica del conocimiento interior por la revelación divina, a fin de que el hombre inicie la batalla del perfeccionamiento en sí mismo. El Maestro vino a instalar el combate de la redención sobre la Tierra. Desde su primera enseñanza, fue formado el frente de la batalla sin sangre, destinado a la iluminación del camino humano. Y Él mismo fue el primero que inauguró el testimonio por los sacrificios supremos.

Hace casi veinte siglos vive la Tierra bajo esos impulsos renovadores, y ¡ay de aquellos que duermen extraños al proceso santificador!

Buscar la falsa paz de la ociosidad es desviarse de la luz, huyendo a la vida y precipitando la muerte.

No obstante, Jesús es también llamado el Príncipe de la Paz.

Sí, en verdad el Cristo trajo al mundo la espada renovadora de la guerra contra el mal, constituyendo en sí mismo la divina fuente de reposo a los corazones que se unen a su amor; esos, en las más peligrosas situaciones de la Tierra, encuentran, en Él, la serenidad inalterable. Es que Jesús comenzó el combate de salvación de la Humanidad, representando, al mismo tiempo, la base de la paz sublime para todos los hombres buenos y sinceros.

No todos

“Y aconteció que, casi ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago, y subió al monte a orar.”

(LUCAS, 9:28)

Es digno de notar la actitud del Maestro, invitando sólo a Simón y a los hijos de Zebedeo para presenciar la sublime manifestación del Monte, cuando Moisés y otro emisario divino estarían en contacto directo con Jesús, a los ojos de los discípulos.

¿Por qué no convocó a los demás compañeros?

¿Acaso Felipe o Andrés no tendrían placer en la sublime revelación? ¿No era Tomás un compañero investigador, ansioso por ecuaciones espirituales? No obstante, el Maestro sabía la causa de sus decisiones y solamente Él podría

dosificar, convenientemente, las dádivas del conocimiento superior.

Este hecho debe ser recordado por cuantos deseen forzar la puerta del plano espiritual.

Cierto, el intercambio con ese o aquel núcleo de entidades del Más Allá es posible, pero no todos están preparados, a un mismo tiempo, para la recepción de responsabilidades o beneficios.

No se confía, imprudentemente, un aparato de producción preciosa, cuyo manejo dependa de competencia previa, al primer hombre que surja, lleno de buenos deseos. No se traiciona impunemente el orden natural. No todos los aprendices y estudiosos recibirán del Más Allá, de repente, las grandes revelaciones. Cada núcleo de actividad espiritual debe ser presidido por el mejor sentido de armonía, esfuerzo y afinidad. En ese menester, aparte de las buenas intenciones, es indispensable la presentación de la ficha de buenos trabajos personales. Y, en el mundo, toda la gente permanece dispuesta a querer eso o aquello, pero rarísimas personas se disponen a servir y a educarse.

Dar

“A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva.

Jesús. (LUCAS, 6:30.)

El acto de dar es uno de los más sublimes en las operaciones de la vida; pero, muchos hombres son displicentes y no comprenden su ejecución.

Algunos distribuyen limosnas a la ligera, otros se olvidan de la vigilancia, entregando su trabajo a malhechores.

Jesús es nuestro Maestro hasta en las mínimas acciones. Y si lo oímos recomendando que estemos dispuestos para dar “a cualquiera” que nos pida, también lo vemos atendiendo a todas las personas en su camino, no de acuerdo con sus caprichos, sino según sus necesidades.

Concedió bienaventuranzas a los afligidos y advertencias a los comerciantes. Verdaderamente, los mercaderes de mala fe, en lo íntimo, le rogaban mantener el “statu quo”, pero su respuesta fue elocuente. Dio alegrías en las bodas de Caná y reprensiones en asambleas de los discípulos. Proporcionó a cada situación y a cada personalidad lo que necesitaban y, cuando los ingratos tomaron el derecho a inmolarle, ante los ojos de la Humanidad, no volvió el Cristo a pedirles que lo dejaran terminar su obra.

Dio todo lo que se relacionaba con el bien. Y dio con abundancia, destacándose que, bajo el peso de la cruz, demostró una sublime comprensión a la ignorancia general, sin reclamaciones de ninguna naturaleza, porque sabía que el acto de dar viene de Dios y no hay nada más sagrado que colaborar con el Padre que está en los cielos.

La venida del reino

“El Reino de Dios no viene con apariencias exteriores”

Jesús. (LUCAS, 17:20.)

Las agrupaciones religiosas en el mundo permanecen, casi siempre, preocupadas por las conversiones ajenas. Los creyentes más entusiastas anhelan transformar las concepciones de los amigos. En vista de eso, en todas partes somos abordados por hermanos afligidos por el aumento del proselitismo en sus círculos de estudio.

Semejante actividad no siempre es útil, porque, en muchas ocasiones, puede perturbar elevados proyectos en realización.

Afirma Jesús que el Reino de Dios no viene con apariencias exteriores. Por lo tanto, en los grupos de la fe, es siempre perjudicial la preocupación por demostrar pompas y números vani-

dosamente. Expresiones transitorias de poder humano no dan testimonio del Reino de Dios. La realización divina comenzará desde lo íntimo de las criaturas, constituyendo la gloriosa luz del templo interno. No se manifiesta ante la apreciación común, porque la mayoría de los hombres transita medio cegada a través del túnel de la carne, sepultando los desaciertos del pasado erróneo.

La carne es digna y venerable, pues es receptáculo de purificación, albergándonos para el preciso rescate; no obstante, para los espíritus redimidos significa “muerte” o “transformación permanente”. El hombre carnal, en vista de las circunstancias que gobiernan su esfuerzo, sólo puede ver lo que está “muerto” o aquello que “va a morir”. Pero el Reino de Dios, divino e inmortal, escapa naturalmente a la visión de los humanos.

Reencarnación

“Por tanto, si tu mano o tu pie te da ocasión de caer en escándalo, córtalo y échalo lejos de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno.”

Jesús. (MATEO, 18:8.)

Únicamente la reencarnación esclarece las cuestiones del ser, del sufrimiento y del destino. En muchas ocasiones, nos habló Jesús de sus bellos y sabios principios.

Este pasaje de Mateo es sumamente expresivo.

Es indispensable considerar que el Maestro se dirigía a una sociedad estancada, casi muerta.

El cristiano, en el concierto de las lecciones divinas que recibe, realmente, apenas conoce, de hecho, un género de muerte, la que sobreviene a

la conciencia culpada por el desvío de la Ley. Y los contemporáneos de Cristo, en su mayoría, eran criaturas sin actividad espiritual edificante, con el alma endurecida y el corazón paralítico. La expresión “mejor te es entrar en la vida” representa una solución. ¿Acaso, los oyentes no eran personas humanas? No obstante, el Señor se refería a la existencia continua, a la vida de siempre, dentro de la cual todo espíritu despertará para su glorioso destino de eternidad.

En la elevada simbología de sus palabras nos presenta Jesús el motivo determinante de los nacimientos dolorosos, en los que observamos cojos, ciegos y paralíticos de cuna, que piden semejantes pruebas como períodos de recuperación y regeneración indispensables para la felicidad del porvenir.

En cuanto a la imagen del “fuego eterno”, inserta en las letras evangélicas, es un recurso muy adecuado a la lección, porque, mientras no se disponga la criatura a vivir con el Cristo, será impelida a hacerlo, a través de mil medios diferentes; si la rebeldía perdura por infinidad de siglos, los procesos purificadores permanecerán igualmente como fuego material, que existirá en la Tierra mientras perdure su concurso en el tiempo, como utilidad indispensable para la vida física.

Siempre hallaremos

“Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla.”

Jesús. (LUCAS, 11:10.)

Al experimentar el creyente alguna necesidad, recuerda maquinalmente la promesa del Maestro, cuando aseguró respuesta adecuada a cualquiera que pidiese.

No obstante, es necesario saber lo que buscamos. Naturalmente, recibiremos siempre, pero es imprescindible conocer el objeto de nuestra solicitud.

Aseveró Jesús: “Quien busca, halla.”

Así, quien procura el mal, se encuentra con el mal.

Existe perfecta correspondencia entre nues-

tra alma y el alma de las cosas. No exponemos una hipótesis, examinamos una ley.

Para los que buscan ladrones, escuchando las falsas llamadas de su mundo interior, todos los hombres serán deshonestos. Así ocurre a los que poseen aspiraciones de creencia, acercándose, desconfiados, a las agrupaciones religiosas. Nunca les sorprende la fe, porque todo lo analizan por la mala fe a la que se acogen. Tanto experimentan e insisten, manejando los propósitos inferiores de los que se nutren, que nada encuentran, efectivamente, aparte de las desilusiones que esperaban.

Para que encontremos el bien, es preciso buscarlo todos los días.

Innegablemente, en un campo de luchas activo como lo es la esfera terrestre, la cacería del mal enseguida está coronada por el éxito, por la preponderancia del mal entre las criaturas humanas. La pesca del bien no es tan fácil; no obstante, el bien será encontrado como valor divino y eterno.

Así pues, es indispensable mucha vigilancia en la decisión de buscar algo, por cuanto el Maestro afirmó: *“Quién busca, halla”*; y hallaremos siempre lo que procuramos.

Vidas sucesivas

*“No te maravilles de que te haya dicho:
Os es necesario nacer de nuevo.”*

Jesús. (JUAN, 3:7.)

La palabra de Jesús a Nicodemo fue suficientemente clara.

Desvirtuarla en interpretaciones fuera de propósito puede ser comprensible en el sacerdocio organizado, atento a las imposiciones de la lucha humana, pero nunca en los espíritus amantes de la verdad legítima.

La reencarnación es una ley universal.

Sin ella, la existencia terrenal representaría un torbellino de desorden e injusticia. A la luz de sus esclarecimientos, entendemos todos los fenómenos dolorosos del camino.

El hombre no percibió aún toda la extensión

de la misericordia divina, en los procesos de rescate y reajuste.

Entre los hombres, el criminal es enviado a penas crueles, sea por condenación a muerte o a sufrimientos prolongados.

Sin embargo, la Providencia corrige amando... No encamina a los reos a prisiones infectadas y húmedas. Tan sólo determina que los cómplices de dramas nefastos cambien la vestimenta carnal en el escenario de la actividad humana, para redimirse unos frente a otros.

Para la Sabiduría Magnánima no siempre el que erró es un perverso, como no siempre la víctima es pura y sincera. Dios no sólo ve la maldad que surge en la superficie del escándalo; conoce el mecanismo sombrío de todas las circunstancias que provocaron un crimen.

El verdugo integral, así como la víctima integral, son desconocidos por el hombre. Con toda sabiduría, el Padre identifica las necesidades de sus hijos y los reúne, periódicamente, por los lazos de sangre o en la red de los compromisos edificantes, a fin de que aprendan la ley de amor, entre las dificultades y los dolores del destino, con la bendición del temporal olvido.

Orientadores de mundo

*“Jesús le respondió:
– ¿Eres maestro en Israel y no sabes
esto?”*

(JUAN, 3:10.)

Es muy común en los círculos religiosos, especialmente en las asambleas espiritistas, la aparición de orientadores del mundo, reclamando pruebas de la existencia del alma.

Vendrá un tiempo en que semejantes indagaciones serán consideradas pueriles, porque, a fin de cuentas, lo que en el fondo están preguntando esos mentores de la política, de la educación, de la ciencia es si ellos mismos existen.

La respuesta de Jesús a Nicodemo, aunque se refiere al problema de la reencarnación, encuadra perfectamente el asunto, pues los lí-

deres de la actualidad prosiguen indagando sobre realidades esenciales de la vida.

Pidamos a Dios que auxilie al hombre para que no continúe intentando penetrar en la casa del progreso por el tejado.

El médico superficial, hasta que verifique la verdad espiritual, afrontará dolorosas experiencias en el campo de las realizaciones que le incumben. El profesor que sólo teorice, se perderá muchas veces en ilusiones. El administrador improvisado, permanecerá expuesto a tremendos errores, hasta que se ajuste a la propia responsabilidad.

Por ese motivo, la respuesta de Jesús se aplica con acierto a las preguntas de los instructores modernos. Transformados en investigadores, se dirigen a nosotros, muchas veces con cierta ironía, reclamando la certidumbre sobre la existencia del espíritu; mientras eso pasa, ellos orientan a otros y se introducen en la vida de nuestros hermanos en humanidad. Considerando esa circunstancia y tratándose de un problema tan esencial para sí mismos, es razonable que no pregunten, porque deben saber.

Como Lázaro

“Y el difunto salió, teniendo atadas las manos y los pies con vendas y su rostro envuelto en un sudario.

Jesús les dijo: Desatadle y dejadle ir:”

(JUAN, 11:44.)

El regreso de Lázaro, a la vida activa, representa un grandioso símbolo para todos los trabajadores de la Tierra.

Los criminales arrepentidos, los pecadores que retornan al bien, los que enlodaron el cristal de la conciencia, entienden la maravillosa característica del verbo recomenzar.

Lázaro no podía ser feliz tan sólo por revestirse de nuevo con la carne perecible, mas, sí, por la posibilidad de reiniciar la experiencia humana con valores nuevos. Y, en la faena evolutiva, cada vez que el espíritu alcanza del

Maestro Divino la oportunidad de regresar a la Tierra, helo allí, liberado de los vigorosos lazos... exonerado de la angustia, del remordimiento, del miedo... La sensación del túbulo de impresiones en el que se encontraba, era una fuerte venda cubriéndole el rostro.

Jesús, compadecido, exclamó al mundo:

– *Desatadle y dejadle ir.*

Este pasaje evangélico tiene un simbolismo de profunda belleza.

Preciosa es la existencia de un hombre, porque el Cristo le permitió la liberación de los lazos criminales con el pretérito, dejándole encaminarse, de nuevo, a las fuentes de la vida humana, de manera que reconstituyese y santificase los hilos de su destino espiritual, con la dádiva suprema de comenzar otra vez.

No te olvides

“Porque muchos de los judíos, por su causa, iban y creían en Jesús.”

(JUAN, 12:11.)

Narra el Evangelio de Juan que mucha gente, dirigiéndose hacia Betania, buscaba acercarse al Maestro, no solamente para verlo, sino también para contemplar la figura de Lázaro, retirado del sepulcro. En el recorrido, muchos iban y regresaban transformados, irritando a los círculos farisaicos.

Este relato del Apóstol es precioso.

Sin embargo, la situación es idéntica en la actualidad.

El alma volcada hacia Cristo, casi siempre fue resucitada por su amor, escapando de la som-

bra de las pesadillas intelectuales que operan la muerte del sentimiento...

Muchos hombres están muertos, sepultados en los sepulcros de la indiferencia, del egoísmo y de la negación. Cuando un compañero, como Lázaro, tiene la felicidad de ser tocado por el Cristo, he ahí que se establece la curiosidad general en torno a sus actitudes. Todos desean conocer sus modificaciones.

Por lo tanto, si haz sido beneficiado por Jesús; si el Señor ya te levantó del polvo terrestre para el conocimiento de la vida infinita, recuerda que tus amigos, en su mayoría, tienen noticias del Maestro, pero aún no están preparados para comprenderlo integralmente. Como Lázaro, serás el punto de observación directa para todos ellos. Solamente comenzarán por ti a recibir la claridad de la creencia sincera, reconociendo el poder de Jesús por la transformación que estés demostrando. Así pues, si ya fuiste llamado por el Señor de la Vida, está en tus manos continuar en los recintos de la muerte o levantarte para la construcción del futuro de los que te rodean.

Las cartas del Cristo

“Porque ya es manifiesto que sois la carta del Cristo, expedida por nosotros, y escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios Vivo, no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón.”

Pablo. (II CORINTIOS, 3:3.)

Es curioso que el Maestro no haya legado al mundo un compendio de principios escritos por sus propias manos.

Las figuras notables de la Tierra siempre marcan su paso por el planeta, dirigiendo a la posteridad su mensaje de sabiduría y amor, sea en tablas de piedra, sea en documentos envejecidos.

Pero, con Jesús, el proceso no fue el mismo. El Maestro resolvió escribir su doctrina en los hombres, grabándola en el corazón de los com-

pañeros sinceros. Su testamento espiritual se compone de enseñanzas dirigidas a los discípulos y no fueron escritas por Él mismo.

Todos los recursos humanos serían insuficientes para revelar la riqueza eterna de su Mensaje. Las letras y razonamientos, propiamente humanos, en la mayoría de los casos acostumbran dar lugar a controversias. En vista de eso, Jesús grabó sus enseñanzas en los corazones que le rodeaban y hasta hoy los aprendices que se conservan fieles a Él son sus cartas divinas, dirigidas a la Humanidad. Esos documentos vivos del santificado amor del Cristo, palpitan en todas las religiones y en todos los climas. Son los vanguardistas que conocen la vida superior, experimentan el sublime contacto del Maestro y se transforman en su mensaje para los hombres.

Pueden surgir muchas contiendas en torno a las páginas más célebres y hermosas; sin embargo, ante el alma que se convirtió en carta viva del Señor, cuando no haya las superiores vibraciones de la comprensión, habrá siempre el divino silencio.

Embajadores del Cristo

“Somos pues, embajadores del Cristo.”

Pablo. (II CORINTIOS, 5:20.)

En la catalogación de los valores sociales, todo hombre de trabajo honesto es portador de una determinada delegación.

Si los políticos y administradores guardan responsabilidades del Estado, los operarios reciben encargos naturales de las empresas a las que prestan sus esfuerzos.

Cada hombre de bien es un mensajero del centro de realizaciones, donde atiende al movimiento de la vida, en actividad ennoblecedora.

Las calles están llenas de emisarios de los comercios, de las fábricas, de los institutos, de los órganos de fiscalización, producción, amparo

y enseñanza, cuyos intereses conjugados operan en la composición de la armonía social.

De igual forma, es necesario que no olvidemos que los valores de la vida eterna no permanecerían en el mundo sin representantes.

Cristo posee embajadores permanentes en sus discípulos sinceros.

Es importante considerar que en la presente afirmación de Pablo de Tarso no vemos ninguna alusión al sacerdocio presuntuoso y prepotente.

Todos los colaboradores leales de Jesús, en cualquier situación de la vida y en el lugar más lejano de la Tierra, son conocidos en la sede espiritual de los servicios divinos. Es con ellos, cooperadores dedicados y muchas veces desconocidos de los beneficiarios del mundo, que se moviliza el Maestro, cada día, extendiendo el Evangelio aplicado entre las criaturas terrestres, hasta la victoria final.

Entendiendo esta verdad, consulta tus propias tendencias, actos y pensamientos. Observa a quien sirves, porque, si ya recibiste la Buena Nueva de la Redención, es tiempo de que te conviertas en embajador de su luz.

Actuar de acuerdo

“Confiesan que conocen a Dios, pero con sus acciones lo niegan, siendo abominables y desobedientes, y reprobados para toda buena obra.”

Pablo. (TITO, 1:16.)

El Espiritismo, en su condición de Cristianismo redivivo, tiene un papel mucho más elevado que el de simple campo para nuevas investigaciones técnicas de la ciencia inestable del mundo.

En lo que se refiere a las organizaciones religiosas, la Tierra, hasta ahora, ha vivido repleta de los que confiesan la existencia de Dios, y lo niegan a través de las obras individuales.

El intercambio de los dos mundos, visible e invisible, de manera directa objetiva ese reajuste

sentimental, para que la luz divina se manifieste en las relaciones comunes de los hombres.

¿Cómo conciliar el conocimiento de Dios con el menosprecio a los semejantes?

Las antiguas escuelas religiosas, a fuerza de organizarse como agrupaciones políticas del mundo, bajo el control del sacerdocio, acabaron por estancar los impulsos de la fe en manifestaciones externas que degradan las fuerzas vivas del espíritu.

La doctrina consoladora de la supervivencia y de la comunicación entre los habitantes de la Tierra y del Infinito, con bases profundas y amplias en el Evangelio, florece entre las criaturas humanas con características de nueva revelación, para que el hombre sea, en las actividades cotidianas, real afirmación del bien que nace de la fe viva.

Tierra provechosa

“Además, cuando una tierra se embebe de las lluvias frecuentes y produce plantas útiles para los que la labran, recibe la bendición de Dios.”

Pablo. (HEBREOS, 6:7.)

Los discípulos del Cristo encontrarán siempre grandes lecciones, en contacto con el libro de la Naturaleza.

El convertido de Damasco se refiere aquí a la tierra provechosa que produce abundantemente, nutriéndose de la lluvia que cae, incesante, en su superficie, representando el envase predilecto de recepción de las bendiciones de Dios.

Transportemos el símbolo al país de los corazones.

Tan sólo aquellos espíritus atentos a los

beneficios espirituales, que emanan diariamente del cielo, son susceptibles de producir las utilidades del servicio divino, guardando las bendiciones del Señor.

No es que el Padre establezca prerrogativas injustificables. Su protección misericordiosa se extiende a todos, indistintamente, pero no todos la reciben, esto es, innumerables personas se cierran en el egoísmo y en la vanidad, envolviendo el corazón en sombras densas.

Dios da en todo momento, pero no siempre los hijos reciben, enseguida, las dádivas paternales. Sólo los corazones que se abren a la luz espiritual, que absorben el rocío divino, corresponden al ideal del Labrador Celeste.

El Altísimo es el Señor del Universo, sumo dispensador de bendiciones a todas las gentes. En el planeta terrestre, Jesús es el Sublime Cultivador. El corazón humano es la tierra.

Por tanto, nos corresponde comprender que no se labra el suelo sin rectificarlo o sin herirlo y que tan sólo la tierra tratada producirá plantas provechosas, alimentando y beneficiando en la Casa de Dios, atendiendo, de esta manera, la esperanza del horticultor.

El parálitico

“Y como no podían acercarse a Él, a causa de la multitud, destejaron la casa donde Jesús estaba y, hecha una abertura, bajaron el lecho en el que yacía el parálitico.”

(MARCOS, 2:4.)

Muchas personas confiesan su necesidad del Cristo, pero frecuentemente alegan que se enfrentan a obstáculos que les impiden la sublime aproximación.

Unos no consiguen tiempo para la meditación, otros experimentan ciertas inquietudes que les parecen interminables.

Sin embargo, para que nos consideremos cerca del Maestro, como legítimos interesados en sus beneficios inmortales, se hace imprescindible extender la capacidad, dilatar nuestros propios

recursos y marchar a su encuentro, bajo la luz de la fe viva.

Nos relata el Evangelio de Marcos, la curiosa decisión del paralítico que, localizando la casa en la que se hallaba el Señor, plenamente sitiada por la multitud, lejos de perder la oportunidad, se valió del auxilio de amigos, dejándose bajar por un hueco hecho en el tejado, para beneficiarse del contacto del Salvador, aprovechando fervorosamente la divina ocasión.

Recuerda al paralítico de Cafarnaún y, en caso de que encuentres grandes dificultades para gozar de la presencia del Cristo, por tus impedimentos de orden material, dirígete hacia lo Alto, con el amparo de tus amigos espirituales, y déjate caer a sus divinos pies, recibiendo nuevas fuerzas que te restablecerán la paz y el buen ánimo.

Gloria cristiana

“Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia.”

Pablo. (II CORINTIOS, 1:12.)

Desde las tribus salvajes, que precedieron a la organización de las familias humanas, la Tierra ha sido un gran escenario utilizado en la exhibición de las glorias pasajeras.

La competencia intensificó la búsqueda de títulos honoríficos transitorios.

Desde hace mucho tiempo, el mundo conoce las glorias sangrientas de la lucha homicida, glorias de la avaricia en los cofres de la fortuna muerta, del orgullo en los pergaminos ilustres e inútiles, de la vanidad en los falsos placeres que preceden al sepulcro; la ciencia estanca las que le corresponden, en academias aisladas; las

religiones sectarias en las pompas externas y en las expresiones del proselitismo.

En un plano donde prevalecen tantas glorias fáciles, la del cristiano es más profunda y más difícil. La victoria del seguidor de Jesús es casi siempre lo opuesto de los triunfos mundanos. Es el lado oculto. Muy pocos consiguen verlo con los ojos mortales.

Sin embargo, esa gloria es tan grande que el mundo no la proporciona, ni puede sustraerla. Es el testimonio de nuestra propia conciencia, transformada en tabernáculo del Cristo vivo.

En el instante divino de esa glorificación, se deslumbra el alma ante las perspectivas del Infinito. Es que algo extraño aconteció ahí dentro, en la cripta misteriosa del corazón: el hijo halló a su Padre en plena eternidad.

Celo propio

“Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo.”

(II JUAN, 8.)

Aunque sea imperfecta y limitada en sus expresiones, en base a la grandeza espiritual de la vida, la naturaleza física suministra un vasto depósito de lecciones, alusivas al celo propio.

A fin de que el Espíritu reciba la sagrada oportunidad de aprender en la Tierra, recibirá un cuerpo equivalente a un verdadero santuario. Los órganos y los sentidos son sus potencias; pero, semejante habitáculo no se erguiría sin las dedicaciones maternas, y, cuando la persona toma cuenta de sí, gastará gran porcentaje de tiempo en la limpieza, conservación y defensa del templo de carne en el que se manifiesta. Necesitará cui-

dar de la epidermis, de la boca, de los ojos, de las manos, de los oídos.

¿Qué sucedería si alguna parte del cuerpo fuese olvidada? Excrecencias y suciedades traerían veneno a la vida.

Si el cuadro fisiológico, pasajero y mortal, exige todo eso ¿qué dedicación no requerirá nuestro Espíritu con sus valores eternos?

Si ya recibiste alguna luz, desvélate para no perderla.

Intensificala en ti.

Con gran esfuerzo diario lava tus pensamientos, en las fuentes del Cristo; corrige tus sentimientos, renueva tus aspiraciones colocándolas en dirección a lo Más Alto.

No te estanques.

Muévete y haz el trabajo de cuidarte a ti mismo, pues hay “microbios intangibles” que pueden atacar el alma y paralizarla durante siglos.

Espinos

“Ni se vendimian uvas de las zarzas.”

Jesús. (LUCAS, 6:44.)

El cristiano es un combatiente activo.

Despertando en el campo del Señor, se le nubla la visión con la amplitud y complejidad del trabajo.

Dificultades, tropiezos, abrojos, hierbas dañinas...

Y el Evangelio, conceptuando con propiedad, elucida que no se puede vendimiar en los espinos.

¿Habría asumido Jesús la paternidad de semejante afirmación para que nos crucemos de brazos en falsa beatitud?

Si el terreno permanece absorbido por los

abrojos, el discípulo recibió innumerables herramientas del Maestro de los maestros.

Así pues, es indispensable enfrentar el servicio.

El Cristo enfrentó, cara a cara, el sacrificio por la Humanidad entera.

¿Algunos espinos serán la causa de nuestros obstáculos insuperables?

No. Si la vendimia es imposible hoy, removamos el campo endurecido. Labremos el suelo árido. Abonémoslo con sudor y lágrimas.

Siempre habrá lluvias fecundantes del Cielo o generosos manantiales de la Tierra, bendiciéndonos nuestro esfuerzo.

La Divina Providencia reside en todas partes.

No olvidemos el imperativo del trabajo y, después, en lugar de los abrojos, cosecharemos el fruto suave y dulce de la vida.

Frutos

“Así que, por sus frutos los conoceréis.”

Jesús. (MATEO, 7:20.)

El mundo actual, en sus elevadas características de inteligencia, reclama frutos para examinar las semillas de los principios.

En razón de eso, el cristiano necesita aprender con el ejemplo del buen árbol que recibe los elementos de la Providencia Divina, a través de la savia, y los convierte en utilidades para las criaturas humanas.

Conviene el esfuerzo del autoanálisis, a fin de identificar la calidad de nuestras propias acciones.

Muchas palabras sonoras simplemente dan la impresión de aquella higuera condenada.

Es indispensable que conozcamos los frutos de nuestra vida, para saber si benefician a nuestros hermanos.

La vida terrestre representa una vastísima oportunidad, llena de puertas y horizontes para acercarnos a la eterna luz.

En sus círculos puede el hombre recibir la savia de lo Alto, transformándola en frutos de naturaleza divina.

Indiscutiblemente, la actualidad reclama enseñanzas edificantes, pero él nada comprenderá sin demostraciones prácticas, pues, desde la antigüedad, considera la sabiduría que la realización más difícil del hombre, en la esfera carnal, es vivir y morir fiel al bien supremo.

Esperar en Cristo

“Si la esperanza que tenemos en el Mesías es sólo para esta vida, somos los más desgraciados de los hombres.”

(I CORINTIOS, 15:19.)

El examen del versículo da explicaciones muy claras al estudioso.

Es natural confiar en Cristo y aguardar por él, pero, ¿qué decir de la angustia del alma atormentada en el círculo de cuidados terrestres, esperando de manera egoísta que Jesús venga a satisfacer sus caprichos inmediatos?

¿Sería razonable contar con el Señor tan sólo en las expresiones pasajeras de la vida fragmentaria?

Es indispensable descubrir la grandeza del concepto de “vida”, sin confundirlo con “una vida”.

Existir no es viajar de la zona de la infancia, con escalas en la juventud, madurez y vejez, hasta el puerto de la muerte; es participar de la Creación con el sentimiento y con la razón, es ser alguien y algo en el concierto del Universo.

En la condición de encarnados, pocos asuntos confunden tanto como los de la muerte, interpretada erróneamente como si fuese el fin de aquello que no puede desaparecer.

Por tanto, es imprescindible esperar en Cristo con la noción real de la eternidad. La filosofía del inmediatismo en la Tierra, transforma a los hombres en niños.

No os prendáis a la edad del cuerpo físico, a las circunstancias y condiciones transitorias. Indagad en vuestra propia conciencia si permanecéis con Jesús. Y aguardad el futuro, amando y realizando con el bien, convencidos de que la esperanza legítima no es reposo y sí, confianza en el trabajo incesante.

Firmeza de fe

“Y los que están sobre la piedra, estos son los que, oyendo la palabra, la reciben con alegría; pero, como no tienen raíces, apenas creen por algún tiempo y, en la época de la tentación se desvían.”

Jesús. (LUCAS, 8:13)

La palabra “piedra”, entre nosotros, acostumbra simbolizar rigidez e impedimento; no obstante, conviene no olvidar que Jesús, de vez en cuando, recurría a ella dándole el significado de firmeza. En cierta ocasión, Pedro fue llamado por el Maestro, la “roca viva de la fe”.

El Evangelio de Lucas nos habla de aquellos que están sobre la piedra, los cuales recibirán la palabra con alegría, mas, que por ausencia de raíz, caen, fatalmente, en la época de las tentaciones.

No son pocos los que les extraña esa promesa de tentaciones, que, por lo demás, deben ser consideradas como experiencias imprescindibles.

En la organización doméstica, los padres cuidarán excesivamente de los hijos, mientras son pequeños, pero el exceso de ternura es inapropiado en la época en que necesitan demostrar el esfuerzo por sí mismos.

El jefe del servicio enseñará a los nuevos auxiliares con paciencia, y después exigirá con justicia el resultado de su trabajo.

Reconocemos así, por las anotaciones de Lucas, que en las experiencias religiosas no es aconsejable que alguien repose sobre la firmeza espiritual de los otros; mientras el imprevisor descansa en bases impropias, probablemente estará tranquilo, pero, si no posee raíces de seguridad en sí mismo, se desviará en las épocas difíciles, con la finalidad de procurar bases ajenas.

Todo invita al hombre al trabajo de su perfeccionamiento e iluminación.

Respetemos la firmeza de la fe, donde ella exista, pero no olvidemos la edificación de la nuestra, para la victoria estable.

Hijos y siervos

“Ahora bien, el siervo no se queda en la casa para siempre; el hijo se queda para siempre.”

Jesús. (JUAN, 8:35)

En su ejemplificación, nos enseñó Jesús cómo alcanzar la categoría de hijos de Dios.

El trabajo activo e incesante, el desprendimiento de los intereses inferiores del mundo y la perfecta sumisión a los designios divinos, constituyeron trazos fundamentales de sus lecciones en la Tierra.

Muchos hombres, notables por su bondad, por el carácter adamantino, sacerdotes dignos y creyentes sinceros, podrán ser dedicados siervos del Altísimo. Pero el Cristo nos indujo a ser algo más. Nos invitó a ser hijos, esclareciendo que esos se quedan “para siempre en casa”.

¿Y los siervos? Esos, muchas veces experimentan modificaciones. Y no siempre permanecerán al lado del Padre.

Pero, ¿acaso no es la Tierra igualmente una dependencia aunque humilde, de la casa de Dios? Ahí palpita la esencia de la lección.

El Maestro aludió a los siervos como personas susceptibles de buscar los intereses propios. Sin embargo, los hijos poseen intereses en común con el Padre. Los primeros, sirviendo a Dios y a sí mismos, porque como servidores aguardan remuneración, pueden sufrir ansiedades, aflicciones, delirios y dolores ásperos. Pero, los hijos están siempre “en la casa”, esto significa que permanecerán en paz, superiores a las más duras circunstancias, por cuanto reconocen, por encima de todo, que pertenecen a Dios.

Ídolos

“Que os abstengáis de las cosas sacrificadas a los ídolos.”

(HECHOS, 15:29.)

Las personas que frecuentan los ambientes religiosos no percibieron aún toda la extensión del concepto de idolatría.

Cuando nos referimos a ídolos, todo parece indicar exclusivamente las imágenes materializadas en los altares de piedra. Pero ese es el aspecto más sencillo del problema.

Ante todo, necesitan los hombres exterminar otros ídolos más peligrosos, que les perturban la visión y el sentimiento.

Muchas veces se demora el alma, en falsa adoración.

El versículo se refiere a las “cosas sacrifica-

das a los ídolos”, y el hombre está rodeado de cosas de la vida. Poniéndolas en acción, la criatura humana enriquece el patrimonio evolutivo. No obstante, es necesario diferenciar las que se encuentran consagradas a Dios de las sacrificadas a los ídolos.

La ambición de alcanzar los valores espirituales, de acuerdo con Jesús, se llama virtud; el propósito de lograr ventajas transitorias en el campo carnal, en el plano de la inquietud injusta, se llama insensatez.

Los “primeros lugares”, que el Maestro nos recomendó evitar, también representan ídolos. Por tanto, no consagrar las cosas de la vida y del alma al culto del inmediatez terrestre, es escapar de una burda posición de idolatría.

Así, pues, cuando te encuentres preocupado con los fracasos y disgustos, en el círculo individual, no olvides que el Cristo, aceptando la cruz, nos enseñó el recurso de eliminar la idolatría mantenida en nuestro camino por nosotros mismos.

Mientras es de día

“Conviene que yo haga las obras de Aquél que me envió, mientras es de día.”

Jesús. (JUAN, 9:4.)

Sabemos que la labor divina del Maestro es incesante y se efectúa en un día perenne y resplandeciente de oportunidades; no obstante, para que grabemos en el entendimiento el valor real del pasaje por la Tierra, nos habla Jesús de la conveniencia de aprovechar la ocasión del contacto directo con las criaturas humanas.

Si semejante actitud constituye motivo de preocupación para el Maestro, ¿qué no decir de nosotros mismos, en los círculos carnales o en las esferas inmediatas, dentro de las obligaciones que nos competen en la sagrada realización del bien eterno?

Cristo no se refiere a la necesidad de hablar de las obras de Dios, mas, sí, de construirlas en su tiempo.

No ignoramos que, siendo Él, el Enviado del Altísimo en el mundo, los discípulos de la Buena Nueva son, a su vez, los mensajeros de su amor, en los más recónditos lugares del orbe terrestre. Los que vibran con el corazón vuelto hacia el Evangelio son, efectivamente, emisarios de la Divina Lección entre los compañeros de la vida material, donde quiera que estén, y bienaventurados serán todos aquellos que aprovechen el día radiante, realizando en sí mismos y alrededor de sus pasos, las obras santificadas de Aquel que los envió.

De ese modo, jamás desdeñes la posición en la que te encuentres. Intenta valorarla, a través de todos los medios a tu alcance, a fin de que tu esfuerzo sea una fuente de bendiciones para los otros y para tu propio círculo. Nunca olvides aprovechar el tiempo en la adquisición de luz, mientras es de día.

Dádivas espirituales

“Y descendiendo del monte, Jesús les ordenó, diciendo: A nadie le contéis la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.”

(MATEO, 17:9.)

Si el hombre necesita ser muy prudente en los actos de la vida diaria, mayor vigilancia se exige de la criatura humana, en el trato con la esfera espiritual.

Es el propio Maestro Divino quien nos lo ejemplifica.

Habiendo conducido a Santiago, Pedro y Juan a las maravillosas revelaciones del Tabor, donde se transfiguró ante la mirada de los compañeros, junto a gloriosos emisarios del plano superior, recomienda solícito: *“A nadie le*

contéis la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.”

El Maestro no les dijo que mintieran, sólo les aconsejó que, por ahora, guardasen la verdad hasta una ocasión oportuna.

Cada situación reclama cierta cuota de conocimiento.

Sabía Jesús que la narración prematura de la sublime visión podría despertar incomprensiones y sarcasmos en las conversaciones vulgares y ociosas.

No olvidemos que todos nosotros estamos marchando hacia Dios, pero hay que destacar que los caminos no son los mismos para todos.

Si guardas contigo una preciosa experiencia espiritual, indudablemente podrás usarla todos los días, utilizándola en dosis apropiadas, para que auxilies a cada uno de los que te rodean, en la posición particular en la que se encuentran. Pero no hagas uso indebido de lo que la esfera más elevada te concedió, entregando la dádiva a las incomprensiones criminales, porque todo lo que se conquista del Cielo es una realización intransferible.

El origen de las tentaciones

“Pero, cada uno es tentado, cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia.”

(SANTIAGO, 1:14.)

Generalmente, al surgir grandes males, los participantes de la caída imputan a Dios la causa que determinó su desastre. Se acuerdan muy tarde de que el Padre es el Todopoderoso y alegan que la tentación sólo pudo haber venido del Divino Designio.

Sí, Dios es el Amor Absoluto y tanto es así que los decaídos se conservan de pie, contando con los eternos valores del tiempo, amparados por sus manos compasivas. Sin embargo, las tentaciones no

proceden de la Paternidad Celestial.

¿Acaso sería responsable el estadista humano por los actos irrespetuosos de cuantos inquinan la ley creada por él?

Las referencias del Apóstol están profundamente impregnadas por la luz del cielo.

“Cada uno es tentado, cuando es atraído y seducido por su propia concupiscencia”.

Examinemos particularmente ambos sustantivos “tentación” y “concupiscencia”. El primero exterioriza al segundo, que constituye el fondo viciado y perverso de la naturaleza humana primitiva. Ser tentado es oír nuestra propia malicia, es abrigar los propósitos inferiores de nosotros mismos, pues, aunque el mal venga del exterior, sólo se concreta y persevera si, en la intimidad del corazón, sentimos afinidad hacia él.

Finalmente, destaquemos el verbo “atraer”. Verificaremos la extensión de nuestra inferioridad por la naturaleza de las cosas y situaciones que nos atraen.

La observación de Santiago es un derrotero seguro para que analicemos el origen de las tentaciones.

Recuerda que cada día tiene situaciones magnéticas específicas. Considera la esencia de todo lo que te atrajo en el curso de las horas y eliminarás

tus propios males, atendiendo al bien que Jesús desea.

130

Tristeza

“Porque la tristeza según Dios produce arrepentimiento para la salvación, la cual no trae pesar; mas la tristeza del mundo genera la muerte.”

Pablo. (II CORINTIOS, 7:10.)

Conforme observamos en la advertencia de Pablo, hay “una tristeza según Dios” y otra “según la Tierra”. La primera soluciona problemas relativos a la vida verdadera, la segunda es un camino hacia la muerte, como símbolo de estagnación, en el desvío de los sentimientos.

Mucha gente considera virtudes la lamentación incesante y el tedio continuado. Encontramos a los tristes por la carencia del dinero ade-

cuado para los excesos; vemos a los torturados que se lastiman por la imposibilidad de practicar el mal; oímos a los viciosos en la queja enfermiza, incapaces del placer de servir, sin aguijones. Esa es la tristeza del mundo que prende el Espíritu a la tela de reencarnaciones correctivas y peligrosas.

Pocos hombres se impregnan de la “tristeza según Dios”. Muy pocos se contemplan a sí mismos, considerando la extensión de sus errores, en marcha hacia la restauración de la vida, en el presente y en el porvenir. Quien avanza por ese camino redentor, si llora jamás alcanza el plano del sollozo enfermizo y de la inutilidad, porque sabe reajustarse, valiéndose del tiempo, a golpes benditos de esfuerzo para las nuevas creaciones

del destino.

131

Hombres y ángeles

“Mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en poder, no pronuncian contra ellos juicio blasfemo delante del Señor.”

(II PEDRO, 2:11.)

Es lamentable observar el gran número de personas que siempre está dispuesto a proferir sentencias blasfematorias, unos contra otros. La ligereza domina sus conversaciones, la mezquindad les corrompe las actividades en los más diversos sectores de la vida.

A excepción de los sinceros cultivadores de la luz religiosa, casi todos los hombres se conservan a la puerta de situaciones ásperas en las que el esfuerzo difamatorio les envenena la vida. Alimentan antipatías hacia sus colegas de

actividad profesional, con el prójimo que no les acepta las ideas, hacia los compañeros que no sienten afinidad por sus principios. Y como la ley es de compensación e intercambio, recibirán de los colegas y de los vecinos las mismas vibraciones destructoras.

En ese sentido, las guerras silenciosas tienen, a veces, secular duración.

No obstante, el hombre jactancioso está siempre rodeado por la acción benéfica de Espíritus iluminados y generosos, que, cuanto más revestidos de poder divino, más se compadecen de las fragilidades humanas, extendiéndoles manos acogedoras en el camino y jamás pronunciando juicios condenatorios delante del Señor.

Toda vez que fueres compelido a analizar los esfuerzos ajenos, recuerda la palabra de Pedro. No te olvides que las entidades angélicas, manantiales vivos de fuerza y poder, nunca enuncian sentencias acusatorias contra ti, delante de Dios.

Siempre adelante

“Pues cuando uno se deja vencer por algo, queda hecho su esclavo.”

(II PEDRO, 2:19.)

El Espíritu encarnado, a fin de alcanzar los elevados objetivos de la vida, precisa reconocer su condición de aprendiz, extrayendo el provecho de cada experiencia, sin esclavizarse.

El dinero o la necesidad material, la enfermedad y la salud del cuerpo son condiciones educativas de inmenso valor para los que sepan aprovechar la oportunidad de elevación en su esencia legítima.

Pero, desgraciadamente, de manera general, la criatura humana tan sólo reconoce semejantes verdades cuando se acerca a la transformación por la muerte del cuerpo terrestre.

Pocas personas transitan de una situación a otra con la debida dignidad. Generalmente, si un rico es transferido para un lugar de escasez, se da a tan extremas lamentaciones que acaba vencido, como siervo miserable de la mendicidad; si el pobre es conducido a una elevada posición financiera, generalmente se transforma en prepotente, esclavizándose a la extravagancia y a la tiranía.

Es imprescindible tener mucho cuidado para que las posiciones transitorias no paralicen los vuelos del alma.

Guarda la rectitud de conciencia y lánzate al trabajo edificante. Entonces, a tus ojos, toda situación representará la oportunidad de alcanzar lo “más elevado” y lo que está “más allá”.

Hegemonía de Jesús

“Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que, antes que Abraham existiese, yo soy.”

(JUAN, 8:58.)

Es imposible localizar al Cristo en la Historia, como a cualquier personalidad humana.

La revelación divina de la que fue Emisario Excelso y el armonioso conjunto de sus ejemplos y enseñanzas, hablan más alto que el mensaje inestable de los más elevados filósofos que visitaron el mundo.

Antes de Abraham, o precediendo a los grandes personajes de la sabiduría y del amor en la Historia mundial, el Cristo ya era el luminoso centro de las realizaciones humanas. De su misericordia partieron los misioneros de la luz que,

lanzados al movimiento de la evolución terrestre, cumplieron, más o menos bien, la tarea redentora que les competía entre las criaturas humanas, antecediendo a las eternas edificaciones del Evangelio.

La localización histórica de Jesús recuerda la presencia personal del Señor de la Viña. El Enviado de Dios, el Tutor Amoroso y Sabio, vino a abrir caminos nuevos y a establecer la lucha salvadora para que los hombres reconozcan la condición de eternidad que les es propia.

Los filósofos y amigos ilustres de la Humanidad, hablaron a las gentes, revelando en sí mismos una luz refractada, como la del satélite que ilumina las noches terrenas. Las llamadas de esos embajadores dignos y esclarecidos son hermosas y edificantes. Sin embargo, nunca se sustraen a la mezcla de sombras.

Pero, la venida del Cristo es diferente. En su Presencia Divina tenemos la fuente de la verdad positiva, el sol que resplandece.

Basta poco

“Le dijo Judas: Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?”

(JUAN, 14:22.)

Uno de los hechos más sorprendentes del Cristianismo es la posición escogida por el Salvador, a fin de anunciar las verdades eternas.

No aparece Jesús en decretos sensacionales, en trofeos revolucionarios o en situaciones dominantes. Llega en paz al sencillo pesebre, ejemplifica el trabajo, conversa con algunos hombres sencillos de una pequeña aldea y, sólo con eso, prepara la transformación de la Humanidad entera.

Sin embargo, para el mundo inferior, la pregunta de Judas sigue siendo de plena actualidad.

La gente vulgar sólo entiende a los que se imponen a los demás, aunque para eso sean obligadas a oír sentencias tiránicas, proferidas en tribunas sanguinolentas; apenas comprenden espectáculos que hieren la visión y gestos teatrales de los que dominan por un día, para sufrir mañana el mismo proceso transformador, impuesto al mundo transitorio al cual se dirigen.

Sin embargo, Jesús habló al alma inmortal. Por ese motivo, sus revelaciones nunca mueren. Aparte de eso, probó que no es necesaria la evidencia social o económica para el servicio de utilidad a Dios, demostrando también que no es indispensable para eso la ciudad, con sus partidarios y recursos fastuosos. Bastarán los principios sencillos y edificantes, una pequeña aldea y algunos pocos amigos.

El portador de la buena voluntad sabe que fue ese el material con el que el Cristo inició la remodelación de la vida terrestre.

El oro intransferible

Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro probado en el fuego, para que te enriquezcas.”

(APOCALIPSIS, 3:18.)

Siempre son vulgares las adquisiciones de costo fácil.

Para el hombre común no es nada difícil perseguir posibilidades financieras, atraer intereses mezquinos, inventar mil recursos para alcanzar los fines inferiores. Empero, los que adoptan semejante norma desconocen el carácter sagrado del más humilde patrimonio que les llega a las manos, abusando de la posesión para sentirse después más empobrecidos que nunca.

La recomendación divina es suficientemente clara.

Para que un hombre se enriquezca, debe adquirir el oro probado en el fuego, fortuna esa que procede de las manos generosas del Altísimo.

Tan sólo esa riqueza espiritual, adquirida en las situaciones de trabajo arduo, de profunda comprensión, de victoria sobre sí mismo, de esfuerzo incesante, conferirá al Espíritu la posición de ascendencia legítima, de bienestar permanente, más allá de las transformaciones impuestas por el sepulcro, y sólo llevará a efecto tan elevada conquista después de entregarse totalmente al Padre para la grandeza del Servicio Divino.

Sin duda, el hombre movilizado por el hombre podrá recibir voluminosos salarios. Pero, con-vengamos que esos bienes siempre se transfor-man o algún día serán transferidos a otro por el poseedor provisional. No obstante, cuando el tra-bajador utiliza sus posibilidades en los trabajos del bien, con olvido del egoísmo, desinteresado de sí mismo, colocando por encima de los capri-chos de la personalidad los objetivos de la Obra de Dios, luchando, amando, sufriendo y entre-gándose a Él, adquiere indiscutiblemente, el oro eterno e intransferible.

Cosas terrenales y celestiales

“Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijese las celestiales?”

Jesús. (JUAN, 3:12.)

En el intercambio con el mundo espiritual, es frecuente la reclamación de ciertos estudiosos, en relación a la ausencia de informaciones de las entidades comunicantes, en lo que se refiere a las particularidades alusivas a las actividades en las que se ocupan.

¿Por qué no son más explícitos los desencarnados en cuanto al tipo de vida al que fueron llamados? ¿Cómo serán sus ciudades, sus casas, sus procesos de relaciones comunes? ¿A través de qué medios se organizan jerárquicamente? ¿Tendrán gobiernos en los moldes terrestres?

Preguntan otros, sobre las razones por las cuales los científicos liberados del plano físico no regresan a los antiguos centros de estudio y realizaciones, divulgando métodos de curación para las llamadas enfermedades incurables o revelando invenciones nuevas que aceleren el progreso mundial.

Son esos los apresurados argumentos de la pereza humana.

Si los Espíritus comunicantes han tratado de poco más de lo que existe alrededor de las propias criaturas terrenales, en un curso metódico de introducción a las tareas más elevadas y aún no pudieron ser integralmente oídos, ¿qué sucedería si olvidasen ciertos compromisos graves y se diesen al gusto de ofrecer determinados comentarios prematuros?

Es necesario que el hombre comprenda que Dios concede los auxilios; pero, cada Espíritu está obligado a tallar su propia gloria.

La gran tarea del mundo espiritual, en su mecanismo de relaciones con los hombres encarnados, no es la de traer conocimientos sensoriales y extemporáneos, sino la de enseñar a los hombres a leer las señales divinas que la vida terrestre contiene en sí misma, iluminándoles el camino hacia la espiritualidad superior.

El banquete de los publicanos

“Y los fariseos, viendo esto, dijeron a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?”

(MATEO, 9:11.)

De manera general, la comunidad cristiana, en sus diversos sectores, aún no ha percibido toda la significación del banquete del Maestro, entre publicanos y pecadores.

No sólo la última cena con los discípulos más íntimos se revistió de singular importancia. En esa reunión de Jerusalén, ocurrida en la Pascua, nos revela Jesús el carácter sublime de sus relaciones con los amigos de apostolado. Se trata de un ágape íntimo y familiar, solemnizando una despedida afectuosa y una divina lección al mismo tiempo.

No obstante, es necesario recordar que el Maestro atendía a ese círculo en último lugar, pues ya se había banquetado cariñosamente con los publicanos y pecadores. Compartía la cena con los discípulos, en un día de elevada vibración religiosa, mas comulgaba el júbilo de aquellos que vivían a distancia de la fe, reuniéndolos, generoso, y confiriéndoles los mismos bienes nacidos de su amor.

El banquete de los publicanos tiene especial significación en la historia del Cristianismo. Demuestra que el Señor abraza a todos los que deseen la excelencia de su alimentación espiritual en los trabajos de su viña, y que no sólo en las ocasiones de fe permanece presente entre los que lo aman; en cualquier tiempo y situación, está dispuesto a atender a las almas que lo buscan.

El banquete de los pecadores fue ofrecido antes que la cena con los discípulos. Y no nos olvidemos de que la mesa divina prosigue en sublime servicio. Resta a los comensales el aprovechamiento de la concesión.

Pretensiones

“Yo planté, Apolo regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios.”

Pablo. (I CORINTIOS, 3:6.)

La iglesia de Corinto estaba llena de disputas de los discípulos inquietos.

Ciertos componentes de la institución imprimían mayor valor a los esfuerzos de Pablo, mientras otros conferían privilegios de edificación a Apolo.

El abogado de los gentiles fue divinamente inspirado, comentando el asunto en su carta.

¿Por qué fomentar pretensiones individuales en una obra de la cual somos todos beneficiarios del mismo Señor?

En la actualidad, es loable el examen de la

recomendación de Pablo a los corintios, pues ya no son los usufructuarios de la organización cristiana los que se alegran por la recepción de las bendiciones del Evangelio a través de ese o de aquel trabajador del Cristo, sino los operarios de la causa que, a veces, llegan al campo de servicio exhibiéndose, presumiendo de esa o de aquella obra de bien.

La certeza de que “toda buena dádiva viene de Dios” constituye un excelente ejercicio para los trabajos comunes.

Es interesante observar cómo está siempre dispuesto el hombre a apropiarse de circunstancias que lo eleven a la vista de los otros con facilidad. Siempre inclinado a destacarse en los círculos del bien que aún no le pertenecen de modo sustancial, rara vez asume la paternidad de los errores que comete. Esa es una de las singulares contradicciones de la criatura humana.

No te olvides. El servicio es de todos. Unos plantan, otros abonan. Vive contento en el sector de trabajo confiado a tus manos o a tu inteligencia y sirve sin pretensiones, porque el hombre prepara la tierra y organiza la siembra, por misericordia de la Providencia, pero es Dios quien pone las flores en las frondas y concede los frutos, según el merecimiento.

Por amor

“Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón.

Para que no vean con los ojos y comprendan con el corazón. Y se conviertan, y yo los sane.”

(JUAN, 12:40.)

Los planes más humildes de la Naturaleza revelan a la Providencia Divina, en soberana expresión de desvelo y amor.

Los lirios no tejen, las aves no guardan provisiones y una misteriosa fuerza les suministra lo necesario.

La observación sobre la vida de los animales demuestra los extremos de ternura con que el Padre vela por la Creación desde el principio: aquí, un ala; allá, un diente de más; allí, un desconocido poder de defensa.

Se afirma la gran revelación de amor en todo.

No obstante, cuando el Padre convoca a los hijos a la cooperación en sus obras, he aquí que muchas veces se destacan los ingratos, que convierten los favores recibidos, no en deberes nobles y constructivos, sino en nuevas exigencias; entonces, se hace necesario que el corazón se les endurezca cada vez más, porque fuera del equilibrio, encontrarán el sufrimiento en la restauración indispensable de las leyes externas de ese mismo amor divino. Cuando nada ven más allá de los aspectos materiales del paisaje transitorio, sobreviene, inopinadamente, la lucha depuradora.

Es cuando Jesús llega y opera la curación.

Sólo entonces vuelve el ingrato a la comprensión de la Magnanimidad Divina.

El amor equilibra, el dolor restaura. Es por eso que oímos muchas veces: “Nunca hubiera creído en Dios si no hubiese sufrido.”

Hacia las montañas

“Entonces, los que estén en Judea, huyan hacia las montañas.”

Jesús. (MATEO, 24:16.)

Refiriéndose a los dolorosos instantes que señalarían la renovación planetaria, aconsejó el Maestro a los que estuviesen en Judea que buscasen las montañas. La advertencia es profunda, porque por el término “Judea”, debemos tomar la “región espiritual” de cuantos, por las aspiraciones íntimas, se aproximen al Maestro para la suprema iluminación.

Y la actualidad de la Tierra es de los mayores ejemplos en ese género. En todos los lugares se establecen luchas y ruinas. Venenos mortíferos son inoculados por la política inconsciente en las masas populares. La cuesta está repleta de tre-

mendos nubarrones. Los lugares santos permanecen llenos de sombras abominables. Algunos hombres caminan bajo la siniestra claridad de los incendios. Se abonan los campos con sangre y lágrimas, para la siembra del porvenir.

Ha llegado el momento de que se retiren los que permanecen en Judea hacia las “montañas” de las ideas superiores. Es indispensable que el discípulo del bien se mantenga en las alturas espirituales, sin abandonar la cooperación elevada que el Señor ejemplificó en la Tierra; que consolide ahí su posición de colaborador fiel, invencible en la paz y en la esperanza, convencido de que, después del paso de los hombres por la perturbación, portando destrozos y lágrimas, son los hijos del trabajo quienes siembran de nuevo la alegría, y reconstruyen el edificio de la vida.

Peor para ellos

“Entonces comenzó a decirles: Hoy se cumplió esta Escritura en vuestros oídos.”

(LUCAS, 4:21.)

Tomando el lugar asignado junto a los habitantes de Nazaret, exclamó Jesús, después de leer algunas promesas de Isaías: “Hoy se cumplió esta Escritura en vuestros oídos.”

Casi siempre, las agrupaciones religiosas son buscadas por investigadores curiosos que, a primera vista, parecen vagabundos itinerantes. Sin embargo, es forzoso reconocer que hay siempre ascendientes espirituales que inducen al espíritu al examen y a la consulta; ellos mismos no sabrían definir esa convocatoria sutil y silenciosa que los obliga a oír, a veces, largas conferencias, extensas charlas, exposiciones y

elucidaciones que, aparentemente, no les interesan.

En varias circunstancias, afirman tolerar el asunto, en vista del código de gentileza y de respeto mutuo; pero, no es así. Existe algo más fuerte, aparte de las buenas maneras que los compelen a oír. Es que sonó el momento de la revelación espiritual para ellos.

Muchos continúan indiferentes, irónicos, recalcitrantes, pero la responsabilidad del conocimiento ya le pesa en los hombros y, si pudiesen sentir la verdad con mayor claridad, acogerían la cariñosa amonestación del Maestro en lo más íntimo del alma: *“Hoy se cumplió esta Escritura en vuestros oídos.”*

La misericordia fue dispensada. Jesús compartió su bondad infinita. Se cumplió la divina palabra. Si los interesados no se beneficiaron con ella, peor para ellos.

Un solo señor

“Ningún siervo puede servir a dos señores.”

Jesús. (LUCAS, 16:13.)

Si los cristianos de todos los tiempos encontraron dolorosas situaciones de perplejidad en los caminos del mundo, es porque, después de los apóstoles y de los mártires, la mayoría ha cooperado en la divulgación de falsos sentimientos, con respecto al Señor al que deben servir.

Como el Reino del Cristo todavía no es de la Tierra, no se puede satisfacer a Jesús y al mundo, a un mismo tiempo. El vicio y el deber no se alían en la marcha diaria.

¿Qué decir de un hombre que pretenda dirigir dos centros de actividad antagónica, en esfuerzo simultáneo?

Cristo es la línea central de nuestras cogitaciones.

Después de Dios, y con derechos inalienables, él es el único Señor para los hijos de la Tierra, porque es nuestra luz desde el primer día evolutivo y con los sacrificios de su amor nos adquirió para la redención.

Somos siervos de Él. Necesitamos atender con humildad a sus intereses sublimes. Y, para eso, es necesario no huir del mundo, ni de las responsabilidades que nos rodean, mas, sí, transformar la parte de servicio confiada a nuestro esfuerzo, en los círculos de lucha, en la célula de trabajo del Cristo.

Por lo tanto, la tarea primordial del discípulo es comprender el carácter transitorio de la existencia carnal, consagrarse al Maestro como centro de la vida y ofrecer a los semejantes sus divinos beneficios.

Legión del mal

“Y le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? – A lo que él respondió: Legión es mi nombre, porque somos muchos.”

(MARCOS, 5:9.)

El Maestro legó una inolvidable lección a los discípulos en este pasaje de los Evangelios.

Dispensador del bien y de la paz, se aproxima Jesús al Espíritu perverso que lo recibe desesperado.

El Cristo no se impacienta y cariñosamente le indaga su nombre, respondiéndole el interpe-lado: “Me llamo Legión, porque somos muchos.”

Los aprendices que lo seguían no supieron interpretar la escena, en todo su simbolismo.

Y hasta hoy se preguntan por el contenido del hecho con justificable extrañeza.

Es que el Señor deseaba transmitir una inmortal enseñanza a los compañeros de tarea redentora.

Frente al Espíritu delincuente y perturbado, Él era apenas uno; sin embargo, el interlocutor se denominaba “Legión”, pues representaba a una mayoría abrumadora, personificaba a la vastísima masa de las intenciones inferiores y criminales. Revelaba el Maestro que, por tiempo indeterminado, el bien estaría en proporción diminuta comparado al mal en aludes arrasadores.

Si te encuentras, pues, al servicio del Cristo en la Tierra, no te olvides de perseverar en el bien, en cada momento de la vida, convencido de que el mal se hace sentir a tu alrededor, a la manera de una legión amenazadora, exigiendo profunda serenidad y gran confianza en el Cristo, con trabajo y vigilancia, hasta la victoria final.

¿Qué tenemos con el Cristo?

¡Ah! ¿Qué tenemos contigo, Jesús Nazareno?

¿Vienes a destruirnos?

Bien sé quién eres: el Santo de Dios.”

(MARCOS, 1:24.)

Es un gran error suponer que el Divino Maestro terminó su servicio activo en el Calvario.

Jesús continúa caminando en todas las direcciones del mundo; su Evangelio redentor va triunfando, palmo a palmo, en el ámbito de los corazones.

Debemos recordar esta circunstancia porque también los Espíritus maléficos intentan repeler al Señor diariamente.

El Evangelista se refiere a entidades perversas.

sas que se enseñoreaban del cuerpo de la gente. No obstante, esas inteligencias infernales prosiguen dominando vastos organismos en el mundo.

En la edificación de la política, erguida para mantener los principios de orden divino, surgen bajo los nombres de discordia y tiranía; en el comercio, formado para establecer la fraternidad, aparecen con los apellidos de ambición y egoísmo; en la religiones y en las ciencias, organizaciones sagradas del progreso universal, acuden con las denominaciones de orgullo, vanidad, dogmatismo e intolerancia sectaria.

No sólo el cuerpo de la criatura humana padece la obsesión de Espíritus perversos. Las agrupaciones e instituciones de los hombres la sufren mucho más.

Y cuando Jesús se aproxima, a través del Evangelio, personas y organizaciones indagan con prisa: “¿Qué tenemos con el Cristo?, ¿qué tenemos que ver con la vida espiritual?”

Es preciso permanecer vigilantes frente a tales sutilezas, porque el adversario va penetrando, también, en los círculos del Espiritismo evangélico, disfrazado con las túnicas brillantes de la falsa ciencia.

Adoctrinaciones

“Pero no os alegréis porque los espíritus se os sujeten; alegraos, antes, por estar vuestros nombres escritos en los cielos.”

Jesús. (LUCAS, 10:20.)

Frecuentemente encontramos nuevos discípulos del Evangelio, exultantes de júbilo, porque los Espíritus perturbados les obedecen.

Narran con alegría los resultados de sesiones conmovedoras, en las cuales adoctrinaron, con éxito, a entidades muchas veces ignorantes y perversas.

Muchos se pierden en la maraña de esos desdoblamientos y buscan multiplicar los llamados “trabajos prácticos”, sedientos por orientar, en contactos más directos, a los amigos incons-

cientes o infelices de los planos inmediatos a la esfera carnal.

Recomendó Jesús el remedio adecuado para situaciones semejantes, en las que los aprendices, casi siempre interesados en enseñar a los otros, se olvidan poco a poco, de aprender en provecho propio.

Que los adoctrinadores sinceros se llenen de júbilo, no por someter a determinados espíritus desesperados, convencidos de que en tales circunstancias el bien es administrado, no propiamente por ellos, en su condición humana, sino por emisarios de Jesús, caritativos y solícitos, que los utilizan como canales para la Misericordia Divina; que ese regocijo nazca de la oportunidad de servir al bien, con la conciencia en sintonía con el Maestro Divino, entre las dulces certezas de la fe, sólidamente guardada en el corazón.

La palabra del Maestro a los compañeros es muy expresiva y puede beneficiar ampliamente a los discípulos inquietos de hoy.

En la relación con lo invisible

“Y habiéndolos llamado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?”

(MARCOS, 3:23.)

Este pasaje del Evangelio es muy esclarecedor para los compañeros de la actualidad que, en las tareas del Espiritismo cristiano, se esfuerzan por auxiliar a desencarnados infelices a equilibrarse en el camino redentor.

Que nadie espere tener éxito inmediato, al procurar amparar a los que se perdieron en la desorientación.

Es imposible dispensar la colaboración del tiempo para que se esclarezcan los personajes de

las tragedias humanas y, según sabemos, ni siquiera los Apóstoles consiguieron enseguida, convencer a las entidades perturbadas, en cuanto a la realidad de su peligrosa situación. Sin embargo, sin actitudes esterilizantes, mucho puede hacer el discípulo en el campo de las actividades de iluminación. En la actualidad, compañeros consagrados al servicio sufren aún la persecución de los adversarios de la luz, que les atribuyen un sombrío pacto con los poderes perversos. El sectarismo religioso los denomina secuaces de Satanás, imponiéndoles torturas y humillaciones.

No obstante, las mismas abjuraciones y recriminaciones inmerecidas fueron lanzadas al Maestro Divino por el sacerdocio organizado de su tiempo. Atendiendo a los enfermos y obsesos entregados a destructivas fuerzas de la sombra, recibió Jesús el título de hechicero, hijo de Belcebú. Esto constituye un recuerdo significativo que, naturalmente, infundirá mucho consuelo a los nuevos discípulos.

Un desafío

“¿Y ahora por qué te detienes?”

(HECHOS, 22:16.)

Relatando a la multitud su inolvidable experiencia a las puertas de Damasco, el Apóstol de los gentiles cuenta que, debido a la perplejidad que le invadió, le preguntó Ananías, en fraterna advertencia: *“¿Y ahora por qué te detienes?”*

La cuestión merece ser meditada por todos los que ya recibieron invitaciones, llamadas, dádivas o socorros del plano espiritual.

Innumerables beneficiarios del Evangelio se prenden a toda clase de obstáculos en la nebulosa provincia de la queja.

Si son agraciados por la luz de la fe, lamentan

no haber conocido la verdad en la juventud o en los días de abundancia; con todo, en la edad madura o en la dificultad material, sustentan las mismas tendencias inferiores que marcaban sus actitudes en los círculos de la ignorancia.

En las palabras, exteriorizan siempre una buena voluntad muy grande; pero, cuando son llamados al servicio activo, se quejan inmediatamente de falta de dinero, de salud, de tiempo, de fuerzas.

Son operarios contradictorios que, al tiempo del equilibrio orgánico, exigen reposo y, en la época de enfermedad corporal, alegan nostalgia del servicio.

Es indispensable combatir esas expresiones destructivas de la personalidad.

En cualquier posición y en cualquier tiempo, estamos rodeados por las posibilidades del servicio activo con el Salvador. Y, para todos nosotros, que recibimos las dádivas divinas, de mil modos diferentes, fue pronunciado el sublime desafío: *“¿Y ahora por qué te detienes?”*

Cuidado de sí

“Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persevera en estas cosas; porque, haciendo esto, te salvarás, tanto a ti mismo como a los que te oyen.”

Pablo. (I TIMOTEO, 4:16.)

En todas partes existen pelotones del ejército de los pesimistas, con los brazos cruzados y en desaliento.

No comprenden el trabajo y la confianza, la serenidad y la fe viva, y acostumbran a adoptar frases de gran efecto, condenando a situaciones y a personas.

A veces, esos soldados negativos son personas que asumieron la responsabilidad de orientar.

Pero, a pesar de la importancia de sus atribuciones, permanecen engañados.

Efectivamente, las dificultades terrestres son enormes y sus obstáculos reclaman gran esfuerzo de las almas nobles en tránsito por el planeta, pero es imprescindible que cada discípulo no pierda el cuidado de sí. Es indispensable vigilar el campo interno, valorar las disciplinas y aceptarlas, al igual que examinar las necesidades del corazón. Ese procedimiento conduce al espíritu a horizontes más vastos, efectuando una inmensa amplitud de comprensión, dentro de la cual abrigamos, en lo íntimo, un santo respeto por todos los círculos evolutivos, dilatando, así, el patrimonio de la esperanza constructiva y del optimismo renovador.

Tener cuidado consigo mismo es trabajar en la salvación propia y en la redención ajena. Ese es el camino lógico para la adquisición de valores eternos.

El aprendiz debe evitar circunscribirse a los excesos teóricos; sustraerse de las edificaciones del servicio, es descansar en las márgenes del trabajo, situándose, poco a poco, en el terreno de la crítica satánica, lo que no fue objeto de su atención y de su experiencia.

Propiedad

“Y el joven, al oír aquello, se fue triste, porque tenía muchas propiedades.”

(MATEO, 19:22.)

El instinto de propiedad ha provocado grandes revoluciones, ensangrentado pueblos. En las más diversas regiones del planeta respiran hombres inquietos por la posesión material, celosos de sus expresiones temporales, y dispuestos a morir en su defensa.

Eso demuestra que el hombre no ha aprendido aún a poseer.

Con esa argumentación, no deseamos inducir a la gente a olvidar a la hormiga previsora, adoptando como modelo la cigarra descuidada. Apenas invitamos a quien nos lee, a examinar la precariedad de las posesiones efímeras.

Cada conquista terrena debería ser aprovechada por el alma, como fuerza de elevación.

El hombre ganará impulso santificante, comprendiendo que verdaderamente sólo posee aquello que se encuentra dentro de él, en el contenido espiritual de su vida. Todo lo que se relaciona con lo exterior –como: personas, paisajes y bienes transitorios– pertenece a Dios, que los concederá de acuerdo con sus méritos.

Esa realidad sentida y vivida constituye una brillante luz en el camino, enseñando al discípulo la sublime ley del uso, para que la propiedad no represente fuente de inquietudes y tristeza, como le aconteció al joven de las enseñanzas de Jesús.

Aguijones

“Duro es para ti recalitrar contra el aguijón.”

Jesús. (HECHOS, 9:5.)

El camino evolutivo siempre está repleto de agujones.

De otro modo, no veríamos la puerta redentora.

Dios se entrega a los hijos de la Creación entera, reparte con todos los tesoros de su amor infinito, los estimula a través de mil modos diferentes para que se eleven. No obstante, existen numerosos círculos como la Tierra, en los que las personas no se dan cuenta de esas gloriosas realidades y paralizan la marcha, durmiendo en el lecho de la ilusión.

Ante tal inercia, los mensajeros de la Provi-

dencia, a los que se confió la tarea de iluminar a los que se estacionan en la sombra, promueven recursos para que se verifique el despertar.

Conscientes de que Dios todo lo da – la vida, los caminos, los bienes infinitos, los genios inspiradores, y sólo pide a las criaturas humanas que se dirijan a sus brazos paternales –, esos divinos emisarios organizan los aguijones, por amor a sus tutelados.

En ese programa, creó Jesús las más nobles incitaciones, para la esfera terrestre. La riqueza y la pobreza, la fealdad y la hermosura, el sufrimiento y la lucha son aguijones u oportunidades instituidas por Cristo, a beneficio de los hombres.

Cada existencia y cada persona tienen sus dificultades particulares, simbolizando unas oportunidades benditas.

Analiza tu vida, sitúa tus aguijones y no te vuelvas contra ellos.

Si un espíritu de la grandeza de Pablo de Tarso no podía recalcitrar, imagina lo que se pedirá de nuestro esfuerzo.

Juventud

*“Huye también de las pasiones juveniles,
y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con
los que de corazón limpio invocan al Señor.”*

Pablo. (II TIMOTEO, 2:22.)

Casi siempre los que se dirigen a la juventud, le atribuyen tan grandes poderes que los adolescentes terminan en franca desorientación, engañados y distraídos. Se acostumbra esperar de ellos la salvaguarda de todo.

Concordamos con sus vastas posibilidades, pero no podemos olvidar que esa fase de la existencia terrestre es en la que se presenta la mayor necesidad de ser dirigidos y orientados.

El muchacho podrá y hará mucho si el espíritu envejecido en la experiencia no lo desampara en el trabajo. Nada nuevo conseguirá erigir,

en caso de que no se valga de los esfuerzos que le precedieron las actividades. En todo dependerá de sus antecesores.

La juventud puede ser comparada con la esperanzadora salida de un barco para un viaje importante. La infancia fue la preparación, la vejez será la llegada al puerto. Todas las fases requieren las lecciones de los marineros, aprendiéndose a organizar y a terminar el viaje con el éxito deseable.

Es indispensable amparar convenientemente la mentalidad juvenil y que nadie le ofrezca perspectivas de dominio ilusorio.

No siempre los deseos de los más mozos constituyen el índice de seguridad en el futuro.

La juventud podrá hacer mucho, pero que siga en todo, “la justicia, la fe, el amor y la paz con los que, de corazón puro, invocan al Señor”.

La ciencia y el amor

“La ciencia envanece, pero el amor edifica.”

Pablo. (I CORINTIOS, 8:1.)

La ciencia puede estar llena de poder, pero sólo el amor beneficia. La ciencia, en todas las épocas, consiguió innumerables expresiones evolutivas. La vemos en el mundo, exhibiendo realizaciones que parecían casi inalcanzables. Máquinas enormes cruzan los aires y el fondo de los océanos. La palabra es transmitida, sin hilos, a largas distancias. A nivel mundial la prensa difunde investigaciones. Pero, a esa misma ciencia poco le importa que el hombre use sus frutos para bien o para mal. No comprende el desinterés, ni las finalidades santas.

Sin embargo, el amor se aproxima a sus la-

bores y las rectifica, confiriéndoles la conciencia del bien. Enseña que cada máquina debe servir como utilidad divina, en el camino de los hombres hacia Dios, que sólo se debería transmitir la palabra edificante como dádiva del Altísimo, que apenas sería justa la publicación de los razonamientos elevados para el esfuerzo redentor de las criaturas humanas.

Si la ciencia descubre explosivos, el amor esclarece en cuanto a la utilización de ellos en la apertura de vías que unan a los pueblos; si la primera confecciona un libro, enseña el segundo cómo grabar la verdad consoladora. La ciencia puede concretar muchas obras útiles, pero sólo el amor instituye las obras más elevadas. No dudamos de que la primera, bien interpretada, pueda dotar al hombre de un corazón valiente; entretanto el segundo puede dar un corazón iluminado.

El mundo permanece en oscuridad y sufrimiento, porque la ciencia fue asalariada por el odio, que aniquila y pervierte, y sólo alcanzará el puerto de seguridad cuando se rinda plenamente al amor de Jesucristo.

Pases

*“Y le rogaba con insistencia, diciendo:
Mi hija está agonizando; ven e imponle
las manos para que se salve y viva.”*

(MARCOS, 5:23.)

Jesús imponía las manos a los enfermos y les trasmitía los bienes de la salud. Su amoroso poder conocía los menores desequilibrios de la Naturaleza y los recursos para restaurar la armonía indispensable.

Ningún acto del Divino Maestro está destituido de significación. Reconociendo esa verdad, los apóstoles pasaron a imponer las manos fraternas en nombre del Señor y se tornaron instrumentos de la Divina Misericordia.

Actualmente, en el Cristianismo redivivo, tenemos de nuevo el movimiento socorrista del

plano invisible, a través de la imposición de las manos. Los pases, como transfusiones de fuerzas psíquicas, en que preciosas energías espirituales fluyen de los mensajeros del Cristo para los donadores y beneficiarios, representan la continuidad del esfuerzo del Maestro para atenuar los sufrimientos del mundo.

Sería una audacia por parte de los discípulos nuevos, la expectativa de lograr resultados tan sublimes como los obtenidos por Jesús junto a los paralíticos, perturbados y agonizantes.

El Maestro sabe, mientras nosotros estamos aprendiendo a conocer. Pero, es necesario no despreciar la lección, continuando, por nuestra parte, la obra de amor, a través de las manos fraternas.

Donde exista sincera actitud mental del bien, puede extenderse el servicio providencial de Jesús.

No importa la fórmula exterior. Nos corresponde reconocer que el bien puede y debe ser suministrado en su nombre.

Renunciar

“Y cualquiera que haya dejado casas, hermanos, hermanas, padre, madre, mujer, hijos o tierras, por amor a mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna.”

(MATEO, 19:29.)

En este versículo del Evangelio de Mateo, el Maestro Divino nos induce al deber de renunciar a los bienes del mundo para alcanzar la vida eterna. Es preciso, proclama el Mesías, abandonar padre y madre, mujer y hermanos del mundo. No obstante, es necesario aclarar cómo renunciar.

Jesús explica que el éxito pertenecerá a los que procedan así por amor a su nombre.

A primera vista, el consejo divino parece un contrasentido.

¿Cómo olvidar los sagrados deberes de la existencia, si el Cristo vino hasta nosotros para santificarlos? En los tiempos más antiguos, los discípu-

los precipitados no supieron dilucidar el sentido del texto. Numerosos hermanos de ideal se recogieron a la sombra del claustro, olvidando obligaciones superiores e inaplazables.

Empero, es fácil reconocer como renunció el Cristo.

Ante los compañeros que lo abandonaron aparece glorioso, en la resurrección. A pesar de las dudas de los amigos, comparte con ellos, en el cenáculo, los júbilos eternos. A los hombres ingratos que lo crucificaron ofrece un sublime derrotero de salvación con el Evangelio y nunca descuidó un minuto las criaturas humanas.

Observemos, por tanto, lo que representa renunciar por amor al Cristo. Es perder las esperanzas de la Tierra, conquistando las del Cielo.

Si los padres son incomprensibles, si la compañera es ingrata, si los hermanos parecen crueles, es preciso renunciar a la alegría de tenerlos mejores o perfectos, uniéndonos, aun más, a todos ellos, para trabajar en el perfeccionamiento con Jesús.

¿Acaso, no encuentras comprensión en el hogar? ¿Los amigos y hermanos son indiferentes y rudos? Aun así, permanece al lado de ellos, esperando para más tarde el júbilo de encontrar a los que sientan perfecta afinidad contigo. Únicamente de ese modo renunciarás a los tuyos, haciéndoles todo el bien por dedicación al Maestro, y tan sólo con semejante renuncia, alcanzarás la vida eterna.

Entre los cristianos

“Pero entre vosotros no será así.”

Jesús. (MARCOS, 10:43.)

Desde las eras más remotas, las agrupaciones religiosas trabajan por la obtención de los favores celestiales.

En los tiempos más antiguos, se recordaba la Providencia tan sólo en las ocasiones dolorosas y graves. Los creyentes ofrecían sacrificios por la felicidad doméstica, cuando la enfermedad invadía su casa; al surgir calamidades públicas, las multitudes edificaban templos.

Dios era comprendido sólo a través de los días felices.

La tempestad purificadora pertenecía a los genios perversos.

Pero, Cristo inauguró una nueva época. La

Humanidad fue su camino, el amor y el trabajo, su ejemplo, el martirio, su palma de victoria. Dejó la comprensión de que, entre sus discípulos, el principio de la fe jamás será el de la conquista fácil de favores del cielo, sino el del esfuerzo por la iluminación propia y por la ejecución de los designios de Dios, a través de las horas sosegadas o tempestuosas de la vida.

La mayor lección del Maestro de los Maestros es la de que, en vez de formular votos de sacrificios convencionales, promesas y acciones mecánicas, como escapar de los deberes que nos competen, constituye nuestra obligación primaria entregarnos, humildes, a los sabios imperativos de la Providencia, sometiéndonos a la voluntad justa y misericordiosa de Dios, para que seamos primoreados en sus manos.

Intuición

“Porque nunca la profecía fue producida por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron inspirados por el Espíritu Santo.”

(II PEDRO, 1:21)

Todos los hombres participan de los poderes de la intuición, en el divino tabernáculo de la conciencia, y todos pueden desarrollar sus posibilidades en ese sentido, en el dominio de la elevación espiritual. No son fundamentalmente necesarias las grandes manifestaciones fenoménicas de la mediumnidad para que se establezcan movimientos de intercambio entre los planos visible e invisible.

Todas las nociones que dignifican la vida humana vinieron de la esfera superior. Y esas ideas ennoblecedoras no se produjeron por vo-

luntad humana, porque los razonamientos propiamente terrestres siempre se inclinan hacia la materialidad en su arraigado egoísmo.

La revelación divina, significando lo que la Humanidad posee de mejor, es cooperación de la espiritualidad sublime, traída a la gente por los colaboradores de Jesús, a través de la ejemplificación, de los actos y de las palabras de los hombres rectos que, a golpes de esfuerzo propio, quiebran el círculo de bajezas que los rodea, tornándose instrumentos de renovación necesaria.

La facultad intuitiva es una institución universal. A través de sus recursos, recibe el hombre terrestre las vibraciones de la vida más elevada, en contribuciones religiosas, filosóficas, artísticas y científicas, ampliando conquistas sentimentales y culturales, colaboración, ésa, que se verifica siempre, no por voluntad de la criatura humana, sino por concesión de Dios.

Haz eso y vivirás

“Y le dijo: Respondiste bien; haz eso, y vivirás.”

(LUCAS, 10:28.)

El caso de aquel doctor de la Ley que interpeló al Maestro sobre lo que le competía hacer para heredar la vida eterna, se reviste de gran interés para cuantos procuran la bendición del Cristo.

La palabra de Lucas lo explica muy bien.

Jesús no se sorprende con la pregunta, y, conociendo la elevada condición intelectual del consultante, indaga acerca de su concepción de la Ley y le hace sentir que la respuesta a la interrogación ya se hallaba en él mismo, esculpida en la tabla mental de sus conocimientos.

Respondiste bien, dice el Maestro. Y agrega: *Haz eso, y vivirás.*

Semejante afirmación se destaca singularmente, porque el Cristo se dirigía a un hombre en plena fuerza de acción vital, declarando, sin embargo: *Haz eso y vivirás.*

Es que el vivir no se circunscribe al movimiento del cuerpo, ni a la exhibición de ciertos títulos convencionales. Se extiende la vida a esferas más elevadas, a otros campos de realización superior con la espiritualidad sublime.

La misma escena evangélica se repite diariamente en muchos sectores. Gran número de aprendices, plenamente integrados en el conocimiento del deber que les compete, tocan pidiendo orientación de los Mensajeros Divinos, acerca de la mejor manera de actuar en la Tierra... pero, la respuesta está en ellos mismos, en sus corazones que temen la responsabilidad, la decisión y el servicio duro...

Si ya fuiste bañado por la claridad de la fe viva, si fuiste beneficiado por los principios de la salvación, ejecuta lo que aprendiste de nuestro Divino Maestro: ***Haz eso, y vivirás.***

Bautismo

“Y los que oyeron fueron bautizados en nombre del Señor Jesús.”

(HECHOS, 19:5.)

En los diversos departamentos de la actividad cristiana, en todos los tiempos, surgen controversias relacionadas con los problemas del bautismo en la fe.

El sacerdocio creó para eso, ceremoniales y sacramentos. Hay bautismos de recién nacidos en la Iglesia Romana; en otros centros evangélicos, hay bautismos de personas adultas. No obstante, el creyente podría analizar debidamente el asunto, extrayendo mejores conclusiones utilizando la lógica. La renovación espiritual no se verificará tan sólo con el hecho de aplicar más o menos agua, o con la circunstancia de procesar

tal solemnidad exterior en esa o en aquella edad física del candidato.

En ese sentido, determinadas ceremonias materiales eran comprensibles en las épocas pasadas en que fueron empleadas.

Sabemos que el curso primario, en la instrucción infantil, necesita de colaboración de figuras para que la memoria del niño atraviese los umbrales del conocimiento.

Pero, el Evangelio, con sus luces ocultas, proporciona inmensa claridad sobre la cuestión del bautismo.

“Y los que oyeron fueron bautizados en nombre de Jesús.”

Ahí reside la sublime verdad. La bendita renovación del alma pertenece a aquellos que oyeron las enseñanzas del Maestro Divino, ejercitando su práctica. Muchos reciben noticias del Evangelio, todos los días, pero tan sólo los que oyen estarán transformados.

¿A quién sigues?

“Mas vosotros no aprendisteis así del Cristo.”

Pablo. (EFESIOS, 4:20.)

Como es natural, el hombre encontrará diversas fascinaciones en el camino. No sólo en el plano material recibirá ciertas sugerencias tendentes a desviarlo de las realizaciones más nobles. La esfera invisible, inmediata al círculo de sus cogitaciones, puede igualmente ofrecerle determinadas perspectivas que no se coadunan con los elevados deberes que la existencia implica en sí misma.

En la consideración de ese problema, los discípulos sinceros comprenden la necesidad de su centralización en Jesucristo.

Cuando ese imperativo es olvidado, las mayores perturbaciones pueden ocurrir.

El aprendiz poco centrado en las enseñanzas del Maestro cree que puede servir a dos señores y, a veces, llega a admitir que es posible atender a todos los desvaríos de los sentidos, sin perjudicar la paz de su alma. Se justifican para ello en doctrinas nuevas, hijas de las novedades científicas del siglo; se valen de ciertos filósofos improvisados, que confieren demasiado valor a los instintos. Pero, llegados a ese punto, prepárense para los grandes fracasos, porque la necesidad de edificación espiritual permanece viva y cada vez más imperiosa. Podrán recurrir a los conceptos de los pretendidos sabios del mundo, pero Jesús no enseñó así.

El varón de Macedonia

“Aquella noche Pablo tuvo una visión: Se le apareció un macedonio que, de pie, le suplicaba:

– ¡Pasa aquí, a Macedonia, y ayúdanos!”

(HECHOS, 16:9.)

Además de las actividades diarias en la vida de relación, participan los hombres de un vasto movimiento espiritual, cuyas fases de intercambio no siempre pueden ser registradas por la memoria corriente.

No sólo los que demandan el sepulcro se comunican por el proceso de las vibraciones psíquicas. Los espíritus encarnados hacen lo mismo, en igualdad de circunstancias, siempre que se hallen aptos para estas realizaciones.

Llegará un tiempo en que estas posibilidades

se generalizán a todos los humanos, percibiendo éstos su admirable valor.

Por lo demás, eso no constituye una novedad, pues según vemos, Pablo de Tarso, en Troas, recibe la visita espiritual de un varón de Macedonia, que le pide auxilio.

La narración apostólica es muy clara. El amigo de los gentiles tiene una visión en la que no se le aparece una figura angélica o un mensajero divino. Se trata de un hombre de Macedonia que el ex doctor de Tarso identifica por el vestuario y por las palabras.

Es de capital importancia recordar semejante acontecimiento para que se consolide en los espíritus sinceros la certeza de que el Evangelio es portador de todas las enseñanzas esenciales y necesarias, sin imponernos la dificultad de recurrir a nomenclaturas complicadas, distantes de la sencillez con la que el Maestro nos legó la carta de redención, en la cual nos pide atención amorosa y no teorías rebuscadas.

Aprovechemos

“Y vosotros sois testigos de estas cosas.”

(LUCAS, 24:48.)

Jesús siempre aprovechó lo mínimo para producir lo máximo.

Con tres años de apostolado encendió luces que duran milenios.

Congregando a una pequeña asamblea de doce compañeros, renovó el mundo.

Con un sermón en la montaña inspiró a millones de almas para la vida eterna.

Convierte la limosna de una viuda en imperecedera lección de solidaridad.

Corrigiendo a algunos espíritus perturbados, transforma el sistema judicial de la Tierra, erigiendo el “amaos unos a los otros” para la felicidad humana.

De cinco panes y dos peces, extrae alimento para millares de hambrientos.

De la acción de un Zaqueo bien intencionado, traza un programa edificante para los administradores de la fortuna material.

De la actitud de un fariseo orgulloso, dilucida la verdad que confunde a los falsos creyentes.

Curando algunos enfermos, instituyó la medicina espiritual que será impartida para todos los centros de la Tierra.

Hace del grano de mostaza un maravilloso símbolo del Reino de Dios.

De una dracma perdida, forma inolvidable enseñanza sobre el amor espiritual.

En una burda cruz, graba la mayor lección de Divinidad en la Historia.

De todo eso somos testigos en nuestra condición de beneficiarios. En razón de nuestro conocimiento, conviene que oigamos a nuestra propia conciencia. ¿Qué hacemos de las bagatelas de nuestro camino? ¿Estaremos aprovechando nuestras oportunidades para hacer algo bueno?

Esperemos

“La caña cascada no la quebrará. Y el pabito que humea no lo apagará. Hasta que haga triunfar la justicia.”

(MATEO, 12:20.)

Evita las sentencias definitivas ante los cuadros formados por el mal.

Del lodo del pantano, el Supremo Señor aprovecha la fertilidad.

De la piedra áspera, se vale de la solidez.

De la arena seca, saca un valioso provecho.

De la sustancia amarga, extrae remedios saludables.

El criminal de hoy puede ser un servicial compañero mañana.

En ciertas circunstancias, el malhechor

presenta cualidades nobles ignoradas hasta entonces, de las que se aprovecha la vida para grabar poemas de amor y luz.

Dios no es autor de castigos.

Es Padre de misericordia.

No destruye la caña quebrada, ni apaga el pabilo que humea.

Sus manos reparan estragos, su aliento divino recompone y renueva siempre.

Así pues, no desprecies las luces vacilantes y las virtudes imprecisas. No abandones la tierra pantanosa, ni desampares el pomar sofocado por la hierba dañina.

Trabaja por el bien y ayuda incesantemente.

Si Dios, Señor Absoluto de la Eternidad, espera con paciencia, ¿por qué motivo, nosotros, siervos imperfectos del trabajo relativo, no podremos esperar?

No creer

“Mas, quien no creyere será condenado.”

Jesús. (MARCOS, 16:16.)

Los que no creen son los que se quedan. Para ellos, todas las expresiones de la vida se reducen a sensaciones finitas, destinadas a la oscura vorágine de la muerte.

Los que alzan el corazón hacia la vida más elevada están a salvo. Sus días de trabajo son peldaños de una infinita escalera de luz. A costa del valeroso esfuerzo y de la pesada lucha, se distancian de los semejantes y, a pesar de reconocer su propia imperfección, clasifican el paisaje del entorno e identifican los caminos evolutivos. Tomados de buen ánimo, se sienten en la tarea laboriosa de la ascensión de la montaña del amor y de la sabiduría.

No obstante, los que no creen, limitan sus

propios horizontes y nada ven sino con los ojos destinados al sepulcro, adormecidos en cuanto a la reflexión y al discernimiento.

Afirmó Jesús que ellos se encuentran condenados.

A primera vista, semejante declaración podría parecer en desacuerdo con la magnanimidad del Maestro.

¿Condenados a qué y por quién?

La justicia de Dios se conjuga con la misericordia y el infierno sin fin es una imagen dogmática.

Sin embargo, es imperioso reconocer que cuantos no creen, en la grandeza de su propio destino, se condenan a sí mismos a las más bajas esferas de la vida. Por el hábito de admitir sólo lo visible, permanecen besando el polvo, en razón de la voluntaria incapacidad de acceso a los planos superiores, mientras que los otros caminan hacia la certeza de la vida inmortal.

La creencia es una lámpara amiga, cuya claridad es mantenida por el infinito sol de la fe. El viento de la negación y de la duda jamás consigue apagarla.

Pero, la incredulidad sólo conoce la vida por las sombras que sus movimientos proyectan y nada entiende más allá de la noche y del pantano al que se condena por su propia deliberación.

No perturbéis

“Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.”

Jesús. (MATEO, 19:6.)

La palabra divina no se refiere sólo a los casos del corazón. Los lazos afectivos se caracterizan por ser fundamentos sagrados y los compromisos conyugales o familiares siempre atienden a designios superiores. El hombre no escarnerá los impositivos de la ley, abusando de facilidades materiales para lisonjear los sentidos. Quebrando el orden que rige su camino, desorganizará su propia existencia. Los principios equilibrantes de la vida surgirán siempre, corrigiendo y restaurando...

Pero, la advertencia de Jesús presenta para nosotros una significación más amplia.

“No separéis lo que Dios ha unido” corres-

ponde también a “no perturbéis lo que Dios armonizó.”

Nadie alegue desconocimiento del propósito divino. El deber, por más duro que sea, constituye siempre la Voluntad del Señor. Y la conciencia, centinela vigilante del Eterno, a menos que el hombre esté durmiendo en la condición del ser primitivo, permanece apta para discernir lo que constituye “obligación” y lo que representa “fuga”.

El Padre creó seres y los reunió. Creó igualmente situaciones y cosas, ajustándolas para el bien común.

Quien desarmonice las obras divinas, prepárese para la recomposición. Quien perjudique al Padre, encadena su propio “yo” a los resultados de su acción infeliz y, a veces, gasta siglos, desatando grilletes...

En la actualidad terrestre, un altísimo porcentaje pertenece al grupo de millones de almas que se encuentran en servicio reparador, después de haber separado lo que Dios unió, perturbando, con el mal, lo que la Providencia estableció para el bien.

Prestigiemos las organizaciones del Justo Juez, que la noción del deber identifica para nosotros en todos los cuadros del mundo. A veces, es posible perturbar sus obras con sonrisas, mas seremos invariablemente forzados a reparar con sudor y lágrimas lo que hemos roto.

Bienes externos

“La vida de un hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.”

Jesús. (LUCAS, 12:15.)

“La vida de un hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.”

La palabra del Maestro está llena de oportunas lecciones para cualquier círculo de actividad humana, en todos los tiempos.

Un hombre podrá retener una vasta porción de dinero. Pero, ¿qué hará con él?

Podrá ejercer una gran autoridad. Pero, ¿cómo se comportará teniendo el poder?

Podrá disponer de muchas propiedades. Pero, ¿de que modo utiliza los patrimonios provisionales?

Tendrá muchos proyectos elevados. Pero, ¿cuántos llevó a buen fin?

Podrá guardar innumerables ideales de perfección. Pero, ¿estará atendiendo a los nobles principios de los que es portador?

Habrá escrito millares de páginas. Pero, ¿cuál es la sustancia de su obra?

Contará muchos años de existencia en el cuerpo. Pero, ¿qué hizo con su tiempo?

Podrá contar con numerosos amigos. Pero, ¿cómo se conduce ante los afectos que lo rodean?

Nuestra vida no consiste en la riqueza numérica de bienes y gracias, adquisiciones nominales y títulos exteriores. Nuestra paz y felicidad dependen del uso que hagamos, donde nos encontramos, aquí y ahora, de las oportunidades y dones, situaciones y favores, recibidos del Altísimo.

No procures amontonar a la ligera lo que tienes en préstamo. Moviliza, con criterio, los recursos depositados en tus manos.

El Señor no te identificará por las riquezas que atesoraste, por las bendiciones que recibiste, por los años que viviste en el cuerpo físico. Te reconocerá por el empleo de tus dones, por el valor de tus realizaciones y por las obras que dejaste, alrededor de tus propios pies.

Posesiones definitivas

“Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.”

Jesús. (JUAN, 10:10.)

La paz de la gente no consiste en la abundancia de lo que posee en la Tierra, depende de la abundancia de valores definitivos con los que el alma es dotada.

En razón de eso, el Divino Maestro vino hasta nosotros para que seamos portadores de vida que transborde repleta de luz, amor y eternidad.

Jamás deberíamos olvidar los dones sustanciales para ser guardados en nuestro propio espíritu, a favor de nosotros mismos.

En el juego de fuerzas exteriores jamás encontraremos la iluminación necesaria.

Maravillosa es la primavera terrenal, pero el invierno vendrá después de ella.

La juventud del cuerpo es una fase de embriagadores placeres; no obstante, la vejez no tardará.

El organismo físico más íntegro y armonioso experimentará, un día, la enfermedad o la muerte.

Toda la manifestación de existencia en la Tierra es un proceso de transformación permanente.

Es imprescindible construir un castillo interior donde podamos erguir sentimientos a los campos más elevados de la vida.

Jesús nos hinchó de su presencia divina, no para que poseamos facilidades efímeras, sino para que seamos poseídos por las riquezas imperecederas; no para que nos cerquemos de favores externos y, sí, para que concentremos en nosotros las adquisiciones definitivas.

Seamos portadores de la vida inmortal.

No nos visitó el Cristo como donador de beneficios materiales. Vino a conectar la lámpara de nuestro corazón a la usina del Amor de Dios, convirtiéndonos en luces inextinguibles.

En la oración

“Señor, enséñanos a orar...”

(LUCAS, 11:1.)

En los círculos del Cristianismo, la oración se caracteriza por distintos grados de profundidad en sus manifestaciones, porque existen creyentes de todos los matices en los diversos cursos de la fe.

Los seguidores inquietos reclaman la realización de propósitos inconstantes.

Los egoístas exigen la solución de caprichos inferiores.

Los ignorantes del bien llegan a rogar el mal para el prójimo.

Los tristes piden la soledad con ociosidad.

Los desesperados suplican la muerte.

Innumerables beneficiarios del Evangelio imploran eso o aquello, con alusión a la buena marcha de los negocios que les interesan en la vida física. En suma, buscan la fuga. Anhelan solamente mantenerse a distancia de las dificultades, del trabajo, de la lucha digna.

Jesús soporta, paciente, todas las filas de candidatos de su servicio de iluminación, extendiendo sus manos benignas hacia ellos, tolerando sus quejas inoportunas y sus lágrimas inaceptables.

Sin embargo, cuando acepta a alguien como discípulo definitivo, algo sucede en lo íntimo del alma contemplada por el Señor.

Cesan las rogativas ruidosas.

Se calman los deseos tumultuarios.

Se convierte la oración en trabajo edificante.

El discípulo nada reclama. Y el Maestro, respondiendo a sus oraciones, modifica todos los días su voluntad, limpiándole el pensamiento de objetivos inferiores.

El corazón unido a Jesús es un siervo alegre y silencioso.

El Maestro le dice: Levántate y sígueme. Y él se irguió y le siguió.

En la meditación

“Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto.”

(MARCOS, 6:32.)

Tus manos permanecen extenuadas por hacer y deshacer.

Tus ojos, naturalmente, están llenos de angustia recogida en los ambientes perturbados.

Te duelen los pies en las recapitulaciones dolorosas.

Tus sentimientos van y vienen, a través de impulsos tumultuarios, influenciados por mil personas distintas.

Tienes el corazón atormentado.

Es natural. Nuestra mente sufre sed de paz, como la tierra seca tiene necesidad de agua fría.

Ven a un lugar aparte, en el país de ti mismo, a fin de reposar un poco. Olvida las fronteras sociales, los controles domésticos, las incomprendiones de los parientes los asuntos difíciles, los problemas inquietantes, las ideas inferiores.

Retírate de los lugares comunes a los que aún te prendes.

Concéntrate, por algunos minutos, en compañía del Cristo, en la barca de tus pensamientos más puros, sobre el mar de las preocupaciones cotidianas...

Él te limpiará la mente contaminada de aflicciones.

Pondrá bálsamo a tus úlceras.

Te dará saludables consejos.

Basta que te calles y su voz hablará en el sublime silencio.

Ofrécele un corazón valeroso en la fe y en la realización, y sus divinos brazos harán el resto.

Entonces, regresarás a los círculos de lucha, revigorizado, fuerte y feliz.

Tu corazón está con Él, para que actúes con éxito, en el valle del servicio.

Él estará contigo, para escalar, sin cansancio, la montaña de la luz.

En el marco real

“Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.”

Jesús. (JUAN, 17:14.)

Aprendices del Evangelio esperando facilidades humanas, constituirán siempre asambleas de engañados voluntarios.

El Señor no prometió a los compañeros sino un continuado esfuerzo contra las sombras hasta la victoria final del bien.

El cristiano no es flor de adorno para iglesias aisladas. Es “la sal de la Tierra”, fuerza de preservación de los principios divinos en el santuario del mundo entero.

En ese particular, la palabra de Jesús no ofrece ninguna duda.

“Si alguno quisiere venir en pos de mí, renuncie a sí mismo, tome su cruz y sígame.

Amad a vuestros enemigos.

Orad por los que os persiguen y calumnian.

Benedicid a los que os maldicen.

Prestad sin esperar que os paguen.

No juzguéis para que no seáis juzgados.

Entre vosotros, el mayor será el servidor de todos.

Buscad la puerta estrecha.

He ahí que os envío como ovejas en medio de los lobos.

En el mundo, tendréis tribulaciones.”

Mediante afirmaciones tan claras, es imposible esperar en Cristo a un donador de vida fácil. Nadie se aproxime de Él sin el deseo sincero de aprender a mejorarse. Si Cristianismo es esperanza sublime, amor celeste y fe restauradora, es también sacrificio y perfeccionamiento incesante.

Comprobando sus lecciones divinas, el Maestro Supremo vivió sirviendo y murió en la cruz.

Dominio espiritual

“No estoy solo, porque el Padre está conmigo.”

Jesús. (JUAN, 16:32.)

En los momentos difíciles, la criatura humana demuestra siempre dónde se localizan las fuerzas exteriores que le subyugan el alma.

En las grandes horas de testimonio, en el sufrimiento o en la muerte, los avaros claman por las posesiones efímeras, los arbitrarios exigen la obediencia de la que se juzgan acreedores, los súper sentimentalistas reclaman el objeto de sus afectos.

Sin embargo, Jesús, en el campo supremo de las últimas horas terrestres, se muestra absoluto señor de sí mismo, enseñándonos la sublime identificación con los propósitos del Padre, como el más avanzado recurso de dominio propio.

Unido naturalmente a las diversas fuerzas, en el día del Calvario no se prendió a ninguna de ellas.

Atendía al gobierno humano lealmente, pero Pilatos no lo atemoriza.

Respetaba la ley de Moisés; sin embargo, Caifás no lo impresiona.

Amaba enternecedoramente a los discípulos; con todo, las razones afectivas no dominan su corazón.

Cultivaba con admirable devoción su trabajo de instruir y socorrer, curar y consolar; no obstante, la posibilidad de permanecer no subyuga su espíritu.

El acto de Judas no le arranca maldiciones.

La ingratitud de los beneficiados no le provoca desesperación.

El llanto de las mujeres de Jerusalén no le entibia el ánimo firme.

El sarcasmo de la multitud no le quiebra el silencio.

La cruz no le altera la serenidad.

Suspendido en el madero, ruega el perdón para la ignorancia del pueblo.

Su lección de dominio espiritual es profunda e imperecedera. Revela la necesidad de que seamos “nosotros mismos”, en los trances más escabrosos de la vida, con la conciencia tranquila elevada a la Divina Justicia y con el corazón fiel dirigido por la Voluntad Divina.

Palabras de madre

“Su madre dijo a los que servían: Haced todo cuanto Él os dijere.”

(JUAN, 2:5.)

El Evangelio es un derrotero iluminado del cual Jesús es el divino centro. En esa Carta de Redención, rodeando su figura celestial, existen palabras, recuerdos, dádivas e indicaciones amorosas de los que fueron sus legítimos colaboradores en el mundo.

Recibimos los recuerdos amistosos de Pablo, de Juan, de Pedro, de otros compañeros del Señor, que no podemos olvidar.

Asimismo, tenemos, en el Documento Sagrado, reminiscencias de María. Examinemos sus preciosas palabras en Caná de Galilea, llenas de sabiduría y amor materno.

Generalmente, cuando los hijos buscan la

cariñosa intervención de la madre es porque se sienten huérfanos de ánimo o necesitados de alegría. Por eso mismo, en todos los lugares del mundo, es común observar a hijos discutiendo con los padres y llorando ante corazones maternos.

Interpretada con justicia por el ángel tutelar del Cristianismo, a veces recurrimos a María con inmensas aflicciones.

En verdad, el versículo del apóstol Juan no se refiere a paisajes dolorosos. El episodio ocurre en una fiesta de bodas, pero podemos aprovechar su significado simbólico sublime.

También nosotros estamos en la fiesta de noviazgo del Evangelio con la Tierra.

A pesar de los casi veinte siglos transcurridos, el júbilo aún es de noviazgo, porque hasta ahora no se verificó la perfecta unión...

En ese gran concierto de la idea renovadora, somos sirvientes humildes. En muchas ocasiones, se agota el vino de la esperanza. Nos sentimos extenuados, desilusionados... Imploramos ternura maternal y he aquí que María nos responde: *Haced todo cuanto Él os dijere.*

El consejo es sabio y profundo y fue expresado al principio de los trabajos de salvación.

Escuchando semejante advertencia de nuestra Madre, meditemos si realmente estaremos haciendo todo cuanto el Maestro nos dice.

Lágrimas

“Venid a mí, vosotros que estáis cansados y oprimidos, y yo os aliviaré.”

Jesús. (MATEO, 11:28.)

Nadie como Cristo esparció en la Tierra tanta alegría y fortaleza de ánimo. Reconociendo eso, muchos discípulos amontonan argumentos contra las lágrimas y abominan las expresiones de sufrimiento.

El Paraíso ya estaría en la Tierra si nadie tuviese razones para llorar. Considerándolo así, Jesús, que era el Maestro de la confianza y del optimismo, llamaba a su corazón a todos los que estuviesen cansados y oprimidos bajo el peso de desengaños terrestres.

No maldijo a los tristes: los convocó para consolarlos.

Mucha gente cree que las lágrimas son un síntoma de debilidad espiritual. No obstante, María sollozó en el Calvario; Pedro se lamentó, después de la negación; Pablo se sumergió en llanto a las puertas de Damasco; los primeros cristianos lloraron en los circos de martirio... pero, ninguno de ellos derramó lágrimas sin esperanza. Lloraron y siguieron el camino del Señor, sufrieron y anunciaron la Buena Nueva de la Redención, padecieron y murieron leales en la suprema confianza.

El cansancio experimentado por amor al Cristo se convierte en fortaleza, las cadenas llevadas ante su mirada magnánima se transforman en lazos divinos de salvación.

Se clasifican las lágrimas por sus orígenes específicos. Cuando nacen del dolor sincero y constructivo, son filtros de redención y vida. No obstante, si proceden de la desesperación, son venenos mortales.

Celo del bien

“¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si fueseis celosos del bien?”

(I PEDRO, 3:13)

Temer a los que practican el mal es demostrar que el bien no se enraizó en el alma convenientemente.

La interrogación de Pedro se reviste de un enorme sentido.

Si existe un sólido propósito de construir el bien en tus caminos, si eres cuidadoso en su práctica, ¿quién movilizará un poder tan grande como para anular las edificaciones de Dios?

No obstante, el problema reside en la necesidad de entendimiento. Somos aún incapaces de examinar todos los aspectos de una cuestión, todos los contornos de un paisaje. Lo

que hoy nos parece la felicidad real puede ser mañana un cruel desengaño. Nuestros deseos humanos se modifican bajo los chorros purificadores de la fuente evolutiva. Urge, pues, amar la Ley Divina, reflexionar sobre sus principios sagrados y someternos a sus Superiores Designios, trabajando incesantemente para realizar el bien, donde quiera que estemos.

Las susceptibilidades personales, las falsas necesidades, los prejuicios solidificados, operan muchas veces la ceguera del espíritu. Proceden de ahí inmensos desastres para todos los que guardan la intención de hacer el bien, dando, empero, oídos al personalismo inferior.

Quien cultiva la obediencia al Padre en el corazón, sabe encontrar las oportunidades de construir con su amor.

Por tanto, los que alcanzan la comprensión legítima no pueden temer el mal. Nunca se pierden en la sequedad de la exigencia ni en los desvíos del sentimentalismo. Para esas almas, que encontraron en lo íntimo de sí mismas el placer de servir sin indagar, los fracasos, las pruebas, las enfermedades y los obstáculos son simplemente nuevas decisiones de las Fuerzas Divinas, relativas a la tarea que les atañe, destinadas a conducirles hacia la vida mayor.

El pan de cada día

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.”

Jesús. (LUCAS, 11:3.)

¿Ya pensaste en el pan de cada día?

A fuerza de poseerlo en abundancia, el hombre acostumbra a desvalorizarlo, como la gente irreflexiva que sólo medita en la salud, al sobrevenir la enfermedad.

Si la mayoría de los hijos de la Tierra estuviesen a la altura de prestarle atención a la gratitud en sus aspectos reales, bastaría el pan cotidiano para que no le faltasen a las colectividades terrestres perfectas nociones de la existencia de Dios. Tan magnánima es la bondad celestial que, promoviendo recursos para la manutención de los hombres, escapa a la

admiración de las criaturas humanas, a fin de que comprendan mejor la vida, integrándose en las responsabilidades que les atañen, en las organizaciones de trabajo a las que fueron llamadas, con la finalidad de realizar su propio perfeccionamiento.

El Altísimo deja a los hombres que crean que el pan terrestre es conquista de ellos, para que se perfeccionen convenientemente en el don de servir. No obstante, el pan de cada día, para todas las refecciones del mundo, procede de la Providencia Divina.

El hombre cavará el suelo, esparcirá las simientes, defenderá al servicio y cooperará con la Naturaleza, pero la germinación, el crecimiento, el florecimiento y la fructificación pertenecen al Todo Misericordioso.

En el alimento de cada día prevalece una sublime enseñanza de colaboración entre el Creador y la criatura, pero raras son las personas que se disponen a obsevarla. El hombre se esfuerza y el Señor le concede las utilidades.

El siervo trabaja y el Altísimo bendice su sudor.

Es en ese proceso de íntima cooperación y natural entendimiento en el que el Padre espera cosechar, un día, los dulces frutos de perfección en el espíritu de los hijos.

Cooperación

“Y él respondió: ¿Cómo podré entender si alguien no me enseña?”

(HECHOS, 8:31.)

Desde la llegada de Jesús, el movimiento de educación renovadora para el bien es de los más impresionantes en el seno de la Humanidad.

En todas partes se levantaron templos, se divulgaron libros portadores de principios sagrados.

Se percibe en toda esa actividad la actuación sutil y magnánima del Maestro que no pierde ocasión de atraer a las criaturas de Dios hacia el Infinito Amor. Pero, dentro de ese cuadro bendito de trabajo se destaca la cooperación fraternal que el Cristo nos dejó como norma imprescindible para la propagación de la luz eterna del mundo.

Que nadie guarde la presunción de elevarse sin el auxilio de los otros, aunque no deba permane-

cer en la condición parasitaria para la ascensión. Nos referimos a la solidaridad, al amparo provechoso, a la cooperación edificante. Los que aprenden algo, siempre se valen de los hombres que ya pasaron, y no siguen más allá si les falta el interés de los contemporáneos, aunque ese interés sea mínimo.

Los apóstoles necesitaron del Cristo que, a su vez, estableció prender las enseñanzas de las que era emisario divino, a las antiguas leyes.

Pablo de Tarso precisó de Ananías para entender su propia situación.

Observamos en el versículo anterior, extraído de los Hechos de los Apóstoles, que Felipe se encontraba despreocupado, cuando un ángel del Señor lo mandó hacia el camino que descendía de Jerusalén a Gaza. El discípulo le atiende y encuentra allí a un hombre que leía la Ley sin comprenderla. Y entran ambos en un santificado esfuerzo de cooperación.

Nadie permanece abandonado. Los mensajeros del Cristo socorren siempre, aun en los caminos más desiertos. Pero, es necesario que el alma acepte su condición de necesidad y no desprecie el acto de aprender con humildad, pues no debemos olvidar, a través del texto evangélico, que el mendigo de entendimiento era el mayordomo de la reina de los etíopes, superintendente de todos sus tesoros. Aparte de todo eso, él iba en carro y Felipe a pie.

Lección viva

“Duro es este discurso; ¿quién lo puede oír?”

(JUAN, 6:60.)

El Cristianismo es la suprema religión de la verdad y del amor, convocando a los corazones para llegar a una vida más elevada.

En vista de que el término religión debe traducirse como religación, es primordial que nos volvamos hacia Dios, religándonos al campo de la Divinidad.

Jesús presentó su plataforma de principios inmortales. Rasgó los caminos. No engañó a nadie con relación a las dificultades y obstáculos.

Es necesario, esclareció el Señor, que neguemos la vanidad propia, arrepentirnos de nuestros errores y convertirnos al bien.

El evangelista señaló la observación de muchos de los discípulos: *“Duro es este discurso; ¿quién lo puede oír?”*

Sí, efectivamente es indispensable romper con las alianzas de la caída y firmar el pacto de la redención. Es imprescindible seguir en los caminos de Aquél que es la luz de nuestra vida.

Para eso, las palabras brillantes y los artificios intelectuales no bastan. El problema es de “quién puede oír” el Mensaje Divino, comprendiéndolo con el Cristo y siguiendo sus pasos.

Opiniones convencionales

*“Respondió la multitud: Demonio tienes;
¿quién procura matarte?”*

(JUAN, 7:20.)

No te adhieras excesivamente a los juicios de la multitud. El convencionalismo y el hábito poseen sobre él fuerzas vigorosas.

Si toleras ofensas con amor, te llama cobarde.

Si perdonas con desinterés, te considera tonto.

Si sufres con paciencia, te niega valor.

Si esparces el bien con abnegación, te acusa de loco.

Si adquieres las características del amor sublime y santificante, te juzga enfermo.

Si desestimas los gozos vulgares, te tacha de anormal.

Si te muestras piadoso, asevera que envejeciste y te cansaste antes de tiempo.

Si adoptas la sencillez como norma, te ironiza a escondidas.

Si respetas el orden y la jerarquía, te califica de adulator.

Si reverencias la Ley, te señala como medroso.

Si eres prudente y digno, te llama fanático y perturbado.

No obstante, esa misma multitud, por la voz de sus dirigentes, enseña el amor a los semejantes, el culto de la legalidad y la religión del deber. Pero, en sus círculos, el exceso de palabras no permite, por ahora, el reinado de la comprensión.

Es indispensable soportar su inconsciencia para que atendamos con provecho nuestras obligaciones ante Dios.

No te irrites, ni desanimes.

Jesús mismo fue blanco, sin razón de serlo, de los sarcasmos de la opinión pública.

La puerta divina

“Yo soy la puerta; si alguien entra por mí se salvará.”

Jesús. (JUAN, 10:9.)

En los caminos de la vida, cada compañero portador de una capacidad intelectual un poco más elevada, se convierte naturalmente en una voz imperiosa para nuestros oídos. Y cada persona que va adelante de nosotros, abre puertas a nuestro espíritu.

Los inconformistas abren caminos a la rebelión y a la indisciplina.

Los bellacos ofrecen paso al cautiverio en el que ejerzan dominación.

Los escritores de asuntos banales suministran pasaporte hacia la provincia del tiempo perdido.

Los maledicentes encaminan a quienes los oyen a fuentes envenenadas.

Los viciosos quiebran las barreras benéficas del respeto fraternal, develando despeñaderos donde el peligro es incesante.

Los perezosos conducen a la guerra contra el trabajo constructivo.

Los perversos abren de par en par los precipicios del crimen.

Aunque no lo percibas, varias personas te abren las puertas cada día a través de la palabra hablada o escrita, de la acción o del ejemplo.

Examina donde entras con el sagrado depósito de la confianza. Muchas veces, perderás bastante tiempo para volver a tomar tu propio camino.

No nos olvidemos de que Jesús es la única puerta de la verdadera liberación.

A través de muchas estaciones en el campo de la Humanidad, es probable que recibamos provechosas experiencias, obteniéndolas a costa de terribles desengaños, pero sólo en Cristo, en el clima sagrado de aplicación de sus principios, es posible encontrar el bendito pasaje para la definitiva salvación.

El nuevo mandamiento

“Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado.”

Jesús. (JUAN, 13:34.)

La lectura superficial del texto induciría al lector a sentir en esas palabras del Maestro absoluta identidad con su enseñanza relativa a la regla áurea.

No obstante, es preciso destacar la diferencia.

El “ama a tu prójimo como a ti mismo” es distinto de “que os améis unos a otros como yo os he amado”.

El primero instituye un deber, en cuya ejecución no es razonable que el hombre piense en la comprensión ajena. El aprendiz amará al prójimo como a sí mismo.

Pero Jesús amplió la fórmula, creando el nuevo mandamiento en la comunidad cristiana. El Maestro se refiere a eso en la última reunión con los amigos queridos, en la intimidad de los corazones.

La recomendación “que os améis unos a los otros como yo os he amado” asegura el régimen de la verdadera solidaridad entre los discípulos, garantiza la confianza fraternal y la certeza del entendimiento recíproco.

En todas las relaciones comunes, el cristiano amará al prójimo como a sí mismo, pero, reconociendo que en el hogar de su fe, cuenta con hermanos que efectivamente se amparan unos a los otros.

Ese es el nuevo mandamiento que estableció la intimidad legítima entre los que se entregan al Cristo, significando que, en sus ambientes de trabajo, hay quien se sacrifique y quien comprenda el sacrificio, quien ame y se sienta amado, quien haga el bien y quien sepa agradecer.

En cualquier círculo del Evangelio, donde esa característica no señale las manifestaciones de los compañeros entre sí, los argumentos de la Buena Nueva pueden haber alcanzado los cerebros indagadores, pero aún no penetraron los santuarios de los corazones.

Hagamos nuestra luz

“Así brille vuestra luz ante los hombres.”

Jesús. (MATEO, 5:16.)

Ante la gloria de los mundos evolucionados, de las esferas sublimes que pueblan el Universo, el estrecho campo en el que nos agitamos, en la Corteza Planetaria, es un limitado círculo de acción.

No obstante, si el problema fuese sólo de espacio, nada tendríamos que lamentar.

La casa pequeña y humilde, iluminada por el Sol y por la alegría, es un paraíso de felicidad.

La angustia de nuestro plano procede de la sombra.

La oscuridad invade los caminos en todas las direcciones. Tinieblas que nacen de la

ignorancia, de la maldad, de la insensatez, envolviendo pueblos, instituciones y personas. Tenebrosidades que asaltan conciencias, pensamientos racionales y sentimientos.

En medio de la gran noche, es necesario que encendamos nuestra luz. Sin eso, es imposible encontrar el camino de la liberación. Sin la irradiación brillante de nuestro propio ser, no podremos ser vistos con facilidad por los Mensajeros Divinos, que ayudan en nombre del Altísimo, y no auxiliaremos efectivamente a quien quiera que sea.

Es indispensable organizar el santuario interior e iluminarlo, a fin de que las sombras no nos dominen.

Es posible marchar, valiéndonos de luces ajenas. Pero, sin claridad propia padeceremos constante amenaza de caída. Los propietarios de las lámparas encendidas pueden apartarse de nosotros, convocados por los montes de elevación que aún no merecemos.

Así pues, válete de los luceros del camino, aplica el pabilo de la buena voluntad al aceite del servicio y de la humildad y enciende tu antorcha para la jornada. Agradece al que te ilumina por una hora, por algunos días o por algunos años,

¡pero no olvides tu candela, si no deseas resbalar en los precipicios del largo camino...!

Mi amigo, el problema fundamental de la redención no se resume en palabras habladas o escritas. Es muy fácil pronunciar bellos discursos y prestar excelentes informaciones, conservando aún la ceguera en nuestros propios ojos.

Nuestra necesidad básica es la de la luz propia, la de esclarecimiento íntimo, de la autoeducación, de la conversión sustancial del “yo” al Reino de Dios.

Puedes hablar maravillosamente acerca de la vida, argumentar con brillo sobre la fe, enseñar los valores de la creencia, comer el pan de la consolación, exaltar la paz, recoger las flores del bien, aprovechar los frutos de la generosidad ajena, conquistar la efímera corona de la alabanza fácil, amontonar diversos títulos que adornen tu personalidad en tránsito por los valles del mundo...

En verdad, todo eso puede hacer el espíritu que se demora, indefinidamente, en ciertos ángulos del camino.

Sin embargo, avanzar sin luz es imposible.



Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Teléfono (58-212) 472 92 89 Celular (58-414) 183 16 15

www.mensajefraternal.org.br
mensajefraternal@movistar.net.ve

LEA TAMBIÉN...

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER
POR EL ESPÍRITU EMMANUEL

PAN NUESTRO



*Mensaje
Fraternal*





